UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Departamento de Historia

"CRONICA DE LA OCUPACION DE MEXICO POR EL EJERCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS"

¿QUE ES ESO QUE TU VES? VEO, RESPONDI, UNA OLLA O CALDERO HIRVIENDO, Y VIENE DE LA PARTE DEL NORTE.

JEREMIAS, C. 1º V. 13.

ERNESTO LEMOINE VILLACAÑA

MEXICO, 1950.


Universidad Nacional
Autónoma de México
UNAM

Biblioteca Central
Dirección General de Bibliotecas de la UNAM


A LA MEMORIA DE MI MADRE

INTRODUCCION

La expansión estadounidense hacia el oeste, en la primera mitad del Siglo XIX, fué una de las causas fundamentales de la guerra con México y la formal anexión de Texas a la Unión (junio de 1845), amén del consabido problema de límites Nueces-Grande, constituyeron los preliminares inmediatos que precipitaron (abril de 1846) a las dos naciones a la lucha.

Tres ejércitos enemigos convergieron sobre nuestro suelo en diferentes direcciones: el del noroeste, que al mando de Kearny se apoderó del Nuevo México y la Alta California; el del norte, presidido por Taylor, que avanzó hasta la parte meridional del Estado de Coahuila; finalmente, el del oriente, mandado por Scott, que consumó la campaña militar con la toma sucesiva, entre otras, de las importantes plazas de Veracruz, Puebla y México.

El trabajo que a continuación presentamos, trata, como su nombre lo indica, de reseñar someramente los pasajes más sobresalientes de la ocupación militar de la Capital mexicana por el ejército invasor que jefaturaba Winfield Scott.

Abarca desde el 14 de septiembre de 1847, día en que cayó la ciudad, hasta el 12 de junio del siguiente año, fecha en que fué evacuada por sus conquistadores. O sea, casi justos nueve meses.

Y siendo una crónica el caracter general de este estudio, natural es que todo él se encuentre asentado sobre informaciones periodísticas, pues son los periódicos contemporáneos los que nos ofrecen el mayor caudal de datos y noticias referentes al mismo.

Consecuentemente, va a ser el aspecto social que revistió la ocupación, el principal afoque hacia donde orientemos nuestra investigación. Claro está que se mencionarán los aspectos político, militar, internacional, etc., cuando nuestras fuentes hagan especial incapié en ellos, pero, serán las repercusiones sociales que dicho acontecimiento tuvo en nuestro apís, y más concretamente en la ciudad de México, las que expliquen y justifiquen el motivo esencial de esta tarea.

La bibliografía, base utilizada, comprende: "El Monitor Republicano", "El Siglo XIX", "The North-American" y "The American Star"; los dos primeros, órganos de prensa mexicanos; los últimos, publicaciones de ocupación. Pero, preferimos seguir fielmente los pasos de la dominación extranjera más a través de las páginas de "El Monitor" que de los restantes, porque por un lado "El Siglo" sufrió en ese tiempo grandes interrupciones y, por lo mismo, no nos ofrece un material continuado y uniforme; y por el otro, los periódicos de los invasores presentan tan apasionados (antimexicanos) sus puntos de vista, que nunca nos inspiraron confianza para apoyarnos exclusivamente en ellos, quedando, pues, por exclusión, el ecuánime y serio "Monitor Republicano" como nuestro informante principal en la tarea que nos marcamos.

Otros periódicos, de menor importancia, se publicaban también en ese tiempo, como "El Iris Español", "El Eco del Comercio", "El Yankee Doodle", etc., y aunque no tuvimos oportunidad de consultarlos directamente, hacemos referencia a ellos, cada vez que la ocasión es favorable.

Se ha dividido el trabajo en cinco capítulos, respondiendo a un orden cronológico. Los dos primeros y el último se ocupan de los sucesos generales; los restantes se refieren a temas especiales. El primero abarca el periodo comprendido entre la caída de la Capital y la firma del tratado de paz (2 de febrero de 1848); el segundo, desde esta última fecha hasta la aprobación del célebre documento por nuestra Cámara de Diputados (19 de mayo); el quinto concluye con los preliminares y la evacuación de la ciudad por los estadounidenses. Los capítulos terceros y cuarto refiérense a las depredaciones de los invasores, y al comportamiento de la mujer mexicana, durante el periodo de ocupación, respectivamente.

Sólo de esta manera hemos podido conciliar la relativa unidad del trabajo con la continuidad de los hechos narrados en él. Así, vamos pasando revista a una interesante serie de actividades vinculadas con el trágico momento histórico: actuación de las autoridades mexicanas al respecto, de la clase baja, de los ricos, del clero, del ejército, etc. Con vivos colores se ofrece el proceder de los jefes enemigos en nuestro suelo; las injusticias, arbitrariedades y medidas administrativas de los sucesivos gobernadores que se le impusieron a la Metrópoli caída: Sres. Quitman, Smith, Kearney.

Las menudencias de la ocupación son, de igual manera, relatadas. El caso "Luz Vega" se transcribe por lo patético; no se deja de mencionar la suerte de los prisioneros de la célebre compañía de "San Patricio"; y de espectáculos, se mencionan los más originales, pintorescos o atractivos que se presentaron en ese tiempo, aminorando en dureza la condición del pueblo abatido.

El estudio termina con los últimos actos de los invasores en el

Valle de México y las consecuencias que resultaron después de su salida.

A cada noticia, por intrascendente que parezca, le intercalamos su respectivo comentario, haciendo un modesto enjuiciamiento de los hombres y de los sucesos que forjaron esta página de la historia patria.

La sencillez y parquedad de esta labor son evidentes. Aunque excesivo nuestro entusiasmo, no dejamos de reconocer que, en vista de nuestra poca experiencia en tales lides, de la natural impreparación y de la corta capacidad que nos distinguen, el trabajo que ahora ofrecemos a la consideración del distinguido Jurado, sea a ojos vistas imperfecto y deficiente; es por ello que solicitamos de quienes vayan a juzgar de él, estímulo, benevolencia en sus juicios y disculpa para la multitud de errores y defectos que lo adornan, de lo que estaremos siempre profundamente agradecidos.

E. L. V.

I

DESDE LA CAIDA DE LA CAPITAL HASTA EL TRATADO DE PAZ

El estampido de los cañones se oyó con toda su furia en aquel trágico 13 de septiembre de 1847. La gente de la ciudad, presa de la más indescriptible zozobra, se desplazaba de un lugar a otro como tratando de dominar su nerviosidad con los movimientos, las carreras y los saltos. Todo era confusión y angustia. Se sabía con certeza la huída del Presidente de la República y la traslación de los Poderes a la mística Querétaro, hechos que hacían más deprimente la situación. Nunca se vió más triste el porvenir de una población en vísperas de caer bajo las garras del invasor como nuestra querida México en aquellos días de amargo recuerdo.

Sin que la inmensa tradición que orgullosamente ostentaba al mundo; sin que el cariño que debe tenérsele; sin que la obligación de custodiarla, innata a todos los que se sintieran mexicanos, fuesen incentivos suficientes para impulsar a sus moradores a defenderla, la antigua sede de los tenochcas, la otrora colosal Metrópoli de los virreyes, la Capital del México que llegaba hasta el paralelo 42º, se vió abandonada de quienes podían y debían protegerla y, después de la destrucción de sus últimas fortificaciones, abrió sus puertas, sin tener otra alternativa, al invasor sajón que rugía a sus alrededores indetenible, hambriento de gloria, satisfecho de poder cubrir su objetivo final.

Y... entraron a ella ante el terror y el asombro de sus habitantes. Con la desdicha y las lágrimas cubriendo el rostro de quienes tal golpe sentían. Con el remordimiento de su proceder, aquellos que en el momento oportuno no habían tenido el valor de empuñar un rifle para defenderla. Indiferentes, los que nada de extraño veían en lo ocurrido. Con la alegría desbordante en sus labios, aquellos que esperaban medrar al amparo del nuevo orden de cosas. Estoicos, indignados, poseídos de natural estupor y coraje, los

verdaderos patriotas que, con una pistola en la mano o empuñando una daga, estaban decididos a hacer de la estancia de los extranjeros en la Capital un verdadero infierno. De todo hubo en esos momentos solemnes y trascendentales. Nunca lo abyecto y lo sublime estuvieron tan entrelazados como en aquellos días patrios de inmensa negrura.

El 14 de septiembre, desde las primeras horas, las vanguardias enemigas avanzaron por San Cosme hasta la Alameda, de la que se posesionaron "como a las cinco de la mañana". (1) Siguen su marcha hacia el centro de la ciudad, y llegan frente a Palacio "antes de las siete". (2) Los soldados forman un cuadro en la plaza, siendo sus dispositivos en esos instantes de unos mil doscientos hombres. Un testigo presencial nos relata, con emotivas e imperfectas palabras, la escena que sucedió:

"... Una partida como de veinte hombres, toma una de estas banderas chicas (lábaros que traían consigo los soldados), entran en Palacio y suben al relox, y en aquella especie de ménzula o cartón que está a el lado derecho, al pie de la haspa, un soldado revolea la bandera que antes hemos dicho. A este tiempo sale(n) de enmedio del cuadro formado por la tropa de la plaza, ocho soldados custodiando una bandera grande, abanzando (sic) hasta cerca de donde están los cimientos de la pirámide, revolean esta bandera y al mismo tiempo enarbolan en la haspa de Palacio el pabellón de los Estados Unidos, ví en este momento desgraciado mi relox, y eran las siete y cinco minutos de la mañana..." (3)

La bandera de las barras y las estrellas se posó, de igual manera, en la Catedral y en otros imortantes edificios adyacentes a la plaza. Casi simultáneamente, "el pueblo llegaba en tropel, y abismado no creía lo que estaba pasando" (4), sucediéndose las mueras de Armas. "Poco después de las nueve de la mañana, por la calle a los yankees y al general Santa Ana "por traidor", durante las siguientes horas.

Soldados, que ciertamente no eran de los nuestros, rubios unos, negros otros, recorrían las principales calles en dirección a la Plaza de Plateros, viene el general Scott, con un trozo de tropa de caballería y un resto de infantería para Palacio; sube al balcón principal y arenga al pueblo; éste desprecia su discurso, y entre la multitud sale un tiro de pistola dirigido al general Scott; buscan algunos soldados donde ha salido el tiro; pero en vano, porque desaparece entre el pueblo". (5)

---

(1) Abraham López, *"Calendario de... para el año bisiesto de 1848"*, México, 1848, pág. 65.
(2) Ibidem.
(3) Ibidem.
(4) Ibidem.
(5) Ibidem.

Y lo que sucedió después es verdaderamente maravilloso:

"En este instante sale una voz de entre la multitud y dice: ¡la fuerza con las balas se repele, y no con triduos y novenarios como hacen los ricos! ¡hermanos, a las armas!, y con la velocidad del rayo, se oye un fuego graneado por todas partes, y el pueblo sostiene un ataque en todas direcciones, treinta y seis horas continuas; no pueden aquietar esta alarma general, ni haciendo uso de su artillería con mucha frecuencia: se estacionan multitud de guerrilleros Norteamericanos; pero ni el cañón, ni el aspecto de los soldados pudieron contener la desesperación de un pueblo que acababa de perder su libertad". (6)

La patriótica resistencia del pueblo que "acababa de perder su libertad" se prolongó durante toda la noche del 14, y al día siguiente, el fuego seguía igual. Prueba de ello fué que "en la plazuela de Santo Domingo se encontraron seis cadáveres de los Yankees, desnudos y castrados..." de la misma manera en Donceles, Arsinas, Loreto, etc., y "casi no había calle fuera del centro de la ciudad, que no se encontrara algún muerto de ellos. En el barrio de Santa María había algunos que los perros estaban devorando". (7)

Frente a ese comportamiento, inmortal y sublime, del pueblo humilde, "la clase rica... manifiesta su cobardía." México apareció hecho un monte Parnaso, llenos casi todos los balcones de diversos colores y distintas convinaciones (sic): esta clase egoísta públicamente confesaba su miedo, poniendo en sus banderas, que los queretanos eran gachupines; los veracruzanos, franceses; los indios vestidos, alemanes; los tapatíos, ingleses; los mexicanos, rusos, etc. ¿Qué deberemos esperar para la patria de una generación envilecida, que a la hora del peligro se afrentan de ser mexicanos por nacimiento? Sin embargo, los soldados Norteamericanos, sobre esos pedazos de trapos, que figuraban sus talismanes, se llevaban cuanto querían, diciendo ESTE POR MI; hacían sus emboltorios (sic), marchaban riéndose de ver unas estatuas inanimadas que no podían hablar, y algunos de éstos los encontraron debajo de las camas. Esta dolorosa excena (sic) pasó por toda la ciudad". (8)

Combates aislados dentro del recinto de la ciudad se sucedieron durante todo el día 15, y la gente festejó ese año el Grito de Dolores, en medio de una sinfonía lúgubre con tiros de fusil, cañonazos, vociferaciones desesperantes, llanto desgarrador y acribillamiento de un pueblo que se resistía a sucumbir.

Santa Anna, en la Villa de Guadalupe, recibe multitud de co-

---

(6) Ibidem, pág. 66.

(7) Ibidem.

(8) Ibidem.

misionados que iban a solicitar tropas para auxiliar al pueblo, pero "este general se hace sordo y deja perecer a sus hermanos". (9)

El 16, en la mañana, cesó toda resistencia armada. La ocupación de la ciudad estaba consumada. México en poder de los yanquis, ya no tenía vida propia. Su personalidad jurídica desaparecía, automáticamente, del concierto de las entidades autónomas. Se hallaba en manos de los enemigos y, en adelante, sólo éstos podían disponer de ella como les viniera en gana. México a partir de esos momentos, ya no era México.

Con todo, muchos cerebros ingenuos llegaron a pensar que la ocupación de la ciudad no sería obstáculo para que siguieran ejercitándose los libres actos de las autoridades mexicanas. En tal creencia, acaso para engañar al pueblo, se dieron a conocer dos edictos, fechados el 13 de septiembre, que son un vivo ejemplo de candidez e ingenuidad ante un hecho tan cierto como cruel, cual era el que México había perdido la guerra y que la ocupación, así de la Capital como de todo el territorio, se llevaría a efecto apoyada única y exclusivamente por la fuerza que impondrían las bayonetas vencedoras. El primero de dichos edictos decía:

"El Ayuntamiento de México, protesta del modo más solemne a nombre de sus comitentes, ante la faz del mundo y del general en jefe del ejército norteamericano, que si los azares de la guerra han puesto a la ciudad en poder de las fuerzas de los Estados Unidos del Norte, nunca es su ánimo someterse voluntariamente a ningún jefe, persona ni autoridad, sino a las que emanen de la Constitución Federal, sancionada por el gobierno de la República Mexicana, sea cual fuere el tiempo que dure la dominación extraña. —Acordado en la sala capitular del Excmo. Ayuntamiento de México, a 13 de septiembre de 1847. A las 11 de la noche. —Firman: Manuel R. Veramendi, José Ma. Aguayo, José Ma. Zaldívar, Antonio Balderas, Antonio Castañón, José Ma. de la Piedra, Lic. Leandro Estrada, oficial mayor". (10)

El otro de los documentos mencionados traía aparejadas las bases de la Capitulación, que en seguida insertamos:

"Primera. — Los templos y conventos de ambos sexos, los hospitales y casas de beneficencia, las bibliotecas y archivos públicos, colegios y escuelas, las casas particulares, y en general, toda propiedad mueble o inmueble, bien sea del común, o bien de las corporaciones, o de particulares, será individualmente respetada y no podrá profanarse, atentarse contra ella, ni ocuparse en ningún caso por las fuerzas de los Estados Unidos ni sus jefes.

(9) Ibidem, pág. 67.
(10) *El Monitor*, Méx., 28 septiembre, 1847.

"Segunda. — La ciudad será gobernada por las leyes vigentes, y usará, como hasta aquí, de sus fueros, sin que en ningún caso puedan prescribirle las fuerzas de los Estados Unidos ni sus jefes, la observancia de ninguna disposición, que sea por su naturaleza del orden legislativo.

"Tercera. — La administración de justicia en el orden civil y criminal, se desempeñará precisamente por las autoridades del país, conforme a lo que se establece en la Constitución de la República Mexicana.

"Cuarta. — Si ocurriese vacante del gobernador del Distrito, la llenarán, conforme previene la ley, los individuos del Ayuntamientamiento por su orden, sin que directa in indirectamente influya la fuerza armada en la designación de la persona que deba llenar este encargo.

"Quinta. — Las vacantes o faltas de los jueces de primera, segunda y tercera instancia, se proveerán con la calidad de interinos por el gobernador del Distrito, a propuesta en terna del cuerpo municipal.

"Sexta. — No se alterarán por las fuerzas norteamericanas las rentas municipales, ni el método de su recaudación, y se permitirá libremente la administración de éstas y de las contribuciones directas del Distrito al cuerpo municipal, quien las deberá invertir en mantener los ramos de que está encargado, y la pronta y cumplida adminitsración de justicia.

"Séptima. — Será permitido al Ayuntamiento, conservar la fuerza armada que sea necesaria, para mantener la seguridad de las prisiones y la tranquilidad interior de los habitantes de la ciudad; poniéndose de acuerdo con el general en jefe de las fuerzas norteamericanas, en cuanto al número de la fuerza y calidad de las armas de que ha de usarse para los objetos mencionados.

"Octava. — Las casas municipales mantendrán enarbolado el pabellón nacional.

"Novena. — Las fuerzas norteamericanas serán alojadas en los cuarteles que se designen de acuerdo con el general en jefe, quien se servirá impedirles el tránsito innecesario por las calles de la ciudad, particularmente por las noches, y mucho más el que entren en cuestiones políticas, ni en recuerdos de la campaña con los vecinos de la ciudad.

"Undécima. — El Ayuntamiento tomará para los usos públicos de su cargo, las maderas, jarcia y demás útiles que sirvieron para sostener la guerra.

"Duodécima. — Este convenio será RELIGIOSAMENTE OBSERVADO por parte del general en jefe y del Ayuntamiento. — Sala Capitular del Excmo. Ayuntamiento, septiembre 13 de 1847". (Siguen las mismas firmas que en el anterior).

"Son copias. México, septiembre 25 de 1847. Lic. Leandro Estrada, oficial mayor". (11)

Con tal iluso compromiso, pues ya veremos como y de que manera fué violado en su totalidad, dió principio, virtualmente, la ocupación de la Capital por el ejército de los Estados Unidos.

No tardaron en formarse las autoridades mexicanas que iban a colaborar con el enemigo. No podían faltar. Si lo que les sobraba era el pretexto, muy viejo por cierto, de que había que salvar a la ciudad de mayores desgracias, del caos, de la anarquía, y eso sólo era factible estando en combinación con las fuerzas opresoras. Los acomodaticios no hallaban otro camino. Para ellos ese era el único que existía. Esa era su patria. Esos eran sus sentimientos. La colaboración y el vasallaje. El miedo y el oportunismo. El estómago y la seguridad.

Las autoridades municipales principiaron esta poco digna tarea con un dramático ocurso redactado en los siguientes términos:

"El Alcaide primero del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad, encargado por la ley, del gobierno del Distrito Federal. Hace saber a los habitantes de ésta, que, abandonada la capital por las fuerzas que la defendían, han entrado los norteamericanos en ella, después de que una comisión del Excmo. Ayuntamiento propuso al jefe de éstas, que la ocupación fuera pacífica y que se respetaran las vidas y las propiedades de los moradores de la misma ciudad. A la civilización del ejército que la ha ocupado deben corresponder los habitantes de ella, sin bajeza, PERO CON LA DEBIDA MODERACION. Mientras los mexicanos pudieron resistir, resistieron noblemente; y cuando la fortuna les fué esquiva, cuando el ejército abandonó la capital, es evidente que toda hostilidad por nuestra parte, sobre ser ineficaz para la patria, sería imprudente en las actuales circunstancias, Y A TODA LUZ VITUPERABLE. Reservando pues, a la nación, que a ella y sólo a ella le conciernen; el deber de todos los habitantes inermes de la capital, es el de conducirse del modo más moderado y patriótico. Compatriotas: confiad en que la municipalidad se ocupará sin descanso de arreglar con el general de las tropas norteamericanas, cuanto pueda conducir a la conservación del orden y la tranquilidad pública, al respeto debido a las garantías individuales y a los derechos sociales del hombre. Mexicanos: convencido de vuestra moderación, se ha decidido a continuar en las presentes circunstancias, en un tan difícil como penoso puesto, vuestro compatriota y amigo sincero. México, septiembre 14 de 1847. — Manuel R. Veramendi". (12)

(11) Ibidem.
(12) *El Monitor*, Méx., 27 septiembre 1847.

Como puede verse, veladamente sugerían a las gentes los intimidados regidores, que aceptaran la dominación extranjera como cosa inevitable y que no lucharan contra ella porque su situación se empeoraría. ¿Quiere verse mayor desmoralización? ¿No se palpa con claridad el miedo de estos hombres? Acaso porque el país había perdido la guerra, ¿no se debía ya de comabtir? ¿No era más patriótico hacerles pagar a los invasores bien cara su permanencia en nuestro suelo? Y sin embargo, se pedía un comportamiento negativo. Lo nacionalista se sedujo, según el modo de pensar de aquellas gentes, a la pasividad, a la tolerancia, a lo mediocre.

Tratando de aclarar su difícil posición, el mismo organismo hizo publicar en el periódico (13), una circular en la que explicaba todas sus diligencias, desde los momentos en que la ciudad se vió amagada hasta su caida. Decía:

"El Ayuntamiento de México, fiel al compromiso que contrajo aceptando el sufragio popular con que fué honrado, para representar a la población y procurarle todo el bien posible, no ha omitido medio ni diligencia para conseguirlo, aspirando a corresponder a la confianza que se le dispensó.

"El presentará una memoria de todos sus trabajos durante la época calamitosa que le ha tocado, y dirá solamente por ahora, que luego que supo que el ejército norteamericano se disponía a venir sobre esta capital, solicitó distintas veces, con una prudente previsión, se le ordenasen las reglas a que debiera sujetarse, en el evento desgraciado, pero posible, de que por uno de los azares de la guerra, sucumbiese nuestro ejército, para que arreglándose a ellas, nunca pudiera interpretarse su conducta de una manera desfavorable.

"Animado del más puro y ardiente patriotismo, deseaba el triunfo de nuestras armas, pero jamás olvidó ni descuidó su primera y principal obligación como representante del pueblo inerme; por eso es que la terrible noche del 13 del corriente, cerciorado por conducto de uno de sus miembros, que a las once de ella se acercó en comisión al Excmo. señor general don José Joaquín de Herrera, de que en efecto la capital iba a ser evacuada por el ejército, impulsado y guiado por su conciencia y por el anhelo de llenar cumplidamente sus deberes, acordó la protesta y proposiciones marcadas con los números 1 y 2 (14), nombrando una comisión de su seno para que las presentara al señor general en jefe de las fuerzas norteamericanas, con el objeto de qua la sociedad se libertara de la espantosa anarquía que la amenazaba.

"La comisión se dirigió a la una y media de la madrugada del

---

(13) Ibidem, 28 septiembre 1847.

(14) Se refiere a los documentos arriba mencionados que llevan fecha del día 13.

14, al señor general Scott, que estaba en Tacubaya, sin regresar sino hasta después que el referido señor general ofreció POR SU PROPIO HONOR, por el de su ejército y por el de la nación a que pertenece, hacer cumplir todas aquellas garantías que fuesen compatibles con la seguridad de su ejército; ofreciendo igualmente, seguir tratando del pormenor de las que se pedían, luego que ocupase la capital. —Sala Capitular del Excmo. Ayuntamiento. —México, septiembre 25 de 1847". (Siguen varias firmas)". (15)

Es indudable que por medio del anterior papel, el Ayuntamiento pretendió justificar su actuación ante los ojos del pueblo y de la Historia. Loable intento, si observamos que a proceder así se vió orillado por las críticas circunstancias del momento. Sólo que, un natural recelo debió haberle hecho comprender que ninguna de sus peticiones serían atendidas y que si Scott le prometió infinidad de seguridades fué más bien por mero formulismo y por hacer entrar en confianza a los individuos que gobernaban la ciudad, cosa que mucho necesitaba en esos instantes. Ahora bien, nadie ignoraba que cuando la fuerza de las armas es la que impera, las promesas y ofrecimientos que con anterioridad se han hecho, pueden ser rotos en cualquier momento por el insolente vencedor.

Después de detenernos en estos pormenores de carácter legalista, pasaremos a la reseña detallada de la ocupación misma.

Habíamos dicho que el día 16 se normalizó la situación en la ciudad, hecho confirmado desde las primeras horas de la mañana, pues a partir de las 8, "las gentes empezaron a andar en sus negocios, aunque con algún temor" (16); y las autoridades de ocupación dispusieron que para "restablecer la confianza pública, todos los almacenes, tiendas y lugares donde se espenden provisiones de toda clase, deberán abrirse este día (el 16) a las doce" (17); dando además, amplias seguridades a la población con la orden de "Se prohibe estrictamente el porte y uso de armas ocultas", y con el ofrecimiento de que los "ciudadanos mexicanos inofensivos serán protegidos en sus personas e intereses". (18)

El mayor general Jonh Anthony Quitman fué de inmediato favorecido por Scott con el empleo de "Gobernador Civil y Militar" del Distrito Federal, y una de sus primeras providencias —fechada el mismo día 16— consistió en anunciar que:

"Las autoridades municipales volverán a funcionar en sus atribuciones ordinarias en la ciudad y distrito de México, en todo lo

---

(15) Los firmantes de esta declaración son :: Manuel R. Veramendi, Juan María Flores y Terán, Vicente Pozo, Lucio Padilla, Rafael Espinosa, José Urbano Fonseca, Agustín Díaz, José Ma. Bonilla, Mariano Beraza, Juan Palacios, Pedro Tello de Meneses, Leandro Pinal y Mariano de Icaza.

(16) Abraham López, Ob. cit., pág., 67.

(17) *"The American Star"*, Méx., 20 septiembre 1847.

(18) Ibidem.

que no sea opuesto con la ocupación militar de la ciudad. Con el objeto de que puedan hacer cumplir sus órdenes, quedan autorizados a formar una fuerza de seiscientos hombres...". (19) No dejó de mencionarse, en la misma orden, que quedarían "en el ejercicio de sus funciones bajo la protección del ejército americano".

Ordenes, Bandos, Decretos, fuero nlos actos iniciales de las autoridades invasoras tan pronto como la ciudad quedó, sin peligro, en sus manos, para imponer a la población de cuales eran los designios que traía consigo el ejército dominador. Centenares de manifiestos adheridos a infinidad de paredes informaban al pueblo, en perfecto español, sobre esa especial misión. Y tan hipócritas, tan llenos de saña, de humillación y de escarnio, que enunciaban propósitos "nobles y sinceros" para dar fin a la "sangrienta guerra" que México "arteramente había provocado". (20)

En auxilio de tan perversa labor, vino la prensa de ocupación. El primer periódico que publicaron los invasores en la Capital fué el "Daily American Star", vocero del ejército enemigo que venía circulando desde la ciudad de Jalapa, después de que esta Plaza capituló. Trasladado a México por sus editores, señores Peoples y Barnard, apareció su primer número el 20 de septiembre. Era bilingüe, y su sección en español ostentaba el título de "Estrella Americana". (21). Es de imaginarse la furia y el encono con que nos trataron los redactores de esta publicación.

Una semana después de la caída de la Capital, la situación se había tornado enteramente normal. Así lo mencionó en uno de sus primeros números (22) el portavoz del ejército de ocupación:

"Tenemos la satisfacción de decir —exclama con júbilo— que desde nuestro último, se han abierto casi todos los almacenes y tiendas de la ciudad y la confianza entre los ciudadanos y nosotros se está restableciendo con rapidez". Y añadía luego, con no poca altanera vanidad: "Estamos ciertos que en menos de una semana estaremos aquí bajo el mismo pie que estábamos con los poblanos...". Aunque lo más alentador de aquella noticia fué el saber que "las plazas también empiezan a ser surtidas con todos los productos del Valle, y todos NOS PRONOSTICAN UN PORVENIR PLACEN-

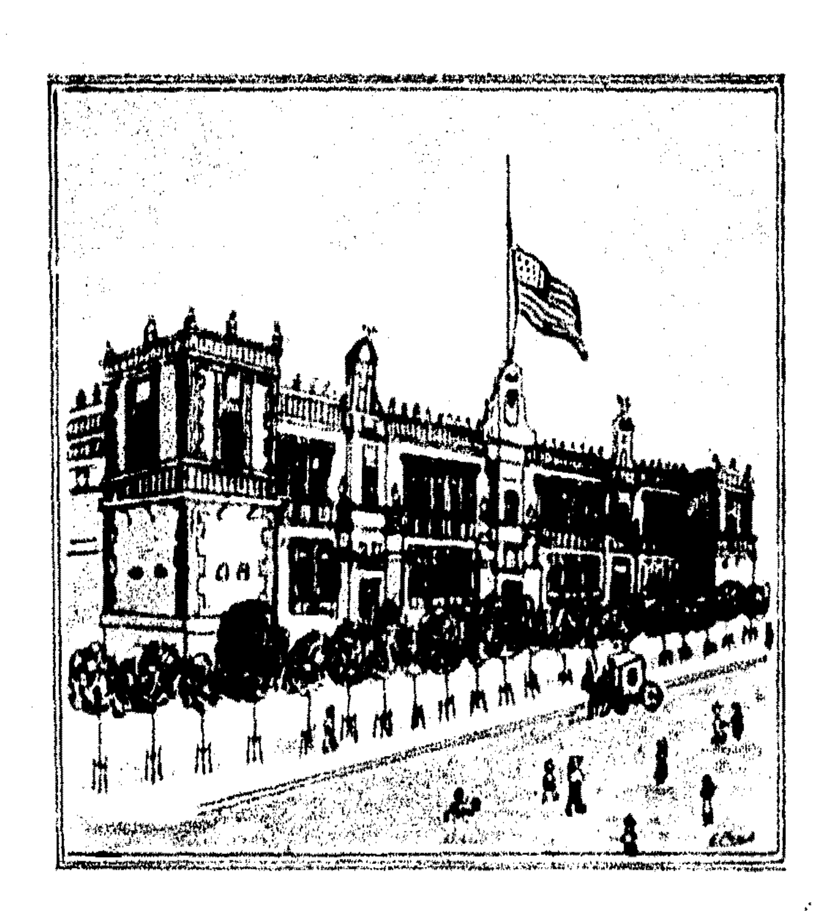
---

(19) Ibidem.

(20) Leyendo los periódicos que se publicaban en México en el mes de septiembre de ese año, se pueden comprobar dichas infamias.

(21) "Este periódico se publica los martes, jueves y sábados, y se venderá en las calles y en la imprenta a un real cada número. Los que quieran publicar sus anuncios en él, pueden llevarlos a la imprenta, calle de Medinas número 6; donde serán insertados a razón de un peso cuatro reales por cada ocho líneas por la primera vez, y un peso por cada una de las subsecuentes".

(22) *Estrella Americana:* 23 septiembre 1847.



TERO EN LA CAPITAL". Y con qué descaro lo dicen —pensamos nosotros al releer las anteriores palabras.

Como uno de sus actos iniciales, después de la pacificación de la ciudad, y no obstante conocer las increíbles privaciones económicas en que vivía el gobierno del Distrito. Winfiel Scott tuvo la indecorosa e injusta ocurrencia de gravarlo con una elevada cantidad de dinero. Y en unos cuantos días, las autoridades colaboracionistas se apresuraron a complacerlo:

"El Excmo. Ayuntamiento ha dicho anteayer al general Scott, que estaban listos los ciento cincuenta mil pesos que exigió a la población, y sabemos que para ello se ha negociado un préstamo, para no agobiarla con una nueva contribución". (23)

Un boletín, interesante tanto para la población como para los soldados ocupacionistas, y fechado el 27 de septiembre, advertía que:

"Se ha estado procurando engañar a los soldados del ejército, rebajando en esta plaza el valor de la moneda de oro y plata de los Estados Unidos. Para evitar la confusión e inujsticia que resultaría de la tolerancia de este mal, se ordena que en todos los negocios de compras y ventas, se reciba la moneda de los Estados Unidos, según su legítimo valor. A saber:

"La Aguila, por diez pesos.

"Media Aguila, cinco pesos.

"La moneda de cincuenta centavos, por cuarta parte de un peso.

"Un Dime, por la décima parte de un peso.

"Un Medio Dime, por la vigésima parte de un peso.

"Todos los que contravengan esta órden, serán multados en (con) cinco pesos cada vez que lo hicieren así.—J. A. Quitman, mayor general y Gobernador.—Oficial, Geo In Davis, secretario". (24)

Cosa inevitable fué, según puede verse, que la ciudad se inundara de moneda estadounidense, la cual, para la propia seguridad de las gentes, fué de inmediato más aceptada que la nuestra, dándose con ello ejemplo del clima tan singular que envuelve siempre a un pueblo ocupado.

La vida social no varió para nada en la ciudad oprimida. Una gran función de teatro comentaba nuestro diario (25), y advertimos en ella, entre otras cosas, la cuidadosa organización del ejército del Norte, que no olvidaba, dentro de sus obligaciones, la de divertir a los soldados. Encabezando el comentarista su artículo con el sugestivo título de 'Teatro", nos dice:

"Como periodistas hemos concurrido a la representación del

(23) *El Monitor*, 27 septiembre.
(24) Ibidem, 28 septiembre.
(25) *El Monitor*, 30 septiembre.

drama titulado "The Lady of Lyon", or "Love and Pride"; La Dama de León, o Amor y Soberbia, que verificó anoche en el Teatro Nacional la compañía inglesa que entendemos sigue al ejército americano. Gran parte de éste formó la concurrencia, a excepción de dos mujeres mexicanas de clase menos que mediana, media docena de las del pueblo que ocuparon la cazuela, otros tantos hombres de igual clase y ocho polkas curiosas que por allí vimos; pero aún así, supimos que los productos ascendían a más de mil pesos. Uno de los actores como de edad madura, fué el que con más alma y con mejor acción se hizo aplaudir frecuentemente, y excitó estrepitosas risotadas, gritos y silbidos (sic), porque sin concurrencia de señoras, los hombres, sin el obstáculo del miramiento que se les debe, vivamente se entregaron a toda clase de desmezuradas (sic) y alegres demostraciones".

Antes de que terminara el mes trágico, apareció otro vocero de las fuerzas de ocupación. Nos referimos al "The North American", diario también bilingüe, editado por Mr. W. C. Tobey, que en su sección castellana se titulaba "El Norte-Americano". Más agresivo aún que la "Estrella", en su primer número, tratando de hacer la apología de los invasores, dijo:

"Uno de los beneficios que han resultado de la ocupación de esta ciudad por el ejército americano, podría atestiguarse en la Aduana, donde centenares de mujeres indígenas están empleadas en hacer vestuario para la tropa, y recibiendo salarios que no habían tenido hasta ahora. Estamos informados de que muchas de ellas son parientes de soldadodes y oficiales del ejército mexicano, por cuya ausencia o muerte, han quedado absolutamente privadas de recursos. Es un motivo de congratulación ver que nuestros jefes, que no pudieron evitar las calamidades que han afligido a este pueblo, hacen a lo menos cuanto pueden para aliviar sus desgracias". (26)

Aun cuando sí era verídico que había tal miseria entre la gente del pueblo, que por cualquier remuneración con tal de que fuese segura, centenares de infelices mujeres aceptaban trabajar para el ejército enemigo, no cabe duda que pecaba de exagerado el "Norte-Americano", pues el Monitor del día último denunció que las trabajadoras aludidas estaban siendo vilmente explotadas por una capataz (mexicana colaboracionista), bajo el disimulo de los jefes yanquis. Pocos días después, el libelo extranjero se limitó a decir que las autoridades de ocupación habían puesto coto ya a semejantes iniquidades.

De como la infiltración de elementos extraños a nuestro medio social y cultural se había operado con la presencia del ejército enemigo, nos da una ligera idea la gacetilla que, con el título de "Tea-

(26) *El Norte-Americano*, septiembre 29.

tro Nacional", apareció por esos días en uno de los diarios (27). Decía:

"Hace tres noches que la Compañía Americana está representando en este teatro, a concurrencias numerosas. Es extraño oír hablar el idioma inglés en el Gran Teatro de Santa-Ana; pero aun más extraño es oír las animadas notas de *Yankee-Doodle,* tocadas con tanta animación por la orquesta".

El Monitor, con fecha 9 de octubre, y bajo el título de "Los Prisioneros del Ejército Mexicano en esta Capital", se ocupó de un asunto, excepcionalmente importante, sobre todo por su oportunidad:

"Desde el día 20 de agosto unos —decía— y otros desde el 8 y 13 del pasado (septiembre), existen esos seres desgraciados, que según el abandono con que se les vé por el general Scott y por las autoridades nacionales, parece que no pertenecen a la especie humana.

"Jefes y oficiales de buenos y antiquísimos servicios, se hallan hoy sumergidos en la más espantosa miseria, y no pocos de ellos mutilados en sus miembros, postrados aun en el lecho del dolor.

"Todos han expuesto sus vidas al frente de las balas enemigas, en defensa de los derechos de su patria, como lo hicieron muchos de ellos en 1821. Mas ni el general en jefe enemigo ha cumplido con los deberes que le imponen el derecho de guerra y el de gentes, ni las autoridades de esta capital han hecho nada en favor de estos infelices. Bien saben ellas y lo mismo el señor Scott, que a los prisioneros del ejército invasor se les socorría, acaso con preferencia a los mexicanos que se hallaban en el campo de batalla. Estamos instruídos de que a los seis oficiales y diez y seis soldados de los Estados-Unidos del Norte que han permanecido en Toluca hasta estos últimos días, se les han pagado seiscientos pesos mensuales a que montan sus respectivos sueldos, por la tesorería del Estado de México.

"El general Scott ha debido hacer lo mismo con nuestros desgraciados compatriotas, y así creímos lo verificaría, cuando exigió del Excmo. Ayuntamiento ciento cincuenta mil pesos. Esperamos, pues, que esta patriótica corporación en unión del señor gobernador, acordarán lo conveniente para que del producto de todas las rentas del Distrito, se destine los suficiente para que los señores jefes y oficiales prisioneros reciban diariamente por la Aduana de esta capital, lo que corresponda a sus pagas, o la parte de ellas que de rigurosa justicia se les debe asignar, en honor de la nación y en obsequio de la humanidad".

Dicha recriminación a la actitud poco seria del general Scott —puesto que él se había obligado a tratar a los prisioneros de acuerdo con los postulados del derecho de guerra y del de gentes— y a

---

(27) *Estrella Americana,* octubre 2.

la abulia del Ayuntamiento de la ciudad, aparece como un remitido que un prisionero mexicano envió al diario para que se publicara, pero tiene todas las trazas de haber sido confeccionado por los redactores del mismo Monitor, lo que, si así fué, es muy encomiable dada la actitud desinteresada y valiente tomada por aquellos.

Todavía más patétia fué la suerte de los prisioneros de la célebre compañía de San Patricio. (28) Juzgados por una corte marcial reunida en Tacubaya, fueron condenados la mayor parte a la horca, y los que salvaron sus vidas, a la pena de "cincuenta azotes con un látigo de cuero, aplicados sobre las espaldas desnudas de cada uno", y marcados en el rostro con hierro candente con una alerta D, estigma de desertores. (29) Ante estos hechos, El Monitor levantó nuevamente su voz de protesta en tonos bastante enérgicos. En sus columnas del 13 de octubre dió cabida a los siguientes conceptos:

"Nos faltan expresiones para bosquejar, aunque fuese levemente, el sentimiento de dolor que en nosotros ha causado aquel suplicio y la indignación, la rabia y el encono que ha despetrado la conducta de los jefes del ejército americano; todo comentario nos parece inútil, toda expresión suave y todo colorido débil, para pintar la negra atrocidad de tan bárbaros verdugos.

"No entraremos a examinar el cuestionable derecho que pudiera tener el ejército de los Estados-Unidos a tratar a estos desgraciados como tránsfugos o desertores, en cuyo caso podría haberlos castigado de muerte según el derecho de gentes; entonces, el haberles quitado simplemente la vida habría sido si se quiere injusto; pero el haberlo hecho del modo que se ha verificado y el haber tratado y estar tratando a los otros de la manera que aparece, a más de ser injusto, es cruel, inículo y bárbaro. Ese suplicio lento y esos crueles martirios propios de los tiempos de Nerón y Domiciano están hoy vistos con horror, y sus autores son justamente excecrados por la humanidad. Reservado estaba al general Scott y a su séquito venir a México a presntarnos el más atroz ejemplo de crueldad y de barbarie, ¿y éstos son los descendientes del noble y desinteresado Washington y del virtuoso e ilustrado Franklin? ¿Y éstos son los ciudadanos de una república que se llama libre y que pretende ser la más ilustrada del nuevo continente? EL MUNDO TODO VA A JUZGAR DE ESTOS HECHOS, Y LOS ANALES DE LOS ESTADOS UNIDOS SE ENCONTRARAN MANCHADOS CON

---

(28) Irlandeses, desertores del ejército estadounidense, que se pasaron del lado mexicano y lucharon por nuestra causa en los combates del Valle de México. Fueron hechos prisioneros por los vencedores, después de las acciones de Padierna, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec.

(29) *México a Través de los Siglos*, t. IV, vol. II, pág. 690. Ed. Gustavo S. López, México, D. F.

UN INDELEBLE BORRON QUE FORMARA SU ETERNA IGNOMINIA". (Las letras mayúsculas son del autor).

La Estrella del 14, tuvo el poco tacto de contestar el anterior reporte, con las significativas palabras que a continuación damos:

"El Monitor de ayer publicó un artículo, fechado en Querétaro el 5 de octubre, que lanza en contra del general Scott y de las autoridades americanas las más severas acusaciones que pueden ocurrírsele a un hombre, por el trato que están recibiendo de nuestras manos los prisioneros de San Patricio. El que lea este artículo necesariamente recibirá la impresión de que lo humanitario tiene raíces profundas en la mente mexicana, tanto que no son capaces de matar un pollo por más hambre que tuvieran. El que estas líneas escribe... dice que "el mundo civilizado juzgará de estos hechos", etc. ¡Eso es lo que queremos, humanitarios señores! Que el mundo nos juzgue, y el mundo dirá que hemos ejectuado a hombres que, aprovechando las lecciones que aprendieron e nnuestra escuela, desertaron a las líneas del enemigo con quien estamos en guerra, enseñándole no solamente aquellas lecciones, sino que se enlistaron bajo su bandera, luchando contra el país de su nacimiento o que adoptaron. No habrá hombre desinteresado en aquel mundo de que habla, que no dirá que merecieron su destino, y que hubiera sido un acto de injusticia hacia la sociedad el haberlos dejado impunes. En cuanto a los principios de humanidad, el autor de esas líneas debió haber callado —por lo menos debió haber echado una mirada en su propia casa antes de aventurarse sobre este tema. Debió entonces haber mirado hacia Goliad, y presenciar aquella carnicería a sangre fría, de 500 hombres que capitularon sobre bases honrosas y rindieron sus armas al ejército mexicano". (Original, en inglés).

Mas a pesar de la peregrina réplica transcrita, es evidente que la dura acusación del Monitor revela hasta que punto los invasores habían tomado su papel de verdugos de México; porque en esos momentos, aquellos valerosos irlandeses eran más mexicanos que nadie, puesto que habían luchado por México y por México habían dado su vida. Ahora bien, tales lujos de crueldad inaudita —sadismo del general Scott—, debieron haber sido capaces de provocar un levantamiento general del pueblo contra sus opresores; pero el espíritu estaba tan decaído y los recursos propios eran tan exiguos, que nadie oso vengar el sublime sacrificio de aquellos héroes.

A la par que las calles capitalinas se normalizaban con la presencia constante de soldados (30) —blancos y negros— de la Unión Americana, la miseria, en su más crispante realidad, roía las entra-

---

(30) El número de las fuerzas de ocupación de la ciudad de México en estos días, era aproximadamente de 6000 hombres. Meses después se aumentó hasta sumar cerca de 10000.

ñas de nuestro pueblo, desgraciadamente sucio y andrajoso. Por las arterias de San Francisco y San Juan de Letrán, se apostaban diariamente infinidad de vagos y malvivientes de ambos sexos que, al ver pasar a los soldados les gritaban con familiaridad: "echa pan americano", y los aludidos les tiraban, como a unos perros, pedazos de lo que venían comiendo, ante lo cual todos se arrojaban al suelo disputándose la posesión de tales migajas. (31)

¡Qué desconsuelo nos sobrecoge cuando conocemos semejantes noticias! ¿Cómo podría México contar con la protección de sus hijos, si ellos tenían hambre e imploraban socorros del vencedor? Era imposible que se reaccionara. Estábamos devorados por un cáncer social difícil de extirpar. En tan peculiares condiciones de vida, se perdió el interés por el deber, por el heroismo, por la inmortalidad. Todo ello en contraste con un ejército invasor bien equipado y organizado —mas no indestructible— que acabó de completar, dolor es confesarlo, esa obra de aniquilamiento moral de nuestro pueblo.

Hay más. Las autoridades estadounidenses eran tan atractivas a la clase educada mexicana —la más indicada para mostrr su animadversión al enemigo— que muchas veces se les invitaba a presidir ceremonias y festivales escolares en un alarde de servilismo tal, que raya en los límites de lo increíble:

"Cosa de 15 días ha, nos han dicho que Mr. Trist (32), comisionado de los Estados Unidos, visitó el colegio de San Gregorio, y que se mostró complacido al ver los cuantiosos elementos, numerosos y útiles libros que hay, así como de un niño que en inglés improvisó una arenga con que se le obsequió". (33)

Y luego añadía nuestro informante: "...Parece que de resultas de esta visita, el general Scott ha propuéstose respetar los colegios, y no volver a pensar en ellos para cuarteles (en eso se habían convertido), y es de esperar que pronto se verifique la desocupación del de Minería, para lo cual ya se ha dado su orden".

¡Pobres criaturas! —decimos nosotros— ¡Hasta obligarlas a aprender inglés, para adular con ello a los más prominentes hombres de la ocupación! Y eso que Mr. Trist era nada menos que el hombre que, pocos meses antes había exigido de nuestro gobierno, como condición indispensable para poner término a la guerra, la cesión definitiva de Texas, Nuevo México, Alta y Baja Californias, Sonora, Chihuahua, Tehuantepec, etc., etc. Darle honores a semejante individuo —clásico ejemplo de ave de arpiña— aquí, en México, era envilecerse hasta lo infinito y comprobar que por la patria

(31) *El Monitor*, octubre 15.

(32) Nicolás P. Trist fué nombrado por James Buchanan —Secretario de Estado de la Unión— Agente Confidencial de los Estados Unidos en México, con la misión de buscar un avenimiento entre las naciones beligerantes. Desembarcó en Veracruz en junio de 1847.

(33) *El Monitor*, octubre 15.

sufrida, la que necesitaba del amor y la ayuda de los suyos, no se tenía más que burla y desprecio.

Ciudad de vicio, escándalo e irreverencias fué el México dominado por los yanquis. Contando con el visto bueno de las autoridades de ocupación se abrieron al público multitud de centros o comercios, donde no eran precisamente las buenas costumbres las que campeaban. Los habitantes conocieron diversiones extrañas y originales; y las tropas se encargaron de hacer un muladar colectivo de la urbe que los cobijaba. Si no observemos la siguiente gacetilla:

"En los pocos días que lleva el ejército americano de permanecer aquí, se ven improvisadas tabernas y bodegones infinitos en la parte céntrico". (34)

O también esta otra:

"El cementerio de San Francisco se ha convertido en mercado: hemos visto puestos de fruta y cazuelas con comida, que parecen ser destinadas al ejército americano, porque custodiadas las puertas por centinelas de ellos, a puerta cerrada se manejan, y sólo, según ayer hemos comprobado, permiten la entrada y salida a los traficantes". (35).

Y en cuanto a diversiones, leamos:

"Ayer como a las once y media de la mañana, concurrió un inmenso gentío para presenciar la carrera que a igual hora verificaron una yegua sangre linda frisona de un oficial americano, y el hermoso caballo negro, frisón también, del señor italiano Ranati, que fué el victorioso en el paseo de la Viga". (36). Frases en inglés, comentarios en español, y gritos entremezclados de ambos idiomas, fueron el bullicio que animó esta fiesta hípica donde mexicanos y estadounidenses convivieron como viejos e inseparables amigos.

Otro novedoso espectáculo, de artistas que venían con los invasores, y que llamó mucho la atención del curioso público capitalino, fué el comentado (36) en los siguientes pintorescos términos:

"Anoche al pasar por la "Gran Sociedad" (37) nos llamó la atención gran multitud de gente que se disputaba la puerta, para oír y presenciar lo que hacían seis americanos con la cara tiznada para imitar a los negros, en acciones, dialecto y maneras; se habían sentado en sillas, cada uno con un instrumento, siendo el más notable la mitad de la quijada de un caballo con dos campanitas en las extremidades, otras tantas en los lados y una mano de hueso, con la que la golpea, con regla y compás, y que con el triángulo, el

(34) *El Monitor*, octubre 15.
(35) Ibidem.
(36) Ibidem, octubre 18.
(36) *El Monitor*, octubre 20.
(37) Famoso hotel y restaurant metropolitano de mediados de Siglo.

violín, la guitarra, las castañuelas y el pandero, que los otros manejaban hábilmente, formaban armoniosa cadencia que correspondía al solo o dúo en turno que les tocaba hacer, o bien al coro que todos ellos formaban. Parece que estos hombres tiempo ha que se ejercitan en esta clase de diversiones, porque la imitación de los movimientos grotescos, la gesticulación, las canciones y el zapateo y redoble que hacen en su baile, muy semejante al "Jarabe", es tan bien desempeñado que divierten y hacen reir a cuantos los ven, y creemos que son hombrs que siguen al ejército, quienes después de haber cantado y hecho sus gracias recogen con el sombrero lo que algunos concurrentes quieren dar".

Pasemos ahora a cuestiones más trascendentes; siendo una de ellas la remoción de Quitman de su empleo, y el nombramiento de Persifor F. Smith para sustituírlo en el gobierno del Distrito, hechos que causaron sendos comentarios de los capitalinos, pues era creencia general que Scott tenía una confianza ilimitada en Quitman. Este cambio de funcionarios se operó en los últimos días del mes de octubre.

El 29 se daba un decreto firmado por el nuevo gobernador en el que se establecían los horarios que en lo sucesivo deberían observar las cantinas, pulquerías y demás centros de vicio que tanto abundaban en la ciudad. Dicha medida se tomó —según comentario del momento— con el objeto de prevenir desórdenes y choques entre las tropas y los habitantes, teniendo en cuenta que se acercaban las fiestas de difuntos en las cuales el alma popular se alebrestaba en demasía y desbordaba con exageración su peculiar entusiasmo. Los términos tan imperativos del mandato no fueron muy del agrado de las personas afectadas por él.

De gran importancia, tanto política como social, fué la relación de amistad y entendimiento entre la más alta autoridad del clero mexicano y el jefe supremo de las fuerzas invasoras:

"Anteayer —anteayer el Monitor del 6 de noviembre— estuvo el general Scott a visitar, acompañado de los generales, su estado mayor y una numerosa escolta, al Arzobispo (38), quien vino ayer á eso de las doce y media a la casa del general Scott a corresponder la visita; la guardia y un batallón que estaban preparados para hacerle honores, juntamente con la oficialidad que concurrió, hizo solemne la ceremonia, en la que tuvieron parte principal los generales que al general en jefe acompañaron en su residencia para este acto."

Por más que se trate de justificar estos actos, lo cierto es que hablan muy poco en favor de la actitud asumida por el clero nacional durante esa negra época. Lo verídico y real es que la iglesia mexicana, encabezada por sus más altos representantes, se portó de la manera más antipatriótica que pudo. Cuando a ella se le pidió

ayuda para salvar la causa de la República, en los angustiosos días en que la invasión extranjera estaba a punto de dar sus golpes más certeros, se negó rotundamente a ello, aduciendo infinidad de vanales pretextos. En cambio, luego que los invasores ocuparon nuestras principales ciudades, los jefes de la iglesia brindáronles sus más sinceras muestras de amistad. Scott y el arzobispo de México se hicieron muy amigos; de la misma manera que sucedió en Puebla, entre el general Worth y el obispo, cuando los estadounidenses entraron en aquella plaza. Y a pesar de las muchas profanaciones que las tropas causaron a los conventos, iglesias, etc., jamás salió de las autoridades eclesiásticas alguna expresión que molestara en lo más mínimo al invasor.

Sin embargo, hubo que darle alguna interpretación oficial a la entrevista del señor Irisarri con el general Scott:

"Se nos ha dicho que el señor Arzobispo en la entrevista que tuvo con el general en jefe, intercedió por la libertad de todos los prisioneros de guerra mexicanos, por sí y a nombre del clero; si esto es así, es de esperarse que el señor general Scott ya se habrá convencido de lo inútil que es tener encerrados a esos hombres, y ejercerá un acto de benevolencia". (39)

En el fondo sólo hubo colaboracionismo por parte de los dignatarios eclesiásticos, y de las peticiones piadosas que hicieron a los jefes yanquis, contadas fueron las que tuvieron éxito.

Las damas metropolitanas también intervenían a veces, con la mira a ablandar el duro corazón del general en jefe, y obtener así un trato más benigno para nuestros prisioneros. Ayudándolas en su misión, el Monitor, con fecha 8 de noviembre, se apresuraba gustoso a servirles de conducto:

"Varias señoras de las principales de esta ciudad —decía— nos han remitido la solicitud siguiente, encargándonos que se advierta que al irla a presentar, creen fueron desairadas, porque sobre no habérseles invitado a que pasasen cuando en su carruaje se presentaron en la puerta de la casa del general Scott (40), se les contestó por medio de un ayudante intérprete, que el general Scott no accedía a la solicitud; y como el fin que en ésta se proponían, es noble y humano, dichas señoras han deseado que se sepa, esperando que tal vez la lectura de su contenido mueva a compasión el corazón del jefe, y conceda la merced de que se trata."

La petición en concreto, decía:

"Sr. general. Las señoras que suscribimos conmovidas hace tiempo por los padecimientos que aún sufren los prisioneros de San Patricio, y conociendo por otra parte los sentimientos generosos que otras veces ha manifestado V. E. en favor de la desgracia, nos to-

---

(39) *El Monitor*, noviembre 7.

(40) La residencia de Mr. Scott era: Calle del Espíritu Santo, Nº 7.

mamos la libertad de excitar su magnanimidad y compasión hacia esos desgraciados, suplicándole que dando por cumplida su prisión y por satisfechos los castigos a que fueron sentenciados, tenga a bien perdonarles el tiempo que deben de su condena, y los mande poner en libertad. No pretendemos, sin embargo, que ésta sea absoluta, pues deseamos, que libres de sus padecimientos, puedan quedar en la ciudad bajo su palabra de honor. Confiadas en ver despachada favorablemente ésta nuestra solicitud, damos a V. E. anticipadamente, las debidas gracias. México, octubre 21 de 1847".

Evidentemente, poco o ningún aprecio hacía el general Scott a peticiones de esta clase, que, por lo demás, no reflejaban otra cosa que el natural sentimiento de piedad, innato en la mayoría de las mujeres mexicanas.

Sin embargo, no sólo amarguras y sinsabores se vivían en esos días; al anunciarse el comienzo de la temporada de caza, se vió en ello una oportunidad más para sacar de la ociosidad a los soldados:

"Oficina del gobernador civil y militar. Palacio Nacional, noviembre 6 de 1847. A las tropas, piquetes, avanzadas, etc., del ejército, se les avisa que el tiempo de la caza sobre los pantanos de las cercanías de la ciudad, empezará por autoridad el miércoles 8 del presente. Los cazadores y otros empleados en cazar no serán molestados. Por el gobernador, R. P. Hammond". (41)

Anunciando la aparición de un nuevo órgano de prensa, leemos interesados en el Monitor del 18 de noviembre:

"EL YANKEE DOODLE" (El Haragán). — Así se llama el periódico, cuyo primer número se ha publicado hoy. Su carácter es ligero, variado, festivo, literario y noticioso; sale una vez por semana en inglés y en español".

Era este otro de los voceros auspiciados por las fuerzas de ocupación; mas no debió haber tenido mucho éxito, pues poco se oyó hablar luego de él.

El mismo 18, otra importante noticia sorprendió a los lectores:

"El mayor Polk, hijo del actual presidente de los Estados Unidos, llegó ayer a esta ciudad como a las 3 de la tarde, con una escolta y pliegos oficiales para el general Scott".

Pero, al día siguiente la Estrella replicó, en el sentido de que "el portador de pliegos para el general Scott, no es hijo del presidente de Estados-Unidos". El caso no tuvo mayor trascendencia.

El Norte-Americano del día 19, manifestó que como se había enfermado su traductor de español, en adelante todos sus números saldrían únicamente en inglés; con lo que, el público lector hubo de hallarse en soberana dificultad para descifrar una lengua desconocida, aunque no tanto, pues, por efecto de la ocupación, fueron

(41) *Estrella Americana*, noviembre 11.

muchos los que se esforzaron en aprender el idioma de Shakespeare, para así poder entenderse mejor con los dominadores.

Mientras ocurrían las cosas nimias, consecuencia inevitable de la ocupación militar, la importantísima cuestión política se tornaba difícil y peligrosa. Los horizontes de México en aquellos días estaban tan oscuros y la nacionalidad tan en peligro de perderse que, con motivo de la negativa de las autoridades supremas mexicanas a aceptar las desventajosísimas e inícuas proposiciones de Mr. Trist para concertar el tratado de paz, algunos de los más destacados periódicos yanquis llegaron a formular incesantes exposiciones, que mucho herían nuestra ya quebrantada dignidad. Encabezando un sendo editorial, con el fulminante e insultativo título de "LA INDULGENCIA HA DEJADO DE SER VIRTUD", exclamaba uno de ellos (42):

"Habiendo el gobierno mexicano rehusado acceder a las LIBERALES PROPOSICIONES DE PAZ DE NUESTRO GOBIERNO, ni aún según parece darles las consideraciones debidas, ahora es bien manifiesto que el espíritu de indulgencia y el objeto que ha inducido a la administración a ofrecer la paz, han sido mal entendidos.

"La proposición de México, que nosotros paguemos a los ciudadanos de México los perjuicios que han sostenido durante la guerra, entregar toda esa parte de Tejas sita al oeste del río Nueces, abandonar todo Nuevo México, toda la California (Baja) y parte de la Alta, dejar todas nuestras importaciones como las de los demás comerciantes, a los puntos mexicanos expuestos a pagar nuevos derechos, y aún a la confiscación, ceder todos nuestros derechos al paso por el Istmo; son tan absurdos, que a lo menos por ahora, aleja toda idea de paz.

"Entendemos que se ha determinado por nuestro gobierno no hacer más proposiciones de paz. De aquí en adelante, cuando México desee la paz, que se la solicite ella. Actualmente estamos en posesión de su capital, ciudades principales, puertos y posesiones. Refuerzos considerables se mueven diariamente de Veracruz para sostener la valiente columna de la ocupación de la capital, Puebla, etc., y para abrir y tener abierta una línea de comunicación entre la costa y e lejército. En adición, y además de los regimientos que se están organizando y saliendo de Kentucky, Indiana y Tennessee, se pedirán otros refuerzos hasta el completo de la fuerza autorizada por la ley del Congreso, para asegurar al ejéricto en su actual ocupación y operaciones.

"Como SE NOS HACE PROSEGUIR LA GUERRA, ha de hacerse con vigor: el país conquistado será ocupado y gobernado por la ley marcial, y sus recursos y rentas se harán tributarios de

(42) *Estrella Americana*, noviembre 23.

cuantas maneras se pueda, para sostener nuestra ocupación y gobierno. Nos complace saber que hay recursos suficientes en la Tesorería (gracias a las operaciones de la tarifa de 1846) para la más vigorosa prosecución de la guerra, incluyendo la organización, equipos, transportes, etc., de todas las tropas nuevas que se necesiten, hasta algún tiempo después que se reúna el Congreso.

"México jamás habría ofrecido condiciones tan absurdas, si no hubiera sido animado por el partido "no más territorio", por el partido del Nueces, por el partido que ha declarado esta guerra como agresiva, impía e injusta por nuestra parte. Esperemos, pues, y sus recientes traiciones y procederes vengativos, llamarán la atención y unirá la nación (43) en la prosecución de la guerra, y en exigir de ella, por medio de contribuciones militares, hasta donde sea practicable, los gastos futuros.

"El Primer paso. —A menudo hemos usado la frase de que "la indulgencia cesa de ser virtud", y creemos que la carta mandada por el gobernador civil y militar al alcalde primero de esta ciudad, demuestra claramente que ya está cediendo.

"Si no nos equivocamos, no pasará mucho tiempo antes que el enemigo sepa que ese sistema dulce (44), de acuerdo con la marcha de la civilización, será reemplazado por otro de diferente política, que pueda conseguir lo que nuestros principios de humanidad y nuestros procederes, sin paralelo como conquistadores, ha procurado obtener en vano.

"Hemos ofrecido la paz una y otra vez, y no hemos sido oídos, y ahora es preciso HACERLOS SENTIR QUE LA GUERRA NO ES UN PASATIEMPO, y que el país con que estamos en guerra, no ha de seguir engordando a costillas de sus invaosres.

"En este país se han jactado de que los gastos de nuestro ejército eran tan excesivos que no podríamos continuar la guerra. Les agradecemos esta indicación, y procuraremos aprovecharla, y los primero frutos serán el descargarnos de estos gastos para imponérselos a los enemigos.

"Verdaderamente sentimos que el curso obstinado de los gobernantes del pueblo, porque desgraciadamente éste no gobierna aquí, haya traído esta carga adicional sobre ellos; pero hasta que tengan valor de salir a la defensa de sus derechos, merecen poca simpatía.

"El mundo continuará riéndose de nosotros, como lo hace ahora, si no alterásemos ese sistema que enriquece al enemigo a nuestra costilla".

El Monitor del 24 reprodujo el agresivo artículo arriba citado.

---

(43) Obsérvese cómo implícitamente se reconoce que el país vecino estaba desunido en la cuestión de la guerra con México.

(44) Mucha dulzura con la que se nos había tratado hasta entonces.

En él se ve cuál era la opinión que de nosotros tenían los vencedores. Tal era la inquina y el desprecio con que nos miraban los periódicos, las autoridades, las gentes yanquis. Les éramos repulsivos, bajos, altaneros e insignificantes. Ni siquiera teníamos, en la creencia de ellos, derecho a solicitar condiciones menos drásticas. Escribían y propalaban sus insultos, con la absoluta convicción de que eran indiscutibles verdades. ¡Jamás nunca México había padecido un ultraje semejante! ¡Qué dura fué, ciertamente, la resignación de la derrota del 47!

Del exterior venían noticias no menos alarmantes. Una de ellas, reproducida por nuestro diario (45), decía:

"Nueva Orleans, 26 de octubre. Anexión de "Todo" México. —La mayor parte de los periódicos que nos llegan del Norte en estos días, traen algo relativo al proyecto de anexar todo México a los Estados-Unidos. Ya hay corresponsal que asegura que el gobierno ha determinado enviar 100,000 hombres armados, a apoderarse de todos los pueblos, ciudades, etc., desde el río Grande hasta el Istmo de Tehuantepec; establecer gobernadores y autoridades bajo la Constitutción de los Estados-Unidos. exigir contribuciones al pueblo y vender terrenos para cobrarse los gastos y lo que se pueda gastar en la presente guerra. El plan no deja de ser magnífico, si pudiera realizarse con la misma facilidad que lo concibió el escritor, pero dice un refrán castellano que "del dicho al hecho hay muy largo trecho".

Comentando, con justa indignación, el anterior párrafo, agregaba nuestro vocero:

"Casi todos los periódicos del partido loco-foco recomiendan esa medida, y no son pocos los que aseguran que el proyecto de anexar a México será uno de los que más se discutirán en la próxima reunión del Congreso. No sabemos qué pensará Mr. Polk acerca de semejante asunto, pero en verdad no creemos que entre tanto bolo senador y representante, como suelen reunirse en el Capitolio de Washington, haya un número suficiente de locos que se atrevan a sostener semejante absurdo.

"El tal proyecto parecerá muy bueno a esos que desde sus casas se ponen a dirigir las operaciones del ejército que se halla en México, y hacen y deshacen con la facilidad que mueven al lengua o "empinan el codo". Para mandar 100,000 hombres a México, se necesitará lo menos un año de término y $ 20,000,000 para equiparlos y trasladarlos al punto de su destino, y si se mandaran a puñados, como se ha estado haciendo hasta ahora, servirán de muy poco. Y dado el caso que fuera realizable el disparatado proyecto de anexar todo México a los Estados Unidos, ¿se quedarían con los brazos cruzados las potencias europeas? Poco favor hacen los tales

(45) *El Monitor*, noviembre 28.

periódicos a los habitantes de esta República, dando publicidad a tan descabelladas ideas, partos deformes de alguna imaginación calenturienta; y al llegar uno de esos papeles a manos de alguna persona sensata en Europa, creerán tal vez que esos son los pensamientos de todos los americanos".

A todo lo anterior podemos hacer las siguientes reflexiones:

1.—Los Estados Unidos querían imponer pánico a nuestro gobierno, amenazándolo con la desaparición total de la República Mexicana, del seno de las naciones libres, si no aceptaba prontamente las sugerencias de paz que se le habían hecho.

2.—La anexión total de México a los Estados Unidos era factible, pero no se realizaría, en vista de que la dicha anexión nunca antes había entrado en los planes absorcionistas del gobierno del Norte. Por lo demás, éste tenía muy presente que las ocupaciones militares indefinidas y regadas en un extenso territorio, provocan los levantamientos de guerrillas, cuestan mucho dinero, y terminan a la postre con la retirada de las tropas dominadoras.

3.—Los Estados Unidos sí podían disponer de 100,000 hombres y 20 millones de pesos para continuar la campaña de México. O sea, que ésto no iba a ser obstáculo para la invasión de todo el teritoiro mexicano que faltaba por conquistar.

4.—El gobierno de Washington no podía temer nada de Europa, pues ésta siempre se mostró indiferente o impotente a la expansión yanqui. Se ha visto hasta la saciedad, como en el curso de la historia, siempre les dejaron manos libres en todos sus actos de imperialismo.

5.—Si México fué vencido por "puñados de hombres", como el mismo comentarista catalogaba al ejército de Scott, los 100,000 soldados consumarían totalmente su obra militar, mas no la incorporación social y territorial de nuestra patria, pues jamás se sostiene la dominación de los pueblos a base de bayonetas y cañones, indefinidamente.

6.—De cualquier manera, con ocupación total o sin ella, con la paz pronta o lejana, con anexión o sin anexión, México estaba absolutamente perdido, en el fatídico otoño de 1847.

Completando el cúmulo de infamias, la siempre ponzoñoza Estrella Americana, en gacetilla del día 26, vociferaba:

"México, a lo menos, tiene que escoger entre ser borrada del catálogo de las naciones o de quedar libre e independiente. Las no-

ticias recientes de los Estados Unidos, son una prueba convincente, si se necesita alguna, que la guerra ha perdido su caracter de partido allá (46), y que todos los días se hace más nacional".

Y aquello no tenía fin. Diariamente nuestro gobierno era objeto de los ataques más socces que le lanzaban los columnistas invasores, por no aceptar las abusivas proposiciones de paz que Washington le ofrecía. El Monitor Republicano era el único que, con la pluma, se enfrentaba a nuestros detractores. Fué notable su comentario de 3 de diciembre a un injurioso editorial de los enemigos:

"El Yankee Doodle del 29, manifiesta su regocijo al ver que el gobierno de los Estados Unidos ha dispuesto cargar a México con la continuación de la guerra, y expresa a la vez su sorpresa por la resistencia obstinada del pueblo mexicano a celebrar la paz. Este juicio, a nosotros no nos sorprende, porque lo juzgamos natural en un ciudadano de la Unión Norteamericana; pero sí produce una sensación muy desagradable, por no decir una justa indignación, que se eche cruelmente en cara a los mexicanos su conducta de resistencia, cuando casi se confiesa que la guerra que sostienen los Estados-Unidos no fué justa en su principio: *"it matters not though what it was in the beginning; even if our country was then in the wrong"*, etc.; y que el triunfo de las armas ha dado después derechos para subyugar a una nación sin fe. Podría ser esto un error: mas protestamos abjurar de él, si se nos llega a probar que sienta bien en la boca de un republicano, proclamar por principio el derecho de fuerza".

Diciembre de 1847 pasó entre interminables amenazas de que México sería anexado a los Estados Unidos, si nuestro gobierno no llegaba a un entendimiento con el difícil e intransigente Mr. Trist.

"Nuevo Plan de Operaciones", era el título de una exposición nacionalista (47), escrita con evidente desconsuelo:

"El corresponsal en Washington, del "Sun" de Baltimore, reputado como uno de los mejores corresponsales de los Estados-Unidos, y de los más inteligentes y capaces de la capital, escribe a fines del mes próximo pasado, diciendo que parece se trata de formar una línea defensiva de costa a costa por el istmo de Tehuantepec, dejando la que se halla actualmente establecida sobre el río Grande, para que de ese modo queden circundados los mexicanos y pueda conservarse casi en un todo la posesión de México; que se faciliten las comunicaciones con los pueblos del interior y se cobren todos los derechos de importación y exportación del gobierno de los Estados-Unidos, evitándose de ese modo el exigir empréstitos ni

---

(46) Medítese sobre estas palabras, reveladoras de que la guerra fué promovida exclusivamente por el partido esclavista de la Unión.

(47) *El Monitor*, diciembre 14.

sobre-cargar de impuesto al pueblo americano, y finalmente, que se han dado instrucciones al general Scott para que no haga caso al FANTASMA DE GOBIERNO QUE SE HALLA FORMADO EN QUERETARO; que no oiga proposiciones de ninguna especie, ni haga el menor caso de armisticios, negociaciones o suspensión de hostilidades que se le propongan por parte de los mexicanos; que haga sus preparativos para llevar una ocupación pacífica y duradera de todo el territorio mexicano; que desarmen todos los ciudadanos y a las tropas de los pueblos, caminos, etc.; y destruya cuantas armas les coja, para impedir que puedan molestar de manera alguna a los americanos. El plan es sobresaliente; sólo falta ponerlo en ejecución y si esto se logra, no hay duda que producirá un efecto admirable y contribuirá a un cambio favorable en la desventurada República Mexicana".

Y en otra página del mismo número, el asiduo lector, aterrorizado, se enteraba de más novedades:

"Las Negociaciones con México.—Los periódicos del Norte y los corresponsales de Washington se ocupan constantemente de hacer cálculos y reflexiones sobre el resultado que tendrá la guerra actual, y algunos aseguran que se abandonarán muchos de los puntos que se hallan actualmente en posesión de las fuerzas de los Estados Unidos, para establecer una línea defensiva, que pueda sostenerse con las tropas que hay al presente en México. Asegúrase por otra parte, que el gobierno de los Estados-Unidos no cederá en un ápice a las instrucciones que dió a Mr. Tirst, y que además exigirá como condición indispensable, la comunicación libre por el istmo de Tehuantepec y da poseción total le las Californias. Algunos periódicos opinan que, vista la imposibilidad de establecer en México un gobierno sólido y bien organizado para tratar con propiedad sobre un arreglo, el Congreso deberá tomar en consideración la importancia y necesidad de posesionarse del territorio mexicano, hasta que se logre la formación de un gobierno juicioso y en el que pueda confiarse. Se cree que Mr. Polk rcomendará esta medida en su mensaje; pero ésta es opinión de corresponsales de Washington".

Como si el gobierno de Washington tratara de confirmar las anteriores amenazas, de Veracruz llegó la noticia de que:

"Desde el día primero del corriente hasta la fecha, han entrado en este puerto 6988 individuos de tropa para el ejército americano, ascendiendo el número de los reunidos en el punto de Vergara a más de 8000". (48)

Por lo visto, las razones nos iban a entrar a fuerza de cañonazos.

Sin embargo, en medio de aquel espantoso desaliento por parte de los nuestros, algunas voces, patrióticas y valerosas, se dejaban

---

(48) *El Monitor*, diciembre 16.

oír en el apesadumbrado ambiente, tratando de sacar de la apatía y la indiferencia al pueblo mexicano. Amargas verdades, vergonzosas recriminaciones, cargos tremendos; desesperado intento de hacer volver sobre sus pasos a los derrotados, a los decaídos, a los cruzados de brazos, eran los reflejos de un editorial, empapado sin duda, con las lágrimas de su autor, épico y trágico a la vez, que, tomado del "Boletín de Noticias" de Jalapa, reprodujo el Monitor del 16. Decía:

"Y si la paz no ha de firmarse por los hijos de México en la presente lucha, sino sobre cureñas de cañones, y después de una victoria, ¿qué esperanza llevamos de terminar la guerra si no se da un paso siquiera para presentar la batalla? Cuando con un corto esfuerzo se hubiera logrado impedir el paso de las fuerzas que marcharon a reforzar las tropas de Scott, se vió con indiferencia que los soldados mexicanos se separaban de la línea que demarcaba el camino de aquellas para evitar el encuentro. Entre tanto, el general enemigo posesionado de la capital de la República está en ella instalado tranquilamente con su corto ejército y en amplia libertad de poder operar sobre cualquier punto del territorio mexicano. Todos se preguntan con ansiedad, ¿cuál será ahora la conducta del general Scott? Preguntémonos más bien qué conducta seguirá el simulacro de administración que nos queda. Preguntémonos si aún se volverán a emplear a la cabeza de nuestras tropas, LOS MISMOS GENERALES QUE HAN ENSEÑADO A CORRER A SUS SOLDADOS. Preguntémonos si se han perdido ya completamente el honor y la delicadeza del pueblo mexicano. Y si nuestro propio valor y nuestros solos sentimientos de independencia no son suficientes a hacernos despreciar la muerte, sírvanos al menos de espuela para correr al combate, los insultos oprobiosos que las naciones extranjeras arrojan a nuestra cara.

"No gritemos guerra, cuando todas nuestras acciones repiten más fuerte paz y cobardía. No gritemos guerra cuando los gobernantes piensan tan solo en la ambición de los puestos y en los rencores perosnales. No gritemos guerra cuando los capitalistas no consienten en desprenderse de una parte de sus intereses para mantener al soldado, y cuando éste corre despavorido antes de combatir.

"Cierto es que la paz nos quita la mitad del territorio, la soberanía y el honor, ¿pero qué importa, dirán nuestros militares, si ella nos deja las vidas y nuestros empleos? Cierto es que la paz ahora, será un principio de guerra para arrebatarnos mañana lo que nos quede, mas ¿que importa, dirán los hombres acomodados, si ella nos deja intactos nuestros capitales?

"El pueblo dice lo mismo, porque él no comprende los beneficios de la libertad, ni sabe lo que es independencia; y así está su-

friendo de los males consiguientes a esta época de trastornos y miseria".

Desgraciadamente eso y no otra cosa era México en aquellos días. Ninguna descripción contemporánea, por cruel que sea, encontramos tan realista y verídica como la preinserta. Vergüenza debió haberles dado a los que, activa o pasivamente, cooperaron en la obra de despeñar a la patria al abismo donde se encontraba.

Mientras, seguían los invasores en su propósito de confirmar las amenazas y los amagos con hechos reales:

"Entre cinco o seis mil hombres, a las órdenes de los generales Lane y Butler (William Orlando) llegaron a esta ciudad en toda la semana pasada". (49)

Y por si en el ánimo de la gente todavía se animaba alguna sombra de duda, pronto quedaría disipada al leer:

"Se dice con generalidad, y aún por los mismos americanos, que probablemente no saldrán tropas de esta ciudad, hasta que no se sepa algo del Congreso de Washington, y esto podrá obtenerse en el término de tres o cuatro semanas. Que los puntos que se ocupen primero serán Zacatecas, Morelia y Guadalajara". (50)

No descansarían los vencedores hasta el día que tuvieran en sus manos el fruto soñado, el codiciado botín, aquello que los había impulsado a "hacer la guerra". Vivían pendentes del momento, supremo para ellos, de acariciar, cual judío que acaricia su oro, el papel que les diese posesión "legal" de lo que ambicionaban: ¡El Tratado de Paz!

Subordinados a los acontecimientos políticos venían otros de índole distinta. Así, por ejemplo, los despojos que el ejército invasor cometía en las propiedades mexicanas se consumaban cada vez que los jefes lo deseaban. De esta manera, violaron infragantemente las Bases que el general Scott firmó con el Ayuntamiento, cuando la ciudad se decidió a capitular. No obstante haber ocupado el Palacio Nacional, el del Arzobispado, el de minería, el de San Ildefonso y otros muchos edificios, algunos de los cuales ellos se habían obligado a respetar, el Monitor del 9 de diciembre exclamaba con sincero dolor:

"Anteayer a cosa de la oración observamos que frente al convento de la Enseñanza estaban como 200 hombres del ejército que ocupa la ciudad. Cerca de la portería del convento había varios coches; por la boca-calle de la primera y segunda del Relox, algunos carros. Al pasar oímos decir que la tropa iba a ocupar dicho convento y que habían dado un corto término a las monjas para que desocuparan la parte necesaria. Si esto es cierto, acompañamos en su pena a esas estimables religiosas, y con mayor razón, por-

---

(49) *El Monitor*, diciembre 22.

(50) Ibidem.

que en su convento tenían una escuela en que daban instrucción, sin estipendio alguno, a muchas niñas en México, así como por otros títulos verdaderamente recomendables".

Como para poner de manifiesto la condenación de usurpaciones semejantes, y evitar así que se siguieran violando las propiedades de los particulares, el mismo día 9 se publicaba una extensa lista de edificios capitalinos, mencionando su capacidad respectiva para el albergue de las fuerzas de ocupación. Por lo interesante y curiosa transcribiremos la nota, que dice así:

"Lista de los edificios en que pueden alojarse las tropas americanas, con expresión de la fuerza que en cada uno de ellos pueda caber cómodamente, en vista del número que en otras épocas ha habido en los mismos, pertenecientes al ejército mexicano.

EDIFICIOS		Número de Tropas que pueden alojarse
PALACIO NACIONAL, Cuartel situado a la derecha ... de		800 a 1000
Cuartel de la calle de los Mercaderes ...	"	1000 a 1200
Cuartel del costado de Palacio (puede también servir para caballería) ...	"	500 a 800
Casa de Moneda ...	"	1000 a 1200
Apartado Nacional ...	"	1000 a 1500
Ciudadela (pueden caber cómodamente de todas armas) ...	"	3000 a 4000
Aduana Nacional ...	"	500 a 800
Cuartel de los Gallos (para infantería y caballería) ...	"	500 a 800
Cuartel de Paredo (ídem) ...	"	500 a 600
Escuela Normal (calle del Rastro) ...	"	500
Recogidas ...	"	500 a 800

CONVENTOS

		cabrán en los dos
San Agustín (pueden formarse dos cuarteles, cada uno de ellos independientes, dándoles la entrada por la calle de San Agustín y por la del Arco ...	"	2000
Merced ...	"	600
San Francisco (pueden formarse tres cuarteles, dándoles a cada uno la entrada por la portería, por frente del colegio de San Juan de Letrán y por la calle de Zuleta) ...		3000

Santo Domingo (pueden formarse tres cuarteles independientes, cuya entrada respectiva sea por la portería, por la Puerta Falsa y por la Pila Seca) *cabrán cómodamente en los tres:*	3000
Carmen ...	400
San Cosme ...	500
Porta Coeli ...	300
San Felipe Neri o profesa ...	500
Santísima ...	300 "

No esperaron, por cierto, los invasores, de la aparición de esta noticia para hospedarse en los sitios mencionados en ella: ya lo habían echo con anterioridad; pero eso no obstaba para que siguieran apoderándose de las casas de los moradores que más les gustasen. Obvio es decir que durante los nueve meses que duró su permanencia en estos lares, los soldados fueron absolutamente respetados —por el pueblo y por el Ayuntamiento— en los aposentos que se habían asignado. El gobierno y los particulares volvieron a ocupar sus locales, sólo hasta después de la desocupación de la Metrópoli.

Seguimos adelante con nuestra tediosa crónica.

El 18 del mismo mes se publicó en los diarios de la ciudad, en español e inglés, el siguiente despacho militar:

"Cuartel general del ejército. Ciudad de México, 22 de septiembre de 1847.—El general don Pedro María Anaya, del ejército mexicano yprisionero de guerra del ejército americano, en consideración a su alto caracter como ex-presidente de la República Mexicana, y ser actualmente miembro del Congreso Nacional, queda exento de toda obligación de prisionero, sin canje y sin que dé su palabra. (Firmado) Winfield Scott. De orden del mayor general Scott (firmado). G. W. Lay, teniente y secretario militar".(51)

El que se diera a la publicidad oficio tan retrasado, revela una cierta intención de las autoridades opresoras de congratularse a los ojos del pueblo (nunca dejaron de temerse repentinos levantamientos) para que se viera que no todos sus actos eran de terrorismo y que, comó en esta ocasión, también se interesaban en libertar a los militares mexicanos que se habían distinguido durante las hostilidades. Otras noticias atrasadas siguiéronse dando a la luz, y en todas ellas parece adivinarse el mismo velado propósito.

Comenzó el año 48 con negros presgios, idénticos a los del anterior:

"En una carta de Querétaro —leemos— se nos dice que el

(51) *El Monitor*, diciembre 18.

general en jefe del ejército americano ha dirigido una nota al Supremo gobierno de México, manifestando que si no hace pronto la paz, será ocupada militarmente toda la República Mexicana". (52)

Como el nombre de Santa Anna todavía se repetía en algunos lugares del sur de la República, no obstante los males que había causado al país, una de las publicaciones de ocupación (53) informaba alarmada, que se habían fijado en muchas calles pasquines en español que decían: "¡Viva el heroico pueblo mexicano! ¡Viva la República! ¡Mueran los Yankees! ¡Muera el Napoleón del Sur y todos los partidiarios de Santa-Anna!". Con lo que se ve, que las turbulencias del partidarismo político no cesaban ni con la presencia del ejército invasor en nuestra tierra.

A medida que pasan los días se van dando a conocer los notables colaboracionistas del enemigo en esta época infausta. Unos, discretamente, envolviendo sus actos bajo un oropel de aparente dignidad. Otros relacionándose con el invasor de la manera más abierta y descarada.Siempre en las conciencias ese espíritu traidor y convenenciero que conducía a ciertas gentes a ser fieles servidores de los que en esos momentos pisoteaban con delirio nuestras instituciones:

"Por una carta que se encuentra en el Norte-Americano de hoy, sabemos que don Pedro de Terreros, Conde del jaral, recibió con hospitalidad a los americanos que iban a Pachuca, suministrándoles provisiones y todo lo que necesitaron, gratuitamente". (54)

Días después, dábanse mayores informes sobre este acto de inmunda asociación con el enemigo:

"En carta fechada en Pachuca el 4 del presente, y que publica al Norte-Americano de hoy, se dice entre otras cosas que en Tizayuca fué recibida la tropa americana cuando iba de paso, con banderas blancas, y se franqueó, lo que fué posible para su comodidad; que don Pedro de Terreros los invitó a que pasaran a su hacienda, y después de mil agasajos, declaró que el coroenl Wethers, jefe de la tropa, era el hombre más instruído de cuantos había visto". (55)

¿Quiere verse mayor deshonor? ¿Acaso no merecían un ejemplar castigo estos indignos mexicanos que tan públicamente se preciaban de ayudar al invasor? ¿Tendría México salvación con tan mezquinos procederes de sus ciudadanos? Indudablemente no.

---

(52) Ibidem, enero 2 de 1848.
(51) *El Monitor*, diciembre 18.
(52) Ibidem, enero 2 de 1848.
(53) *Estrella Americana*, enero 7.
(54) *El Monitor*, enero 11.
(55) *El Monitor*, enero 11.

Así, en medio de tanta desventura, no podía ser más cruel el análisis que de la situación hacía un diario mexicano (56), copiado por uno de los invasores (57), del cual lo tomamos nosotros:

"El día 14 de septiembre de 1847 —decía— el pabellón tricolor que plantó Iturbide en el antiguo palacio de los virreyes, fué arrancado por los enemigos triunfantes y sustituído con la bandera estrellada de los Estados Unidos. Este día, siempre de dolorosa memoria debía haber sido el principio de otra época, absolutamente diversa de las que han pasado después de consumada la obra de la independencia. En otra nación este golpe hubiera reanimado el espíritu público, unido las voluntades, hecho obrar de consumo los esfuerzos todos de los ciudadanos. En poco tiempo el gobierno debía haberse reunído en otro punto, comenzando sus nuevos actos por hacer un severo castigo en todos aquellos que, sin principios de honor y patriotismo, abandonaron su puesto, huyeron despavoridos ante los rifles enemigos y dejaron entregados a su suerte a los infortunados habitantes de México".

Volviendo al Monitor, en sus colúmnas del día 12, intercedía por algunos prisioneros mexicanos acusados por delitos contra el honor de las tropas invasoras. "Acusados", era el título de su exposición de defensa:

"Sabemos que se hallan presos, entre otros mexicanos, tres acusados de promover la deserción de los individuos del ejército americano. Se nos asegura que los vecinos del barrio donde vivían los acusados y otras personas que los conocen, afirman que no tienen culpa ninguna, que son inocentes, incapaces de haber cometido tal acción. El Lic. Aguilar y medina, según estamos informados, ha hecho ayer la defensa de uno de ellos que parece se apellida Rodríguez; y es de esperar que sean absueltos por el tribunal americano que los juzga; puesto que son inocentes, que no está probado en el proceso que haya delito, y que la defensa lo manifiesta claramente. Celebramos que haya abogados que defiendan a sus compatriotas; y que esto sea en un tribunal de la ciudad. Tan luego como llegue a nuestra noticia el resultado de este juicio, que ha llamado la atención, lo comunicaremos a nuestros lectores y nos prometemos que será, diciendo que el tribunal americano no condena a los acusados que son inocentes, como los tres de que se trata".

Con esa misma fecha se anunciaba también la llegada del general Marshall, procedente de Veracruz, quien venía a reforzar a las tropas de la Capital.

Así mismo, y para consuelo nuestro, se decía que el "Times" de Londres había censurado rudamente al general Scott por los crueles procedimientos que éste había seguido en la guerra de México,

---

(56) *El Eco del Comercio*, enero 14.
(57) *El Norte-Americano*, enero 15.

y muy especialmente por el infame bombardeo del puerto de Veracruz.

La sumisión más absoluta de los militares mexicanos, radicados en el Distrito, quedó de manifiesto en el Boletín que a continuación transcribimos:

"Oficina del gobernador civil y militar. Palacio Nacional, México, enero 11 de 1848.—Se ordena que todos los oficiales del ejército mexicano, todos los oficiales retirados, como también los de los cuerpos de guardias nacionales, incluyendo los regimientos conocidos por Independencia, Bravos, Victoria, Hidalgo, Galeana, Mina y los cuerpos de zapadores, que actualmente se hallen en la ciudad de México y no han dado su palabra de honor, que se presenten al inspector general del ejército americano, en su oficina, entre las diez de la mañana y las tres de la tarde en los días 12, 13 o 14 del corriente. También se ordena que todos los oficiales del ejército y de los antedichos cuerpos, que en el futuro lleguen a esta ciudad, se presentarán en la antedicha oficina dentro de 24 horas después de su llegada a ella". (58)

Otro interesante Boletín de esos días fué el publicado, en inglés y español, en los más importantes periódicos capitalinos:

"Ordenes generales. Núm. 27. Cuartel General del Ejército.—México, enero 20 de 1848.—Se ha hecho presente que algunos de nuesros valientes soldados que han muerto recientemente en el hospital General, han sido enterrados sin la debida solemnidad. El general en jefe está cierto de que no son culpables, ni los capellanes del ejército ni los sacerdotes católicos de esta ciudad. Si lo huran sabido, no hay duda que habrían cumplido prontamente con los deberes de su sagrado ministerio en las sepulturas de los difuntos.

"Se manda que en adelante no se entierre el cuerpo de ningún soldado, sea cual fuere su clase, a no ser los ejecutados por delito capital, sin los acostumbrados honores militares, si no es que la presencia del enemigo haga la ceremonia impracticable, y sin dar además aviso a algún clérigo inmediato, según la religión del difunto. El cirujano más antigüo del hospital dará parte con su prontitud al brigadier general Smith, de los enfermos que mueran en el hospital General, si los difuntos pertenecen al ejército de línea o al oficial presente más antiguo de los voluntarios, si lo son los difuntos, quienes tendrán cuidado respectivamente de hacer todos los arreglos de los funerales, según convenga. Por disposición del mayor general Scott. — H. L. Scott". (59)

No dejaban de presentarse, en esos meses, motivos de alarma, tanto para el vencindario como para sus "huéspedes", debido a las pésimas condiciones de salubridad en que se vivía, aumentadas por

(58) *El Monitor*, enero 17.
(59) *El Monitor*, enero 22.

y muy especialmente por el infame bombardeo del puerto de Veracruz.

La sumisión más absoluta de los militares mexicanos, radicados en el Distrito, quedó de manifiesto en el Boletín que a continuación transcribimos:

"Oficina del gobernador civil y militar. Palacio Nacional, México, enero 11 de 1848.—Se ordena que todos los oficiales del ejército mexicano, todos los oficiales retirados, como también los de los cuerpos de guardias nacionales, incluyendo los regimientos conocidos por Independencia, Bravos, Victoria, Hidalgo, Galeana, Mina y los cuerpos de zapadores, que actualmente se hallen en la ciudad de México y no han dado su palabra de honor, que se presenten al inspector general del ejército americano, en su oficina, entre las diez de la mañana y las tres de la tarde en los días 12, 13 o 14 del corriente. También se ordena que todos los oficiales del ejército y de los antedichos cuerpos, que en el futuro lleguen a esta ciudad, se presentarán en la antedicha oficina dentro de 24 horas después de su llegada a ella". (58)

Otro interesante Boletín de esos días fué el publicado, en inglés y español, en los más importantes periódicos capitalinos:

"Ordenes generales. Núm. 27. Cuartel General del Ejército.—México, enero 20 de 1848.—Se ha hecho presente que algunos de nuestros valientes soldados que han muerto recientemente en el hospital General, han sido enterrados sin la debida solemnidad. El general en jefe está cierto de que no son culpables, ni los capellanes del ejército ni los sacerdotes católicos de esta ciudad. Si lo huran sabido, no hay duda que habrían cumplido prontamente con los deberes de su sagrado ministerio en las sepulturas de los difuntos.

"Se manda que en adelante no se entierre el cuerpo de ningún soldado, sea cual fuere su clase, a no ser los ejecutados por delito capital, sin los acostumbrados honores militares, si no es que la presencia del enemigo haga la ceremonia impracticable, y sin dar además aviso a algún clérigo inmediato, según la religión del difunto. El cirujano más antigüo del hospital dará parte con su prontitud al brigadier general Smith, de los enfermos que mueran en el hospital General, si los difuntos pertenecen al ejército de línea o al oficial presente más antiguo de los voluntarios, si lo son los difuntos, quienes tendrán cuidado respectivamente de hacer todos los arreglos de los funerales, según convenga. Por disposición del mayor general Scott. — H. L. Scott". (59)

No dejaban de presentarse, en esos meses, motivos de alarma, tanto para el vecindario como para sus "huéspedes", debido a las pésimas condiciones de salubridad en que se vivía, aumentadas por

(58) *El Monitor*, enero 17.
(59) *El Monitor*, enero 22.

una postura que para los intereses de México era en extremo mezquina.

Supuesto que no se vislumbraban esperanzas de la firma del tratado de paz, seguían llegando a Veracruz tropas de refuerzo. En esos días (63) se daba como seguro el desembarco de 1500 a 2000 hombres en el puerto jarocho.

Información novedosa (64) fué la que anunciaba la llegada de un hijo político del presidente Peña y Peña que venía a conferenciar con Mr. Trist sobre los delicados asuntos del armisticio y del tratado de paz.

La culminación del servilismo, de la abyección y del desamor a la patria más completos, se consumó con el banquete que ofreciera el Ayuntamiento de la ciudad, en el Desierto de los Leones, al jefe del ejército de ocupación. Antes de referirnos a este suceso, diremos algo en relación con el cuerpo colegiado que gobernaba, a nombre de nuestras instituciones, la ciudad de México.

No era el Ayuntamiento de esta época —enero de 1848— el mismo que había regido los destinos de la ciudad desde los días anteriores a su caída, y que estaba presidido por el señor Manuel Reyes Veramendi. Un cambio notable se operó en el mes de diciembre del año anterior, y don Enrique Olavarría y Ferrari (65), tomando sus datos de la obra de Roa Bárcena (66) lo refiere en los siguientes términos:

"El último acto escandaloso ocurrido en la capital en los últimos días de aquel año fué el relativo a la renovación del ayuntamiento: el que había seguido funcionando al salir de la ciudad nuestro ejército, y cuya conducta sólo elogios merece, no tenía, por lo mismo quizás la simpatía de revoltosos intrigantes y del invasor; éste y aquellos, en monstruoso maridaje, le reemplazaron sin respeto a las leyes y contra la disposición expresa del gobierno de Querétaro que prohibió toda especie de elecciones en puntos ocupados por el enemigo, con otro que pretendió pasar por agrupación liberal y en no pequeña parte estaba formado por extranjeros. Pronunciada contra él casi unánimemente la opinión, el nuevo ayuntamiento, sin embargo, entró a funcionar por mandato del jefe invasor Smith, salvando un cúmulo de ilegalidades y abusos vergonzosos".

Pues bien, este nuevo Ayuntamiento (67), seguramente para

---

(63) *El Monitor*, enero 29.

(64) Ibidem.

(65) *"México a Través de los Siglos"*, t. IV, vol. II, pág. 704. Ed. Gustavo S. López, México, D. F.

(66) *"Recuerdos de la Invasión Norte-americana"*.

(67) Estaba formado así: Alcaldes: 1º Lic. Francisco Suárez Iriarte; 2º Antonio Garay; 3º Tiburcio Cañas; 4º Anselmo Zurutuza; 5º MIGUEL LERDO DE TEJADA; 6º Lic. Agustín Jáuregui; 7º Ramón Aguilera; 8º Lic. Justo Pastor Macedo. Regidores:

era el sombrío título con que, en 27 de enero, enunciaba una nueva carta petitoria. Héla aquí:

"Se nos ha dicho que hoy sufrirá la pena de muerte un mexicano juzgado por la autoridad ameircana. El Lic. Aguilar, con quien hemos hablado, preguntándole acerca del caso, no tiene de él ningún pormenor. Nos dice que ni conoce al desgraciado ni le ha tocado ser su defensor.

"Nosotros ignoramos si la legislación americana concederá algún recurso para librar del cadalso a un sentenciado. Si lo concede, esperamos que la ejecución no se verifique. Perdonar a un hombre no es un mal, y menos si acaso es inocente, y por una fatalidad no ha podido manifestarse su inocencia. Si la paz entre México y los Estados-Unidos se ha de hacer ¿qué se logra con sacrificar a un hombre más? Repetiremos lo que el general Scott dijo al abrir a las orillas de México las pláticas de paz: Bastante sangre se ha derramado".

"Si por una desgracia el sentenciado no tiene ningún recurso favorable, nuestro corazón se oprimirá con un dolor más, y elevaremos al eterno nuestros votos por el alma del ajusticiado. En casos semejantes la iglesia tiene mil recursos y es de desear que los agote la mexicana en favor de un hijo del cristianismo. Las negociaciones públicas, las plegarias, etc., debían anunciar en casos como este, que un mexicano se desprende de la tierra, y no es abandonado en el terrible tránsito del mundo a la eternidad".

Pero, muchas veces de nada valían todos los impresionantes argumentos que se arguyeran en favor de nuestros desamparados hombres. No podíamos tener voz y voto —repitiendo lo dicho en páginas anteriores— dentro de una dirección extranjera que todo lo absorvía. No había nadie, al menos aquí en México, que estuviera por encima de la autoridad de Scott.

Era tal la ofuscación del pueblo, y tan completo su desconocimiento de la realidad nacional y del concepto de patriotismo, que, por el hecho de que en los Estados Unidos Mr. Henry Clay pusiera de manifiesto en unos discursos la injusticia de la guerra que se seguía contra México, ya en la Capital se hacían convocatorias para recoger firmas de congratulación que, unidas a una significativa medalla, se le enviarían al señor Clay en señal del agradecimiento del pueblo mexicano.

El mexicanísimo Monitor (62) apoyó con júbilo el proyecto, insistiendo en lo patriótico que era. Todos parecieron ignorar que la actitud de Mr. Clay no estaba inspirada en el amor que profesaba a México, sino en el propósito de desacreditar al gobierno de Polk, para asegurar así el triunfo de su partido en las elecciones que se avecinaban en la Unión. O sea, no había por qué agradecer

(62) Número del 29 de enero.

congraciarse con los intrusos, a quienes debía su elevación, tuvo la brillantísima idea de obsequiarles con un banquete descomunal. Dejaremos hablar sobre este acontecimiento a los cronistas que lo presenciaron:

"Hoy han pasado al Desierto (de los Leones) —informa el Monitor de 29 de enero— algunos del cuerpo municipal, e ingenieros y oficiales americanos, con objeto de observar el curso de las aguas y procurar su nivelación. Dícese que si esto se verifica, el resultado sería útil para el vecindario de la capital. Esta visita al Desierto se solemnizará con un gran almuerzo, dispuesto por Mr. Laurent, por orden del Ayuntamiento. El sitio en que tenga lugar estará adornado, según se nos ha dicho, con la vela que sirve en las grandes funciones; y como la corporación no ha omitido gasto agluno para darle todo realce y ostentación al banquete o día de campo, entendemos que son varios los convidados".

Líneas adelante, añadía el mismo:

"En señal de estimación y respeto, quizá por su buen comportamiento, fueron ayer invitados a comer con el general Scott, los generales don Rómulo Díaz de la Vega y don José María Jarero. Dícese que fueron tratados con la mayor urbanidad y distinción".

Mayores detalles de este hecho nos da otro periódico (68), y por el significativo encabezado de su relación (69) nos damos cuenta de la bajeza tan enorme a que llegaron nuestras autoridades en esos instantes:

"Hace pocos días que una comisión del Ayuntamiento llegó cerca del general Scott y después de expresar que el Ayuntamiento hace algún tiempo deseaba visitar al general en jefe del ejército americano, pero que habían sido detenidos por el temor de interrumpir sus ocupaciones importantes, habían determinado convidarlo a él y a los oficiales que el general desease que lo acompañasen, a dar un paseo al campo, a una corta distancia de la ciudad, indicando las cercanías de Santa Fé, si fuese agradable al general... La atención y cortesía del Ayuntamiento agradó al general, aceptó el convite sin titubear, y el sábado pasado (29 de marzo) el general en jefe con los generales Butler y Smith y otros oficiales, salieron a caballo a las ocho de la mañana por la Garita de Belén, acompañado(s) por el Ayuntamiento".

Florido y pomposo vocabulario fué utilizado para describir aquella notable fiesta campestre:

José María Arteaga, Adolfo Hegewish, Lic. Manuel García Rejón, Federico Hube, Juan Palacios, Teodoro Ducoing, Cayetano Salazar, Enrique Griffon, Joaquín Ruiz y Pedro Van-der-Linden, Jacinto Pérez, Marcos Torices. Síndicos: Lic. Miguel Buenrostro y Lic. Ignacio Nieva.

(68) *Estrella Americana*, febrero 1º

(69) "Un Aguero. —El General Scott sorprendido".

"La reunión era brillante. Montados todos en soberbios caballos, veíase en primer lugar al héroe de Chipewa y Lundy's Lane, de Veracruz, de Cerro Gordo, y de las brillantes batallas de México; sus nobles y erguidas formas, semejantes a las de Kleber en el monte Tabor, descollaban sobre todos los circunstantes, y su ojo de águila, ese ojo que no ha pestañeado jamás ante un enemigo, estaba animado con todo el brillo del alma del soldado de dos guerras". (70)

Y sigue la reseña en todos sus detalles:

"El general (Scott) no sólo fué conducido a unas ruinas admirables (las del convento de San Angel), sino que el Ayuntamiento la tarde anterior había mandado a un personaje, nada menos que Laurent (71); (el que no conoce a Laurent en México, "no se conoce a sí mismo") con todas las cosas imaginables para una espléndida colación. Una mesa extensiva bajo una vela rica había sido dispuesta con todas las delicias de toda rica estación y de todo país; carnes preparadas para gustos los más exquisitos, y toda clase de vetualla, —porque quien no sabe que México está al alcance de los productos de todos los climas, desde el yelo (sic) del Popocatepetl hasta los llanos ardientes de la tierra caliente— ¡y luego los vinos! el más exquisito Borgoña, Madeira, Soterne, Champaña y todo en abundancia, todo, provisto por Laurent, bajo las órdenes del Ayuntamiento de la ciudad de México, y todo en honor del jefe del ejército norte-americano, en posesión por las tropas bajo su mando, de la capital de este gran país". (72)

"Hablemos de la mesa —exclama otra voz— a la cual se sentaron todos. La había dispuesto Mr. Laurent, y crujía literalmente con el peso de los exquisitos manjares y bebidas que la cubrían". (73)

Continúa la narración en su apogeo:

"¿Qué no había nada de extraño en esto? Nada admirable que pudiera sorprender al general americano. Pero como se hará justicia al porte de los señores del Ayuntamiento, pues señores lo son en toda la extensión de la palabra, y además de ser caballeros son patriotas también, que aman a su patria, y que harían cualesquier sacrificio para hacerle un bien. Un discurso corto por el alcalde 1º (74) a la cabeza de la mesa (el general Scott a su izquierda, el general Butler a su derecha, y después seguían alternativamente un mexicano y un americano, a ambos lados de la mesa y por toda su extensión) fué uno de los más a propósito para conmover, que

---

(70) *El Norte-Americano*, febrero 1º

(71) Gastrónomo famosísimo del México de mediados de Siglo.

(72) *Estrella Americana*, febrero 1º ... ...

(73) *El Norte-Americano*, idem.

(74) Lic. Francisco Suárez Iriarte.

jamás se ha oído. Habló de los sucesos de las armas americanas, y de las "severas lecciones" que han dado a México. y expresado su esperanza de que México sacara provecho de sus actuales aflicciones, y que todavía salga de la guerra con sus instituciones purificadas, y su pueblo elevado en la escala de la inteligencia, prosperidad y felicidad entre las naciones de la tierra.

"Era imposible dejar de ver que el alcalde era un hombre sabio y un verdadero patriota —uno que en realidad sentía la aflicciones de su patria, pero que con piedad y filosofía aguardaba con esperanza que su país, si entristecido por los eventos pasados, pueda todavía aprovecharse por ellos y hacerse más sabio y feliz. El general americano hizo una pronta y adecuada respuesta, y toda la partida se encontró con la mayor franqueza, unos con otros sin que ya pensaran en que eran o habían sido enemigos. Los brindis se siguieron unos tras otros en rápida sucesión como si cada uno estuviese (sic) deseoso de manifestar su buena voluntad, y que sabían que el tiempo era corto pues tenían un camino de unas cinco leguas en reserva.

"Omitimos decir que entre otros entretenimientos, había una banda especial de músicas con guitarras y flautas que tocaron algunas piezas deliciosas durante la colación, recordando de este modo los siglos pasados en que los jefes feudales vaciaban sus copas mientras las arpas llenaban el aire de melodía. El día se pasó con alegría, y toda la partida llegó a la ciudad al ponerse el sol". (75)

Todavía hubo algo más:

"El entusiasmo aumentó, y un caballero, después de un discurso de algunos minutos, al último y en alabanza de nuestras instituciones democráticas, bebió porque "NINGUNA PAZ SE HAGA HASTA QUE LAS SEMILLAS SEMBRADAS POR LOS REPRESENTANTES DEMOCRATICOS DEL NORTE, ECHEN RAIZ Y LLEGUEN A MADURARSE". Esto se recibió con aplauso. Se dió otro brindis que decía: "MUERA EL FRAUDE RELIGIOSO Y EL DESPOTISMO MILITAR. QUE SU SANGRE CORRA TAN LIBREMENTE COMO ESTE VINO" (75) sobre lo que agotó la copa que estaba bien llena de jerez; y así siguió el regocijo..." (76)

Al día siguiente de la fiesta, el público se enteraba de que:

"El general Scott asistió al gran amuerzo dado en el Desierto por el Ayuntamiento, y como a la seis de la tarde de ayer, hemos visto regreasr cinco diligencias llenas de concurrentes, con gran escolta, y además dos carros, que inferimos sirvieron para el trans-

---

(75) Las letras mayúsculas son del autor.
(75) Las letras capitulares son puestas por el autor.
(76) *El Norte-Americano*, 31 de enero.

porte de las ricas viandas y escogidos licores con que los convidados fueron obsequiados". (77)

Nos faltan palabras para expresar nuestra indignación ante semejantes sucesos. Lo menos que podemos decir es que, cuando las autoridades de una ciudad festejan de esa manera a los acérrimos enemigos que culminaron su desgracia, a los que derramaron a torrentes la sangre de sus defensores, a los que destrozaron sus insignias; en fin, cuando se degrada hasta lo increíble a esa ciudad y a su pueblo, la indignidad, la vileza y el estigma de traición en los que tal hicieron, alcanzan proporciones tan elevadas de culpabilidad que jamás, nunca, podrán ser disculpadas por el severo tribunal de la historia.

Ni siquiera ubicándonos dentro del sombrío cuadro de la época podemos justificar aberración semejante. Concluyente es que, al brindar los miembros del Ayuntamiento por el general Scott, por el ejército invasor y por sus instituciones, se brindaba —lógicamente— por la catástrofe de México, por el dramático hundimiento de nuestro país y por su inminente desaparición del seno de las naciones libres. ¡Impías palabras salidas de los labios de acomodaticios estultos que vinieron a hacer adecuado adorno al corrupto lodazal en que se vivía! ¡Ensarta de traidores e indignos mexicanos, ayunos en lo absoluto del más elemental concepto de patriotismo, que pagaron su inmunda acción con el desprecio de las generaciones que les sucedieron!

Terminaremos este amargo relato con la siguiente gacetilla:

"Según los periódicos americanos que se publican en esta ciudad, debe haber costado algunos centenares de pesos al Ayuntamiento de México el paseo y banquete dados en un día al general Scott y otros individuos del ejército americano". (78)

Sin comentarios.

II

DESDE EL TRATADO DE PAZ HASTA SU RATIFICACION

Con tan repetidas amenazas de que México sería anexado a la Unión, si no se aceptaabn las leoninas proposiciones de Mr. Trist, y en la imposibilidad de encontrar solución más digna y decorosa para nuestra partia, el gobierno del señor Peña y Peña (1), radi-

(77) *El Monitor*, 30 de enero.

(78) *El Monitor*, febrero 3.

(1) Después de la renuncia a la presidencia del general Santa Anna (16 de septiembre de 1847), el señor Don Manuel de la Peña y Peña, a la sazón Presidente de la Suprema Corte de Justicia, se encargó del Ejecutivo Federal, por ministerio de ley. Fué sustituido en tan alto puesto por el general D. Pedro María Anaya,

cado en Querétaro, hubo de ceder a lo inevitable, y ya a fines de enero, al decir de los diarios contemporáneos, se vislumbraba un posible arreglo entre las dos naciones.

Y muy oportuno a reforzar aquella esperanza vino el rumor, que corría de boca en boca, en el sentido de que "la autoridad americana pensaba ordenar que las diligencias cesasen de correr entre México y San Angel"; de lo cual "se infiere que sea con el objeto de que los soldados no vengan a la ciudad, porque ya se piense hacer movimientos de tropas". (2)

El 2 de febrero, la firma del tratado de paz ocurrió extrañamente desapercibida, y ningún periódico informó de tan interesante noticia. El trascendental acto sucedió entre la reserva y el silencio más absolutos. Sólo rumores inconfirmables se dejaron oír, entre los murmulleos cafetineros y las indiscretas conversaciones callejeras.

Mientras en secreto se fincaba lapaz, otras noticias, menudencias, ocupaban la atención de la prensa:

"Sabemos que la autoridad americana ha ordenado que se presten algunos carros del ejército para que se acelere la limpia de atarjeas y demás puntos de la ciudad que lo necesitan. Es de esperar que la policía no pierda tiempo en esta obra tan importante". (3)

Cierto era que, casi siempre se recurría al mangífico equipo del ejército invasor para remediar los males internos que aquejaban a diario a nuestra sufrida ciudad.

Algo más importante comentaba el Monitor del día 3:

"El ejercicio de fuego que ha hecho en la mañana de hoy en la plazuela de San Lázaro la brigada del general Smith, y el estallido del cañón, tuvo a lo pronto sobresaltados a los espantadizos, y a los que tranquilos y devotos salían de misa. Oímos decir que sólo era culpable el gobierno, de la sangre que nuevamente comenzaba a correr, porque no había hecho la paz, y dado la debida protección a la seguridad pública. Nada tendrá que ver uno con otro, pero nuestros hombres que de susto veían ya negros con dagas, creían que en ello había cierta concomitancia".

Aunque aparentemente rebosa simpleza la información precedente, se obliga un breve comentario. En primer lugar, fiel reflejo del estado de ánimo imperante nos lo da la noticia transcrita: apenas oían las gentes cañonazos en cualquier rumbo de la ciudad y, aterrados, muertos de miedo y con la carne de gallina, lo primero que se les ocurría era renegar del gobierno, maldecirlo e insultarlo por no aceptar de inmediato las denigrantes condiciones de paz de Mr.

---

del 12 de noviembre de ese año al 7 de enero del siguiente; vuelto a la presidencia, la ocupó hasta el 3 de junio, fecha en la cual lo sucedió el general José Joaquín de Herrera, electo por el Congreso de la Unión que sesionaba en Querétaro.

(2) *El Monitor*, 31 de enero.

(3) *El Monitor*, febrero 2.

Trist, el hombre de triste recuerdo para México. Así actuaba una buena parte del pueblo; con escasa dosis de estoicismo; sin deseos de procurarse una vida mejor para sí y para sus hijos; sordo a los llamados del corazón y del deber.

Y para que no se piense que exageramos, tenemos aquí otra información no menos deprimente:

"Hoy entró a Cuernavaca la brigada de americanos, y sabemos que desde ayer en la mañana, cosa de 600 de nuestros militares se marcharon en el mayor desorden, incluso los principales jefes, como si ya el enemigo les diera alcance. Indebido y ridículo sería que a estos hombres se les dejase en el ejército, y todavía es más injusto que se les considere como retirados, gozando paga alguna, porque de este modo se les premia, sin que ellos sirvan ni tengan compromiso alguno". (4)

No fué sino hasta el 5 de febrero cuando se dió a conocer públicamente el tratado de paz celebrado en la Villa de Guadalupe Hidalgo el día 2, por los comisionados autorizados de cada gobierno (5). La noticia se daba con algunas reservas, como si no se tuviese la seguridad de que lo que se decía era completamente verídico:

"LA PAZ.—Podemos asegurar que está bien hecha. El tratado se firmó con los comisionados de ambas naciones el día 2 del actual, en la Sala Capitular de los Canónigos de Guadalupe. La línea trazada en el Ultimátum que presntó Mr. Trist a nuestro gobierno antes de que entrasen aquí las tropas americanas, no se ha aumentado (6). De los veinte millones que se reciben por indemnización de territorio, deducen los Estados Unidos como cuatro haciéndose cargo de satisfacerlos a ciudadanos suyos por reclamaciones de de-

---

(4) *El Monitor*, febrero 4.

(5) En las conferencias de Guadalupe Hidalgo, representaron a Mé- México los señores Bernardo Couto, Miguel Atristain y Luis G. Cuevas; y a los Estados Unidos Mr. Nicolás P. Trist.

(6) Artículo V del *Tratado de Paz, Amistad y Límites de 2 de febrero de 1848, entre los Estados Unidos Mexicanos y los Estados Unidos de América.* — "La línea divisoria entre las dos Repúblicas comenzará en el Golfo de México, tres leguas fuera de tierra de la desembocadura del Río Grande, llamado por otro nombre Río Bravo del Norte, o del más profundo de sus brazos, si en la desembocadura tuviere varios brazos; correrará por mitad de dicho río, siguiendo el canal más profundo, donde tenga más de un canal, hasta el punto en que dicho río corta el lindero meridional de Nuevo México; continuará luego hacia Occidente por todo este lindero meridional (que corre al Norte del pueblo llamado Paso) hasta su término por el lado de Occidente: desde allí subirá la línea divisoria hacia el Norte por el lindero Occidente de Nuevo México, hasta donde este lindero esté cortado por el primer brazo del Río Gila; y si no está cortado por ningún brazo del Río Gila, entonces hasta el punto del mismo lindero occidental más cercano al tal brazo y de allí en una línea

pendencias que ya sabe todo el mundo se han exigido a nuestro gobierno". (7)

Con tan sencilla noticia fué instruído el pueblo mexicano de la magnitud de la catástrofe que se acababa de consumar: nuestro país perdía más de la mitad de su territorio, ganando en cambio —algo era algo— la humillante limosna de una dolosa y mezquina indemnización.

Al hojear las páginas, viejas y olorosas a humedad, de los periódicos contemporáneos, casi nos llevamos la convicción de que pocos fueron los que se interesaron en lo que había ocurrido. La misma indiferencia, hecha notar al ocuparnos de otros sucesos, se presiente en lo relativo al documento del 2 de febrero de 1848. El mismo Monitor, que debió haber hecho resaltar la importancia y consecuencias del reciente colapso, no lo hizo, guardando en cambio un increíble silencio.

No es posible imaginar que el luto causado por la mutilación fuera lo que inspirara, como medida más lógica y prudente, el glacial silencio de esos días, supuesto que, ya antes se había operado otra omisión semejante. Fué ésta, la que tuvo lugar en los días inmediato posteriores a la caída de la Capital, cuando nuestros diarios, al hacer la apología, en sendos y elocuentes editoriales, de los héroes caídos en las batallas del Valle de México, sobre todo la de Chapultepec, se refireron a Balderas, Xicoténcatl, Martínez de Castro y muchos más de menor categoría; y en cambio, nada, absolutamente nada dijeron de los Niños Héroes, permaneciendo éstos casi ignorados durante mucho tiempo, tanto del pueblo de la Metrópoli como del de toda la República. Concluímos: primero, parece como que nadie quiso darse cuenta de la existencia de sus héroes más grandiosos y sublimes; y luego, mostróse frío e indiferente a la espantosa pérdida territorial del febrero de 48.

Desplazando en importancia a los asuntos que en verdad la tenían, acontecimentos de otra índole vinieron a tener preferencia en las planas periodísticas. Así, como un ejemplo de la forma tan vorazmente organizada y minuciosa con que los yanquis gobernaban el Valle de México, zona principal de operaciones del ejército, damos a conocer el siguiente oficio, publicado en los voceros de la ciudad, que, aunque poco interesante desde el punto de vista histórico-político, no deja de serlo desde el administrativo, y más aún desde el geográfico:

"Por Autoridad. Oficina del gobernador civil y militar. Palacio

---

recta al mismo brazo; continuará después por mitad de este brazo y del Río Gila hasta su confluencia con el Río Colorado; y desde la confluencia de ambos ríos la línea divisoria, cortando el Colorado, seguirá el lmite que separa la Alta de la Baja California hasta el Mar Pacífico".

(7) *El Monitor*, febrero 5.

Nacional. México, febrero 4 de 1848.—Para asegurar la tranquilidad y el buen orden en las inmediaciones de la ciudad de México, toda esa parte de terirtorio comúnmente conocida como el Valle de México, incluyendo los puntos que a continuación se nombrarán, ES ANEXADO AL DISTRITO FEDERAL (8), y puesto bajo la jurisdicción del Ayuntamiento de la ciudad, para los objetos de policía y rentas.

"La cuota de la contribución que ha de pagar la ciudad y Distrito Federal, incluyendo el Valle, es de $ 400,000 anuales, y el resto, $ 268,332 por la parte restante del Valle de México. El todo se ha de pagar en partes iguales, una cada mes; las de diciembre y enero ya están debidas.

"La siguiente es una lista de las subdivisiones, pueblos y villas inclusas por este decreto en el Distrito Federal:

Este de México.

Municipalidades Partidos

TEXCOCO.—Texcoco, Papalotla, Atengo, Acolman, Chiautla, Chicoloapan, Tepetlastoc (Tepetlaoztoc), Calpulalpan.

TEOTIHUACAN.—Teotihuacán, Otumba, Axapusco, Temascalapa, Tecamac, San Cristóbal Ecatepec.

CHALCO.—Chalco, Tlalmanalco, Amecameca, Tepopula, Xochitepec, Ozumba, Tololapa, Tlayacapa, Tláhuac, Ixtapaluca, Ayotzingo.

TLALNEPANTLA. — Tlalnepantla, Tultitlán, Huisquiluca, Monte Bajo, Monte Alto, Naucalpan.

ZUMPANGO.—Zumpango, Tequisquiac, Nestlalpan, Huicipostla.

CUAUTITLAN.—Cuautitlán, Tepoztlán, Teoloyucan, Huehuetoca, Tultepec.

TLALPAM.—Tlalpam, Xochimilco, Coyoacán, Milpa Alta, Toyohualco (Tulyehualco), San Angel, Santa Fé.

TULANGINCO.—Tulancingo, Atotonilco el Grande, Huacazaloya, Acoxochitlán, (Acaxochitlán), Tutotepec, Tenango, Huehuetla, Zinguiluca.

PACHUCA.—Pachuca, Mineral del Monte, Mineral del Chico, Zempoala, Tizayucan.

APAM.—Apam, Tepeapulco.

"Por el gobernador, R. P. Hammond". (8)

Curioso en extremo resulta saber, pues, que la extensión máxima que ha llegado a tener nuestro Distrito Federal fué en la época de la ocupación yanqui del Valle de México, y se debió al celo y diligencia del gobernante usurpador, Mr. P. Smith, quien mucho se

(8) Las letras mayúsculas son del autor.
(8) *El Monitor*, febrero 5.

extasiaba en su papel de guardián y capataz de la zona subyugada.

Pasando a otra cosa, vamos a ocuparnos ahora de uno de los asuntos más importantes ocurridos durante el período que estamos reseñando. Nos referimos a la escisión habida dentro de la plana mayor de los jefes del ejército invasor, que, a más de mostrar las hondas rivalidades que se debatían en aquel, pudo haber constituído, acaso, la única oportunidad del pueblo y del gobierno de México para intentar, con más o menos probabilidades de éxito, un levantamiento general de liberación.

Comentaremos el asunto, sólo a través de la nota periodística, testimonio que además de inspirarnos confianza, nos lleva a continuar en el propósito inicial de este trabajo.

La primera noticia que se chismeó en público sobre este incidente, fué la leída en el Monitor de 27 de noviembre de 1847:

"El general Pillow y el general Worth, han sido arrestados, según cree el Norte-Americano, por menosprecio manifestado hacia el general en jefe".

Como se ve, el mal entendimiento entre el general Scott y sus segundos inmediatos, Worth y Pillow, se planteó poco tiempo después de la entrada del ejército en la Capital.

Del anterior arresto nada se volvió a decir, aunque se presupone que los mílites caídos en desgracia siguieron en esa situación, mientras el general en jefe se daba vida de rey. Y el hecho de que militars no tan distinguidos y fogueados en la lucha, como Smith, Butler, Marshall, etc., fueran los preferidos de Scott, indicaba a las claras la mala voluntad de éste para con Worth y Pillow, que habían sido sus brazos fuertes durante lo más reñido de la guerra.

Las quejas y los chismes enviados de México a Washington debieron haber menudeado mucho, pues ya en 2 de febrero podía el Monitor insinuar, según "rumores que corren" que "el general Worth ha elevado cargos al gobierno contra el general Scott".

Y todavía con más laconismo, días después se decía que:

"Entre la gente no vulgar y por periódicos del Norte, se anuncia que han sido llamados por el gobierno de los Estados-Unidos, los generales Scott, Worth y Pillow, y parece que pronto se marcharán y quedará en lugar del general en jefe, el general Butler". (9)

Aunque otro vocero, refiriéndose a lo anterior expresaba que "dicho rumor no tiene fundamento alguno" (10); a los pocos días se demostró que la tal información estaba perfectamente fundamentada.

Casi con público júbilo, nuestro diario anunciaba:

"La Estrella de hoy confirma al fin la noticia que dimos tres días ha, relativa a que ha sido llamado el general Scott, y refirién-

---

(9) *El Monitor*, febrero 8.
(10) *Estrella Americana*, febrero 8.

dose a una carta inserta en el "Heraldo", de Washington, dice que este general ha sido llamado para que se presente ante un tribunal, por los rumores del general Worth: y que el general Towson está ya en camino para que en Perote se hagan las averiguaciones. Que lo que se ha dicho de levantar el arresto al general Worth, y que se se le confiriése el mando del ejército, está contradicho". (11)

En el nmero siguiente (12), y en una gacetilla titulada "El General Scott", se agregaban más detalles a aquel alboroto:

"Dice un corresponsal del "Courrier" de Nueva York, escribiendo de Washington, que en el gabinete se ha discutido detenidamente el asunto de dar órdenes a los generales Scott, Worth y Pillow, para que regresen a Washington, donde se les juzgará en consejo de guerra, para dar una lección a los oficiales del ejército que no cumplan estrictamente con sus deberes. Si se mandan retirar esos tres generales, el mando en jefe del ejército recaerá en manos del mayor general Butler, el cual es íntimo amigo de Mr. Polk, y se cree sabrá cumplir mejor que ningún otro, con las miras del presidente".

El Monitor, como se ve, trató de hacer notar en las líneas precedentes, que también a veces en los Estados Unidos, el favoritismo se imponía inclusive sobre los legítimos méritos militares, ganados a fuerza de empuje, entusiasmo y aptitud en los campos de batalla. No cabe la menor duda de que a Scott se el hizo una gran injusticia por parte de su gobierno, injusticia que quedó de manifiesto para el público mexicano al anuncio de que:

"Ayer ha llegado un portador de pliegos para el general Scott del gobierno de los Estados-Unidos, y parece salió de Washington el 22 o 23 del pasado mes (enero), por lo que ninguna noticia nueva dicen que trae, y si, la confirmación de que EL SEÑOR SCOTT QUEDA SUSPENSO EN SUS FUNCIONES DE GENERAL EN JEFE (13), y ejerciéndolas en su lugar el general Butler, por tener el primero que aparecer ante una corte marcial que se cree se establecerá en esta ciudad o en Tacubaya". (14)

Scott dejó el mando, como se lo ordenaba su gobierno, a partir del 18 de febrero, para comparecer ante la corte marcial, instalada en Tacubaya, y responder a los cargos de sus enemigos.

El juicio fué sonadísimo y por la importancia de los personajes inmiscuídos en él, anduvo en boca del siempre curioso pueblo de la Capital. Los comentarios de la prensa, tanto nacional como extranjera, alcanzaron proporciones de inaudito escándalo. Durante más de un mes los órganos de prensa estuvieron informando, paso a paso, lo que ocurría dentro del severo tribunal militar.

---

(11) *El Monitor*, febrero 10.
(12) Ibidem, febrero 11.
(13) Las letras mayúsculas son del autor.
(14) *El Monitor*, febrero 19.

No analizaremos el contenido de tal proceso, porque sobre de ser etxensísimo y ocupar planas y más planas de la prensa de entonces, desvirtúa, en cierto modo, el objeto básico de esta crónica general. Como en casos anteriores, haremos una síntesis del mismo y luego opinaremos algo en relación con el sonadísimo "affaire".

En primer lugar, salta a la vista que el proceso incoado a Scott no fué más que una especie de opereta donde se discutieron asuntos de nimia trascendencia; ni mucho menos tuvo la solemnidad e imponencia de los magnos juicios de otras épocas, en los que se ponían en juego el honor y la vida de prominentes funcionarios, de respetables instituciones y aún de países enteros.

El enjuiciamiento de Scott fué un acto de sucia política promovido directamente de Washington, con informes proporcionados por sus colegas de México, a quienes había hecho no pocos desaires. Se planteó el asunto con la única mira de desacreditarlo, pues el bombardeador de Veracruz era aspirante a la presidencia de su país en las elecciones que se evecinaban. Y se consiguió el objetivo, ya que, despojado del mando supremo del ejército invasor, se amenguó mucho la popularidad del vencedor de Cerro Gordo por un lado, y por el otro, se colocó en la jefatura vacante al general Butler, uno de los favoritos del presidente Polk.

La forma en que se desarrollaron los hechos confirma plenamente nuestra creencia. Scott acusó a Worth y Pillow de desobediencia a sus órdenes cuando se atacaba el Valle de México. Aquellos acusaron al primero de manejos inmorales en el ejército, y de haber provocado la sangrienta batalla de Chapultepec, innecesaria del todo para la captura de la Capital. Sobre esos temas ambas partes puntualizaron sus ataques, animando una discusión que ya no podía tener nada de trascendente, pues los hechos que se debatían habían tenido, en su oportunidad y para la causa estadounidense, un feliz y majestuoso desenlace. Fueron aquellas, interminables sesiones en las que ni campeó el honor, ni la vida de los altos militares inmiscuídos, ni del país a que servían. Todo pareció como una casa de vecindad, donde los actores sacaron sus "trapitos al sol", y se recriminaron envidas, odios y rivalidades personales.

Ciertamente que causa extrañeza el hecho de que la nación vencedora mandara procesar a los hombres que le habían dado su triunfo más clamoroso. En cambio nuestro país, que de una manera vergonzosa y absoluta había perdido la guerra, y con ella dos millones de kilómetros cuadrados, no enjuició a uno solo de los culpables de su desastre que, con pocas y honrosas excepciones, sumaban cientos, o acaso miles, desde el tristemente célebre presidente Santa Ana hasta el último soldado raso que no supo cumplir con su deber de militar, de patriota, de mexicano.

Corolario de su estruendosa caída, fué el retiro oficial de Scott de la jefatura del ejército, anunciado en los diarios del mismo 19:

"Por Autoridad. Cuartel General del Ejército. México, 18 de febrero de 1848. Ordenes Generales, núm. 49.—Por instrucciones del presidente de los Estados-Unidos que acabamos de recibir, entrega el mando de este ejército el mayor general Scott al mayor general Butler, quien en consecuencia entra inmediatamente a desempeñar sus funciones..." (15).

Palabras destilando ironía, amargura y despecho fueron el contenido del último expediente firmado por Scott como general en jefe, donde da cuenta de la entrega del mando supremo:

"Al despedirse oficialmente —exclama— de las tropas que tanto tiempo ha tenido el honor de mandar personalmente en una ardua campaña, el mayor general Scott, se complace en ser relevado por un general de mérito y distinción en el servicio de su patria" (16).

Consecuencia inmediata del retiro de Scott, fué el temor que se apoderó de las autoridades mexicanas que trabajaban en la formulación del armisticio, pues suponíase —muy fundadamente— que el cambio de jefes paralizaría los trabajos de avenimiento que, después del tratado de paz, se llevaban a cabo con relativa diligencia para liquidar en definitiva el latente estado de guerra que aún persistía. Algo de eso informó el Monitor del día 20:

"El general Scott había convenido con uno de los comisionados, en dar principio a las conferencias relativas al armisticio, el día de mañana, porque dijo que aguardaba un comisionado de su gobie-r no; éste era el portador de pliegos cuya llegada anunciamos ayer, y aunque este señor cesó en sus funciones de general en jefe, entendemos que no será un obstáculo para que dicho armisticio se celebre".

Sin embargo, el mismo día 20, Butler tranquilizaba a la opinión pública, diciendo que "toma el mando del ejército en México, y las órdenes, e instrucciones expedidas por el mayor general Scott, para el gobierno de este ejército, continuarán en fuerza". (17)

Se percibió de inmediato que los actos iniciales de Butler (William Orlando) tendían a cargar de impuesto al sufrido pueblo de la Capital. Y eso, unido a que la hechura del armisticio se retardaba, fué causa de que se inquietara la prensa, hasta el grado de culpabilizar a nuestro gobierno, acusándolo de ser el principal causante de aquel retardo que —en opinión de muchos— era lo que más perjudicaba a la tranquilidad del vecindario. En ese tono, se dijo:

"Muy general ha sido el disgusto que se ha experimentado por

(15) *El Monitor*, febrero 19.
(16) Ibidem.
(17) *Estrella Americana*, febrero 20.

tan onerosas como tan difíciles de poderse satisfacer por la escasez que casi todos sufren; y hemos oído con tal motivo censurar al go- todos los qu han sido comprendidos en el bando de contribuciones, bierno general, pues se cree que el armisticio hubiera celebrádose antes de firmar el tratado de paz o inmediatamente; a la población se le habría ahorrado esta pena tan grande, y nosotros creemos también que nuestros compatriotas no carecen de razón, y cuando se trata de una negociación de tanta importancia, como es la cesación de las diferencias entre ambas repúblicas, por una y otra parte, pero más por la de nuestros gobernantes, se ha debido evitar a esta población el gran conflicto en que hoy se encuentra para satisfacer las cuotas, o de verse embargados los particulares, no por falta de voluntad sino de medios". (18)

Cosa interesante también de hacer notar, es que Butler principia un período de mando, abiertamente opuesto al de su antecesor. El hecho de que Worth y Pillow volvieran nuevamente a sus empleos, y de que siempre se les viera con el nuevo jefe, fueron motivos más que suficientes para que todo el mundo confirmara la dramática caída del otrora comandante supremo de la línea de oriente:

"Ayer, hemos presenciado —informa el Monitor del 22— que los generales Butler, Worth y Smith estuvieron en la posada de las diligencias para visitar al general don Benito Quijano (19); pero este señor había salido".

O esta otra nota:

"El general Worth ha sido invitado para que pase revista en San Angel a las tropas que allí se encuentran. El mismo general fijará su residencia en Tacubaya a donde su regimiento, actualmente ausente, volverá pronto". (20)

Noticia que mucho afectaba a la comunidad, fué una de "última hora", que dió nuestro vocero en esos días:

"Hemos sabido de una manera positiva, que hoy, como a las cuatro de la mañana, se ha determinado la disolución del Ayuntamiento por sus mismos miembros". (21)

El nuevo general en jefe no fué ajeno a este radical paso dado por los que, a nombre de nuestras instituciones, gobernaban a la ciudad. Y si se tiene en cuenta que el organismo disuelto había sido incondicional de Scott (en su honor le ofreció el banquete del Desierto de los Leones), lógico es comprender que la medida tuvo por objeto aniquilar todo lo que de la anterior administración ocupacionista, persisitiera aún. Por otro lado, ello nos muestra una vez más, como y de que manera los invasores fueron violando las bases

---

(18) *El Monitor*, febrero 20.
(19) Comisionado mexicano a las pláticas sobre el armisticio.
(20) *El Monitor*, marzo 4.
(21) *El Monitor*, febrero 22.

hipócritamente concertadas en la tétrica noche del 13 de septiembre de 1847 para la capitulación de la ciudad.

Cierto que los regidores caídos en desgracia se habían convertido en los más abyectos colaboracionistas del invasor, pero servían siquiera de tenue hilo, frenador en pequeña escala, de la extorsión y abusos del yanqui para con nuestro pueblo. En consecuencia, aniquiladas las principales autoridades nacionalistas de la Capital, ésta quedó por entero, sin cortapisa de ninguna especie, bajo la férrea mano de Butler y de su corifeo, el general Smith.

Simple y sencillamente, gran indignación causó entre el público saber (22) que el general en jefe se había hospedado en una flamante residencia capitalina, de donde antes se había arrojado a su legítimo dueño, un señor de nombre Joaquín Rosas. Si esto hacía el comandante supremo, se pregunta uno ¿qué comportamiento podía esperarse de los subalternos?

El aniversario del natalicio de Washington fué celebrado en México por las tropas de ocupación con notables festejos públicos:

"Ayer a las doce del día hubo una salva de artillería y concurrieron a la Plaza de Armas las tropas y músicas americanas; por la noche, como a las siete y media, comenzaron su iluminación; los fuegos artificales, muy distintos de los que en nuestras funciones hemos visto, pues sobre haber sido pequeñas piezas que progresivamente iban ardiendo, se colocaron sobre la azote de Palacio. En su clase tuvieron mérito.

"En el centro de un cuadro que formó la tropa y la concurrencia, en su mayor parte americana, se colocó una música que alegraba más la función destinada a Washington. Vimos poca gente de la más decente del país, quizá porque no sabían que había esta diversión". (23)

Triste condición la de un pueblo ocupado. Al ir repasando los sucesos, notables o intrascendentes, de esta negra época, más nos damos cuenta de todo lo que se perdió, ya no digamos material sino moralmente hablando, al perderse la guerra. Horrible visión de "colonia" estadounidense, donde se conmemoraban todos los festejos de la "metrópoli", tuvo nuestro país en esos días, hollado y pisoteado por la bota invasora.

Debiéndose recordar a Hidalgo o a Morelos, el Palacio Nacional, nuestro espacioso e imponente edificio de centenaria tradición, se convertía en el centro de donde irradiaban los festejos a héroes extranjeros; siendo la Plaza de Armas, esa Plaza de Armas que tánto queremos, ese corazón de México de que tan orgullosos nos sentimos, el escenario donde se efectuaban aquellos humillantes espectáculos.

---

(22) *El Monitor*, febrero 23.
(23) Ibidem.

En los primeros días de marzo se ocupó nuestro diario de un asunto que nos da sabrosos detalles del periodismo de entonces:

"El Norte-Americano —dice— se ha presentado hoy todo en inglés, y confiando en que los mexicanos han aprendido a leer este idioma, anuncia la supresión de la parte en español, y una mejora en los editoriales, por la adquisición que ha hecho de un colaborador de experiencia y talento, encargado de tomar también apuntes de cuanto pase dentro y fuera de México, y que tanto como sus compañeros amenizará el periódico". (24)

Pero, insolente como siempre, vociferaba el diario de habla inglesa que "no cambiará su política hasta que México haya adquirido sus derechos, roto el yugo militar, vuelto en sí y convenga con sus justos requerimientos: entonces y no antes gritará Paz". (25) Frases que nos demuestran la firme ideología de los que escribían para los invasores: pulverizar a nuestro gobierno y a todo lo mexicano; proclamar con desenfreno la guerra sin cuartel, a un país que ya había sido vencido; exigir más, cuando ya tenían en sus manos el fabuloso documento del 2 de febrero. ¿Habráse visto tanta infamia?

Adecuada y merecida crítica contra Santa Anna, uno de los principales causantes del desastre del 47, se publicó en esos días:

"Estatua.—¿Qué hace la de la plaza del mercado que representa al general Santa-Anna con el brazo extendido, y el dedo índice apuntando para el Norte, que no parece sino que dice por allí se corre? En efecto, por el lado del Norte fué por donde se escapó el "ilustre capitán del siglo" cuando dejó abandonada esta capital del modo más antimilitar que podía imaginarse. Creemos que es un insulto a los habitantes de esta ciudad, la permanencia en un lugar tan público, de la estatua, que no puede recordarle otra cosa, sino al autor de sus padecimientos. Quisiéramos por lo mismo, que se quitara de ese sitio y volviera a su pasada oscuridad, y ¡ojalá y jamás hubiera habido motivo de volver a sacarla a la luz pública; más de cuatro lágrimas se habrían ahorrado a las familias de México, y menos habría padecido en la guerra y en la paz la nación entera!" (28).

Noticias de interés excepcional fueron las publicadas el 6 de marzo en los diarios de la Capital. En ellas se incluía el Armisticio firmado el 29 de febrero por don Ignacio Mora y Villamil y don Benito Quijano a nombre de México, y por los generales Worth y Smith, a nombre de los Estados Unidos, y ratificado en Querétaro el día 6 por don Pedro María Anaya, ministro de la guerra y jefe del ejército mexicano de operaciones en esa ciudad.

---

(24) *El Monitor*, marzo 2.
(25) *El Norte-Americano*, marzo 2.
(28) *El Monitor*, marzo 5.

El armisticio concertado lo integraban 17 artículos, y en ellos se estipuló la inmediata suspensión de hostilidades en toda la República; la conservación rigurosa de las posiciones de uno y otro ejército; la suspensión del cobro y la condonación de lo pendiente por contribuciones de guerra; la libertad para las poblaciones ocupadas por el invasor, de ejercer sus derechos políticos, restableciendo autoridades y procediendo a elecciones; el libre arreglo y ejercicio en las mismas localidades de los ramos judicial y de rentas públicas; la devolución de oficinas y de los edificios y colegios, conventos, hospitales y establecimientos de beneficencia; la organización de fuerzas mexicanas de policía para conservar el orden; la disolución de cualesquiera reuniones de gente armada para ejercer hostilidades no autorizadas; y por último, la duración de este convenio por todo el plazo de las ratificaciones del tratado de Guadalupe, o hasta recibirse aviso oficial anticipado de la cesación de sus efectos. (29)

Inmediatos beneficios resultaron de aquel convenio militar. Ya antes de su ratificación, el Ayuntamiento ilegal que Scott había impuesto a la ciudad había sido disuelto, sellando con ello la cadena de indecorosidades y vergüenzas que le sirvieron para elevarse; y luego, procedíase, de acuerdo con el armisticio, a reconocer a los funcionarios legales, que para el gobierno del Distrito, había nombrado el Supremo Gobierno, radicado en Querétaro. Así lo anunció la prensa:

"Juan María Flores y Terán, a los habitantes del Distrito Federal, sabed:

"Que con fecha 24 de febrero próximo pasado se me pasó una comunicación del Ministerio de Relaciones Interiores y Exteriores, nombrándome gobernador del Distrito Federal, conforme a las leyes de la República, y previniéndome que comenzase a ejercer las funciones del empleo luego que estuviese concluído un armisticio que a la sazón se estaba ajustando.

"Que el día de hoy los señores generales D. Ignacio Mora y Villamil y D. Benito Quijano, comisionados por el gobierno supremo para la celebración de dicho armisticio, me han dirigido la nota siguiente:

"Con fecha de hoy decimos al Excmo. señor general W. Butler, en jefe del ejército de los Estados-Unidos de América... que el Excmo. señor presidente ha nombrado gobernador del Distrito Federal al señor D. Juan Manuel Florez, residente en esta capital, y conforme al artículo tercero del convenio militar, fecha 29

---

(29) El texto del armisticio lo hemos consultado en la "Legislación Mexicana" de los señores Dublán y Lozano; pero la síntesis del mismo la hemos tomado de Enrique Olavarría y Ferrari, op. cit., pág. 709, por parecernos adecuada a nuestro objeto.

del próximo pasado febrero, comenzará desde hoy a ejercer sus funciones...

"Y que en consecuencia entro hoy a servir al gobierno del Distrito Federal, desempeñando las funciones de secretario el Lic. D. José Ma. Zaldívar. Y para que llegue a noticia de todos, mando se publique, fijándose en los lugares de costumbre. México, marzo 6 de 1848.—José María Florez y Terán.—Lic. José Ma. Zaldívar, secret. int." (30)

Y mientras eso sucedía, la Metrópoli se alegraba con la presencia de una novedad artística de renombre internacional. Nos referimos al ilusionista alemán Herr Alexander, quien venía a México a montar un espectáculo de magia "grandioso y sensacional".

Por lo interesante, lo atractivo y la gran publicidad que se le hizo, nos ocuparemos de él en detalle, sin que eso signifique un abandono al plan general de este trabajo, ya que la íntima conexión que existe entre las diversiones y las amarguras, en la vida de la ciudad ocupada, nos llevan a apuntar unas y otras con la misma acuciosidad. Seguiremos por ende, paso a paso, a la prensa contemporánea, en las informaciones que nos dejó de la estancia en México de Mr. Alexander:

"Hemos tenido el gusto de haber conocido y conversado ayer con don Alejandro Herr, célebre mágico y viajero, y nos ha dicho que dentro de pocos días comenzará a dar sus diversioens en el Teatro Nacional; que solicita se le facilite una guardia para que haya el mayor orden y confianza, y el belol sexo mexicano pueda concurrir. De aquí a entonces, con la publicación del armisticio, que tal vez sea mañana o el lunes a más tardar, las circunstancias habrán mejorado, y así podrá tener el señor Herr una numerosa concurrencia". (13)

Casi idéntico fué el texto de los diarios escritos en inglés:

"Herr Alexander. — *We are happy in stating that this distinguished Magician has leased the National Theatre, and will now commence his performances. In case the general-in-chief should deam it for the welfare of the service to keep the soldiers in their quarters at night, Mr. Alexander will perform in the evening for their accomodation, and at night for the officers and families of México*". (32)

Dejando a un lado las penas que les causaba la dominación exteanjera, todo mundo se preparaba a saborear el misterioso espectáculo que, la víspera, anunciábase en los periódicos de una manera escandalosa:

"AVISOS. — Teatro Nacional. HERR ALEXANDRO. — El

---

(30) *Estrela Americana*, marzo 8.
(31) *El Monitor*, marzo 4.
(32) *Estrella Americana*, marzo 8.

célebre mágico alemán, tiene el placer de anunciar a las señoras y señores de México, que piensa dar seis representaciones en MAGIA NATURAL Y FILOSOFIA, siendo la primera el sábado 11, en el Teatro Nacional.

"Precios de entrada. — Lunetas, un peso; palcos primeros y segundos, ocho pesos; palcos terceros, seis pesos; entradas personales a palcos terceros, un peso; galería, cuatro reales.

"Los propietarios de los palcos tendrán la preferencia a ellos, avisando hasta las doce del día antes de la representación. Todos los palcos que no se hayan tomado a la hora expresada, se cederán a las personas que deseen tomarlos. Las puertas se abrirán a las siete y la representación comenzará a las ocho en punto". (33)

Como precauciones, para el orden de las funciones, se añadía en el mismo anuncio:

"A los habitantes de México. — Para poder establecer un entretenimiento verdaderamente social y respetable, Herr Alexandro ha procurado por todos los medios posibles conseguir su objeto. Por una orden del general en jefe, en que prohibe que los soldados salgan de sus cuarteles después de las ocho de la noche, no podrán concurrir a estas diversiones. En consecuencia, Herr Alexandro dará tres representaciones por la tarde la entrante semana, para proporcionarles el poder asistir a sus representaciones a horas enteramente distintas. En el teatro se tendrá una guardia suficiente para mantener el orden. También se tendrá un número suficiente de personas para evitar que entren a los palcos personas que no tengan derecho a ellos. Respetuosamente se encarga que los dueños de los palcos remitan sus sillas a ellos en el curso del día. Herr Alexandro tiene la mayor seguridad de las principales autoridades, y tiene la esperanza de no tener menos éxito en su empresa aquí, que en Veracruz'.'

No deja de brindar curiosidad y simpatía para nosotros el anuncio arriba anotado. Aunque en pequeño grado, nos retrata una fase de la vida de aquel México de hace un Siglo, no precisamente tan añorado, pero sí lleno de vida cosmopolita que, debatiéndose entre las garras de un soberbio invasor, no olvidaba el renglón de sus diversiones, entusiasmándose siempre con las novedades artísticas que llegaban de fuera. Por otro lado, nos muestra que no eran infundados los temores de desórdenes provocados por los soldados. Y lo más pintoresco, las medidas y percauciones tomadas por los organizadores para que el público acudiera al teatro con la confianza de no ser molestado, a la vez que la oportunidad para que los soldados, asistiendo por separado a funciones especiales, no se quedaran sin el deleite de aquellos oportunos esparcimientos del espíritu.

---

(33) *El Monitor*, marzo 10.

El día de la presentación del señor Alexander —sábado 11 de marzo— el Monitor publicó un anuncio de espectáculo, jamás antes visto en la historia del periodismo mexicano. Abarcaba más de media plana de la página tres —el diario constaba de cuatro— incluyendo un colosal dibujo en el que se daba una ligera idea de lo que iba a ser la función. Este anuncio nos dió la impresión de uno de esos vistosos carteles cinematográficos que hoy día llenan planas enteras de los periódicos; pero la notoriedad de semejante clase de propaganda se hace mayor si comprendemos que en aquella época los diarios ostentaban una presentación demasiado monótona, a base de interminables textos y editoriales en diminuta letra, apenas interrumpidos de vez en cuando por algún pequeñísimo grabado, anuncio discreto de cierta mercancía. Por ello, la publicidad que se hizo Mr. Alexander exageró en vistosidad, y debió haber desconcertado a muchos tranquilos lectores, acostumbrados ya a la austera información de la prensa en boga.

En el mismo anuncio, y dejando incitada más su curiosidad, el fanático farandulero leía con avidez lo siguiente:

"TEATRO NACIONAL.—Herr Alexander.—Por sólo seis noches. Primera representación de Alejandro Herr que tendrá lugar, hoy 11 de marzo en la noche. Función sorprendente y divertida de ilusiones científicas, naturales, filosóficas y mágicas, basadas en experiencias químicas, neumáticas y ópticas. Estas experiencias incomprensibles son ejecutadas con aparatos extensos y vistosos. Todo se iluminará con cien velas de esperma, lo que presentará el aspecto de un templo de encanto, realizando el esplendor de las visiones árabes". (34)

Pero independientemente de la exagerada publicidad que se le hizo, el espectáculo que venimos comentando debió haber sido de una calidad exquisita y suprema, a juzgar por la notable crónica que nos dejó el columnista encargado de informar sobre la función de premiére. "GRAN TEATRO NACIONAL", era el encabezado de su artículo:

"Anoche hemos concurrido —escribe— a la primera función de magia del célebre prestigiador Herr Alexander, y hemos visto, que lejos de ser exagerados los elogios que se le han hecho por la prensa de todas las naciones que ha recorrido, y en que ha manifestado su admirable destreza, apenas se habrán podido describir sus metamórfosis encantadas.

"Acreditó anoche su indecible habilidad y gracia para distraer y hacer reir; contribuyen a ello los testimonios palpables de que su fama, que ha resonado desde Ultramar, no es usurpada; su buena presentación, su sencillo y decente traje, sus modales, el aseo con que lo ejecuta todo y aún el lenguaje que aunque extranjerado, prue-

---

(34) *El Monitor,* marzo 11.

ba que se empeña en que sea florido y expersivo, tanto en inglés como en castellano, que son los que usa alternativamente dirigiéndose a la concurrencia.

"El aparato era vistosísimo y la simetría que ostentaban multitud de colores bien mezclados de que se componía, así como las numerosas bujías que alumbraban, daban un agradable realce al espectáculo.

"Entre las suertes que hizo sorprendentes, una fué "El espejo del Destino", en la cual con solo ponerlo frente a las personas que tomaron unas cartas indeterminadas de una baraja, aparecía reproducido el naipe que tenían oculto.

"La tertulia o "Soirée Mágica", consiste en convertir una porción de café en grano, en líquido y aromático café, sin haberse antes tostado o molido; otra porción de frjioles blancos, en azúcar refinada; y otra de arroz, en leche pura y fresca que se repartió a los concurrentes que quisieron varias tazas de café con leche, producto de su suerte. Otras conversiones hubo sorprendentes que no nos es fácil describir por estar ya en prensa nuestro número, pero brevemente diremos que nos pareció en extremo admirable la de los "Regalos de Flores", con que dió fin a la diversión. El prestigiador pidió un sombrero a la concurrencia, y sin soltarle de las manos, sin habérselo llegado al cuerpo, sin haberse separado del proscenio, con solo los dedos y el sombrero en el aire, hizo que apareciese lleno de preciosos ramilletes de flores naturales y olorosas, que repartió, primero a las damas de los palcos y en seguida a todos sin distinción, con lo que creíamos que las flores se habían agotado, pero sin moverse del lugar en que se hallaba y en presencia de todos, con solo agitar de nuevo el sombrero, multiplicaba las flores al infinito, y hallaba con que continuar sus galantes obsequios; y estas flores, sacadas de un sombrero por un hombre vestido tan ajustadamente y que no inspiraba la sospecha de que las llevase ocultas, dieron prueba de que Herr Alexander es el príncipe de los mágicos.

"La función fué bastante favorecida y concluyó como a las diez y media; para esta noche anuncia muhcas suertes sorprendentes, y para que vean lo que nos es difícil describir, recomendamos que concurran a todos los que no nos crean". (35)

Pidiendo excusas por la intención con que nos hemos detenido en este tópico, fiel reflejo del teatro de hace un Siglo, diremos para terminar que, luego de las seis funciones ordinarias previstas, y dado el gran éxito —económico y artístico— que le reportaron, el señor Alexander ofreció tres más extraordinarias, destinando los ingresos de una de ellas —como se estila en la actualidad— a beneficio de los soldados, tanto mexicanos como estadounidenses, que se encontraban heridos en los hospitales militares de la ciudad. Hu-

(35) *El Monitor*, marzo 12.

manitario gesto del genial artista alemán, que anunció jubiloso el Monitor del 29 del mismo marzo.

Mas en medio de semejantes paréntesis de diversión y sano placer del pueblo, la dominación extranjera seguía incesante en su cauda de atracos y desmanes oficales, que la ciudad soportaba con desesperante estoicismo:

"Ayer pasó el general en jefe americano una nota al gobernador del Distrito, pidiéndole cuatrocientos y tantos mil pesos, que dice se adeudan por las contribuciones correspondientes a los meses de diciembre y enero que han debido pagar los pueblos agregados al Distrito, y entendemos que se le ha contestado, que habiéndose impuesto aquellas contribuciones antes de firmado el tratado de paz, y vuelto aquellos pueblos al Estado de México, el cobro ya no puede tener lugar, y por consiguiente, la resolución de este negocio toca al Supremo Gobierno. También se nos ha dicho que se exige a nuestras autoridades el pago del resto de los ciento cincuenta mil pesos que el Ayuntamiento entregó al general en jefe, que es poco más o menos lo que aún se adeuda, a pesar de que la actual corporación hizo algunos abonos; pero no habiéndose pagado siquiera los premios por la asamblea que prescribió, casi se adeuda todavía la misma suma, y el arreglo de este asunto, así como los reclamos de los prestamistas, se deja igualmente que los arregle el Supremo Gobierno". (36)

Eso por lo que se refiere a actos de las autoridades invasoras, que ya veremos en especial capitulo las depredaciones y desmanes de la soldadesca.

A mediados del mismo marzo, y por el correo de Veracruz, llegó de los Estados Unidos la noticia de la muerte del ex-presidente Quincy Adams, tributándosele aquí algunos honores:

"La artillería americana comenzó a resonar a la alba de hoy, en señal del justo sentimiento que ha causado al ejército la muerte del ex-presidente Quincy Adams: en los funerales que se celebran aparecerán de luto los americanos, y por dos semanas lo llevarán los oficiales; a cada media hora estamos oyendo los estallidos del cañón, y cesará en la noche, después de hacerse una descarga". (37)

En la historia del periodismo mexicano se escribió una página censurable en extremo cuando El Monitor Republicano, vocero que se preciaba de ser el más nacionalista de nuestro país, incluyó en sus columnas una biografía apologética del general Winfield Scott, la que se principió a publicar desde el 9 de febrero hasta mediados de abril de 1848. Se olvidó con ello que Scott era enemigo de México, que había comandado al principal ejército yanqui de invasión, y que al frente de él había ordenado el inícuo bombardeo de

---

(36) *El Monitor*, marzo 11.
(37) Ibidem, marzo 18.

Veracruz, así como las batallas de Cerro Gordo, Padierna, Churubusco, Chapultepec, etc., donde tanta sangre mexicana se había derramado. Era imposible que todo esto se olvidara tan pronto, y sin embargo, nuestro Monitor lo hizo, halagando así al otrora jefe de las fuerzas de ocupación, ahora postergado por su propio gobierno. (38)

El 24 de marzo se anunció la muerte del general Valencia, quien pese a sus desaciertos como militar, fué muy sentido, estando sus funerales bastante concurridos. La información la dió el Monitor.

Las consecuencias inmediatas que el tratado de paz tuvo, sobre todo en determinados círculos del país vencedor, quedaron de manifiesto en una gacetilla que bajo el encabezado de "Influencia de la Paz en el Norte", se dió a conocer en esos días:

"A la llegada de la noticia del tratado de paz celebrado por Mr. Trist en México, dicen casi todos los periódicos americanos, han subido inmediatamente los fondos públicos en la mayor parte de los mercados del Norte. Esta es una prueba más de la conveniencia que resultaría al pueblo americano con el pronto término de la guerra actual. Las bolsas son en todos los grandes países el termómetro del estado de sus negocios, y estos se crean en vías de prosperidad cuando hay alzas en los fondos públicos; del mismo modo que cuando no se consideran en buen estado, se experimentan bajas. Habiendo producido lo primero la noticia de un tratado de

---

(38) Vida del general Scott.—Estractos traducidos del inglés por J. Carlos Gardiner.

Winfield Scott nació el 13 de junio de 1786 cerca de Petesburgo, en el Estado de Virginia.

Scott entró en el ejército en 1808 a la edad de 22 años. En 1814, cuando sólo tenía 28, había ascendido al rango militar más alto en los Estados-Unidos el de mayor general, y había sido distinguido en muy corto tiempo con honores de varios cuerpos civiles y autoridades públicas; distinciones conferidas a muy pocas personas y una tan joven... quizá nunca.

Scott fué nombrado brigadier general el 9 de marzo de 1814, a la edad de 28 años. (Vivíase en esos momentos la guerra contra la Gran Bretaña).

En poco menos de cuatro meses después se presentaron las batalas de Chipewa y Niágara, las mismas que fueron ganadas. Entonces el nombre de Scott era común en todas las bocas, y por supuesto fué presentado para una nueva promoción —ya no había más que un grado más alto. El presidente (Jacobo Madison) al ver esta nueva petición, respondió con una sonrisa: "Póngalo como mayor general, ya no me excusaré más con su poca edad". (El señor Madison siempre había tenido reticencias para ascenderlo, alegando que era demasiado joven para los grados a que aspiraba).

Los anteriores son algunos estractos que al azar hemos tomado de la biografía apologética que de Winfiel Scott publicó el Monitor de esos meses.

paz, es claro que la generalidad de los negociantes del Norte, que juegan sus fortunas en las negociaciones de bolsas, creen mejorada la situación de aquel país, a la primera nueva que han tenido de que es probable se restablezca la paz entre las dos naciones". (39)

De donde sacamos, que ya muchos intereses, personales u oficiales, dependían de que el gobierno de México ratificara la paz, cuya negativa era en extremo temida, según rezaban algunos boletines, por los magnates de la entonces incipiente "Wall Street".

De Puebla llegó por ese tiempo una curiosísima noticia, que pasamos al costo:

"Retrato de Z. Taylor. — Ayer lo hemos visto en el salón del Consejo, y según nos dijeron las personas que conocen el HEROE DE BUENAVISTA, la efigie es idéntica al original. El artista que sacó copia de "Rough and Ready" se halló en esta ciudad de tránsito para México, a donde va en comisión por la ciudad de Nueva Orleans para retratar al general Persifor Smith". (40)

Buenas noticias que llegaban de la misma ciudad, hacían suponer que la permanencia del ejército invasor en nuestro suelo se aproximaba a su fin:

"Puebla, marzo 25. — El general Scott llegará a esta ciudad, probablemente hoy o en uno de los días próximos, con dirección a los Estados-Unidos; también se dice que todos los voluntarios del ejército americano saldrán pronto fuera de la República; lo que nosotros sabemos es que ayer se han mandado disponer 17,000 raciones para tropa. También se dice que Mr. Trist llegará con el mismo Scott. Aunque no creemos tal cosa, la anunciamos sin embargo, y desaríamos saber hasta que punto influirá en la ratificación o reprobación de los tratados la ausencia del comisionado". (41)

Otro augurio de que la ocupación militar parecía llegar a su término, fué la despedida del público capitalino del vocero Norte-Americano, el más nefasto y venenoso para México, cuyo último número (42) se anunciaba con estas melancólicas palabras:

"Este número cierra la carrera de el "Norte-Americano". Los editores no tienen la posibilidad pecuniaria de continuar la publicación. Ellos dan las gracias a los patrocinadores (lectores) del mismo, y esperan (en lo personal) que no hayan salido defraudados en la inversión de sus dineros. Los editores se despiden repetuosamente del público y de sus amigos en general. ADIOS". (43)

Atemperando los rigores de la ocupación, y para solaz de los propios invasores, se inició a fines del mismo mes una temporada

---

(39) *El Monitor*, marzo 26.
(40) *El Monitor*, marzo 27.
(41) Ibidem, marzo 28.
(42) *El Norte-Americano*, marzo 31.
(43) La traducción de este trozo es del autor.

hípica financiada por capitalistas yanquis que venían con el ejército, con lo cual la Metrópoli tuvo una oportunidad más para sacudir la pereza y divertirse. El anuncio de la fiesta merece ser transcrito por su pintoresco contenido:

"Reunión de primavera en el Estadio del Peñón, perteneciente a los jockeys. — Las carreras de este Estadio comenzarán el sábado 1º de abril y continuarán durante dos días.

"Primer día. Premio: 200 pesos con entrada, añadiéndose 12 pesos de multa. Corridas de a milla.

"Segundo día. Premio: 300 pesos con entrada, añadiéndose 12 pesos de multa. Dos corridas de a milla.

"Las carreras comenzarán cada día a la una de la tarde.

"Todas las entradas deberán avisarse al secretario la tarde anterior hasta las nueve de la noche.

"Los miembros del Club, habiendo hecho grandes gastos para preparar un estadio circular de una milla de circunferencia, en este bello llano inmediato a la garita del Peñón, han resuelto que se exijan las siguientes contribuciones a todos los carruajes, hombres de a pié y de a caballo que vayan a este sitio: Un peso por cada carruaje, cuatro reales a los hombres de a caballo, dos reales a los de a pié; lo que se hace con el objeto de conservar el estadio en buenas condiciones, continuar el recreo y aumentar los fondos.

"Una policía numerosa y activa será colocada en el dicho sitio, para conservar el orden y la decencia. Las entradas para la carrera del primer día se publicarán en carteles la mañana de la carrera.

"Por una resolución aprobada en la última sesión del Club, los editores y redactores del monitor, Eco del Comercio (44), Estrella Americana y Norte-Americano, como también los redactores de los periódicos de Nueva Orleans que se encuentran en esta ciudad, fueron invitados especialmente a estar presentes como convidados del Club. Una sesión del Club tendrá lugar en su casa, sita en la calle del Coliseo Viejo número 16, el viernes próximo 31 del corriente, a las siete y media de la noche, en la cual se distribuirán a los miembros del Club los distintivos de tales. Ricardo N. Crawford, secretario interino. México, 28 de marzo de 1848". (45)

Nada pareció improvisado. Preparativos minuciosos se habían hecho con el objeto de que no desluciera este deporte hípico, poco o casi nada antes visto en México. Entusiasmados en grado sumo asistieron a las carreras, tanto los vecinos de la ciudad como los soldados "turistas", siendo el éxito económico fantástico, como era de esperarse.

La llegada por esos días de los ministros plenipotenciarios estadounidenses, señores Nahtan Clifford y Ambrosio H. Sevier, que

---

(44) *Periódico* dirigido por don Manuel Payno.
(45) *El Monitor*, marzo 31.

venían a ultimar los detalles finales a la ratificación del tratado de paz, fué sumamente comentada por la prensa contemporánea, especialmente la Estrella Americana, pues suponíase que tras el viaje de aquellos vendría indefectiblemente la retirada del ejército, sueño dorado de los patriotas mexicanos:

"Ayer desde muy temprano vimos, que como 5000 hombres de todas armas se preparaban a salir por la Garita de San Lázaro, llevando consigo ocho piezas de artillería; y como a las doce vimos que todo este imponente cuanto espléndido aparato, a que daba realce la música marcial, servía para la recepción y honores que los americanos hacían al señor comisionado de los Estados-Unidos, Mr. Clifford, que juntamente con sus dos secretarios, entró acompañado de la oficialidad y en medio de las tropas. El señor Sevier llegará a ésta, a principios de la semana entrante" (46).

Y posteriormente, otra nota informativa:

"Una salva de artillería anunció ayer como a las cinco y media de la tarde, la llegada a esta capital de Mr. Sevier, ministro de los Estados-Unidos, a quien tropas americanas hicieron los honores correspondientes" (47).

Alternando con sucesos trascendentales, las menudencias de la ocupación también eran reseñadas por la prensa. Con el título de "El Popocatepetl y unos americanos", narraba nuestro diario una graciosísima aventura alpina:

"Una persona respetable de Chalco nos dice entre otras cosas: "Los americanos que fueron al volcán, subieron pero no bajaron por su pié; al ir bajando daban tantos gritos y voces, que varios indígenas subieron a ver lo que pasaba; y tuvieron que bajarlos, porque los americanos se quedaron repentinamente ciegos. Nos dicen que los están curando con mucha eficacia en el pueblo de Ameca". (48)

Severa crítica estampó en sus páginas el Monitor —17 de abril— tomando sus conceptos de una publicación que aparecía con el nombre de "El Americano Libre", a todos aquellos mexcianos que no habían cumplido con su deber en los momentos críticos de la guerra:

"Los que cobardemente se ausentaron de esta plaza —exclaman— tan luego como las fuerzas americanas se aproximaron a ella ¿son o no criminales? o por lo menos ¿son o no dignos de la execración? pública? Nos mueve a hacer esta pregunta, al ver que algunos de los comprendidos en ella, hoy se han presentado con la frente erguida y muy arrogantes, como si vinieren de haber ganado una victoria. O sólo que para estos señores se haya jugado al gana-pierde. Algunos señoritos conocemos que han jugado, como suele de-

(46) *El Monitor*, abril 12.
(47) *Ibidem*, abril 16.
(48) *El Monitor*, abril 15.

cirse, con dos barajas, es decir, han sido guerrilleros, merodeadores, abastecedores de los americanos, proveedores de los patriotas de camino real, gritadores de los cafés, espantadizos a la simple vista o leve ruido de algún americano, y hoy están o pretenden estar en gracia de... Dios los ayude y nos libre de ellos".

Triste semana mayor pasó México en ese año de 1848. La presencia del invasor fué más que suficiente para que tan importantes y emotivas ceremonias y festejos, en nuestro medio eminentemente religioso, pasaran con la mayor deslucidez y abandono:

"La Semana Santa se ha celebrado en esta capital —leemos en nuestro diario del 22— no con aquella pompa que en otros años. La concurrencia ha sido insignificante y todo ha presentado a México muy variado de lo que ha sido antes. Ninguna procesión se ha visto; no sabemos tampoco que ocurriésen desórdenes, a lo menos notables".

Un crudo análisis de la situación nacional, en la primavera de 1848, escrito con duras y tremendas palabras, lo dió nuestro periódico —guía de esta sombría remembranza— el mismo 22. Transcribiremos íntegro el editorial por tratarse de algo notable:

"Los Representantes del Pueblo Mexicano Cooperadores de los Americanos para el mal del País. —Parecerá increíble, pero es una verdad patente, que los principales enemigos de México son hoy aquellos de sus hijos en quienes los pueblos han depositado su confianza, a quienes han encomendado el noble e interesante encargo de salvarlos de las angustias y calamidades que los afligen.

"En efecto, los diputados y senadores que tiempo ha, han debido presentarse a su respectiva Cámara y no lo han hecho, son los enemigos actuales del país, que lo están oprimiendo con todos aquellos males que son propios de la invasión y ocupación norte-americana; que están empeorando cada día más su suerte; que están promulgando los padecimientos inexplicables de todos y cada uno de los desgraciados mexicanos que tienen la penosa necesidad de habitar en lugares ocupados por el enemigo, o que están bajo su inmediata influencia.

"Sea cual fuere la solución que se dé al comprometido problema de la paz y de la guerra, importa sobremanera que sea pronto. Si, lo que la razón espera, se ha de admitir la paz, sepámoslo ahora para obrar en este sentido; y si, lo que el corazón desea, se ha de querer continuar la guerra, sepámoslo también para salir de los graves inconvenientes en que nos coloca la incertidumbre.

"En política, el estado de duda es el más penoso que pueda darse. Una resolución, buena o mala, sirve de regla de conducta a quienes la aprueban o reprueban, y produce aptitud para obrar; al paso que la incertidumbre nada permite que se haga bajo nin-

gún respecto, si no es de conservar la inercia para mal de todos los asociados.

"La sociedad mexicana no puede sin grandes quebrantos, conservarse en el estado en que se halla. La invasión todo lo ha trastornado, y no permite ordenar nada. Las personas y las cosas están fuera de su centro y por mero instinto, por un accidente, se conserva una especie de simulacro que se apellida orden, pero que no tiene ni merece ese nombre.

"Las sociedades en que la propiedad no está asegurada, son una reunión de hombres sujetos los más débiles a los menos; las en que la vida de los asociados no está protegida, son más funestas que las reuniones de hombres bárbaros o errantes por los bosques y las selvas; las en que el comercio, las indutria, la agricultura, y todas las profesiones y ejercicios están en un positivo estado de abatimiento, no merecen otro nombre que el de sepulcro de los goces sociales, ¿y qué son los lugares ocupados por el invasor, entre los que fatalmente se encuentran casi todos los principales de lo que se llama República Mexicana? La propiedad está en las poblaciones y en los caminos a la orden de los ladrones y bandidos; la vida de los mexicanos a la de los malhechores y a la de los enemigos; el comercio, la industria y los ramos todos, postrados en tierra sin salir de esa postración.

"De día y de noche, en poblado y despoblado, se cometen robos y asaltos; si un mexicano resentido quiere sacrificar con el puñal o con la delación a un compatriota, puede hacerlo como se ha estado haciendo; si un americano ebrio o arrebatado por la cólera quiere meter la espada o arrojar un tiro a uno o más mexicanos, lo hará así como se está haciendo, sin que a los agredidos quede siquiera ni el recurso de defenderse, ni la esperanza de ser defendidos por los demás. Muy pocos son los casos de un ataque personal, del que libre a los atacados alguno o algunos americanos. Mexicanos, ninguno presta auxilio para no tener que soportar las consecuencias dolorosas que un acto de humanidad le gana.

"Volviendo la vista al estado político, ¿qué autoridades mexicanas tenemos? Ninguna bajo ningún aspecto, en los lugares invadidos y ocupados por el enemigo. Las autoridades legislativas, las ejecutivas, las judiciales y aún las municipales, están sujetas mal de su grado, a lo que disponen los ocupadores.

"No se diga que el armisticio dispone otra cosa. Nosotros celebramos que se hubiera verificado, porque era una esperanza no un remedio, para que los males minoraran de algún modo. El armisticio en sustancia, no es respecto de nosotros otra cosa, que concesiones otorgadas por el vencedor al vencido, y subordinadas a la voluntad del primero. Lo primero que en virtud del armisticio debería considerarse, es la propiedad particular, y respecto de ella el

derecho de habitación. Pues bien: celebrado el armisticio se han ocupado en México varias casas, una de ellas es la del señor don Antonio Haro, en la que se ha alojado el señor Sevier, comisionado últimamente para tratar la paz.

"En resumen, es una verdad tristemente notoria, que la situación actual de la República es fatal y fecunda en males, POR CAUSA DE LA OCUPACION. Pues bien, ¿quién es hoy la causa de esa fatalidad y de estos males? Los representantes del pueblo, los que no concurren al Congreso debiendo. La invasión es el epílogo de todos los males: y hoy forman ese epílogo los representantes del pueblo. Si las Cámaras no desearan número competente de miembros, si el Congreso se hubiera ya reunido, días ha que la cuestión presente de paz y guerra se habría terminado. ¡Gracias sean dadas a los representantes del pueblo, que tanto descuidan del bien público, y que merecen se les acuse de cooperar con los americanos a la desventura de la República Mexicana". (49)

Esta punzante censura tenía como objeto presionar a los legisladores que sesionaban en Querétaro, a ratificar el tratado de paz de Guadalupe Hidalgo, enmendado en Washington por el Senado de la Unión, el 16 de marzo del mismo año. Y es que pasaban los días, y nuestros congresistas no llegaban a ningún acuerdo, cuando de los asuntos verdaderamente trascendentales para el país se ocupaban.

Bien sabemos que de la aprobación al fatal documento del 2 de febrero por el Congreso de Querétaro, resultaba para México un beneficio mucho mayor, o si se quiere un perjuicio menor, que si se retardaba o vetaba. Cierto que a algunos diputados dolíales en extremo estampar su firma sobre un papel que nos despojaba al instante de más de dos millones de kilómetros cuadrados de nuestro suelo; pero era todavía más peligroso no salir de esa situación de incertidumbre e inseguridad —como acertadamente apunta el editorialista— que nos colocaba en el inminente riesgo de perder los otros dos millones que nos restaban, si por un formulismo legal no nos resignábamos, y pronto, a dejar en manos de nuestros adversarios lo que, de buena o mala gana pero inevitablemente, ya habían aceptado en conformidad. Si a todo lo anterior agregamos que, olvidándose de la crítica realidad del momento, algunos congresistas opusieron, al argumentar su veto al tratado de paz, puntos de vista de un patrioterismo pueril, inoportuno, falto muchas veces de sinceridad y sobre todo en desarmonía completa con el cuadro que se vivía, concluímos afirmando que mucho de verídico había en aquellas páginas periodísticas, testigos fieles de la hecatombe.

Insistimos. La desesperante oscilación del Congreso de aquellos días fué lo que más negro hizo ver el futuro panorama de Mé-

(49) *El Monitor*, abril 22.

xico. Aún no había desaparecido el peligro de que nuestro país fuese borrado de la lista de las naciones independientes. Todavía persistía la amenaza de que el tigre diese nuevo zarpazo para acabar de engullir a su mutilada víctima. La historia aguardaba impaciente escribir el desenlace del terrible drama.

Y mientras también nosotros aguardamos, otras noticias, de menor importancia, ocuparán nuestra atención.

Así por ejemplo, aunque el general Scott no intervenía ya para nada en los asuntos internos del ejército de ocupación, no fué sino hasta esos días cuando se anunció su partida para Estados Unidos:

"Habiendo terminado la comisión que aquí tenía que desempeñar la Corte de Investigación, tuvo en consecuencia el general Scott que salir ayer en la mañana rumbo a Veracruz suficientemente escoltado, y el lunes salen los que componen la referida Corte para los Estados-Unidos, para que allí siga este notable asunto." (50)

A lo anterior se añadía el siguiente comentario sentimental:

"La repentina marcha del general Scott ha sorprendido y causado sentimiento a varios oficiales del ejército americano, y tan luego como supieron que ya estaba en camino, muchos montaron a caballo para irle a alcanzar y despedirse de él, y el regimiento de los rifleros se enterneció tanto, que los más que lo componían tenían los ojos llenos de lágrimas".

De lo que se infiere, que no pocos soldados se dieron cuenta de la magna injusticia cometida por el gobierno en la persona de su antiguo jefe. En cuanto a los mexicanos, tenemos la seguridad de que ninguno derramó sentidas lágrimas por el viaje sin regreso del bombardeador de Veracruz.

Y por si todavía se hallaban personas que desconocieran los efectos causados por el tratado de Guadalupe, una inofrmación se encargó de refrescárselos. Descaro increíble del despojo que se nos hacía, fué la gacetilla que con el sugestivo encabezado de "Extensión de la Unión" apareció en el Monitor de 27 de abril. Héla aquí:

"Si se ratifica el tratado de paz, con las enmiendas que se han hecho en Washington, los Estados-Unidos recibirán 754,144 millas cuadradas de terreno, lo cual les dará una extensión de una mitad más de lo que eran antes de la agresión de Tejas. He aquí las proporciones que deberán contarse: Tejas (propiamente dicho), 100,000 millas; Nuevo México, 123,000 millas; Alta California, 376,344 millas; parte de Tamaulipas, Coahuila y Chihuahua, 60,000 millas"

Y eso que pareciéndoles demasiado poco lo obtenido en 1848, cinco años después volverían nuestros agresores, esos robadores de

---

(50) *El Monitor*, abril 23.

tierras, por la "Mesilla" (53) y se la llevarían para siempre, como se llevaron Tejas, Nuevo México, etc., etc.

Aires optimistas se esparcieron en el ambiente con la llegada del mes de mayo. En la primera quincena, los movimientos de los soldados, lo que se decía en público, los rumores que corrían de boca en boca, en fin, la general inquietud que se apodera de las gentes en la víspera de un cambio de situación, hacían sospechar, lógicamente, que la terminación de la guerra y la evacuación de la Capital y de todo el territorio que nos quedaba, se efectuarían de un momento a otro. Sólo esperábase la ratificación al tratado de paz por el Congreso de Querétaro para que todo concluyera. Y la impaciencia y la nerviosidad se apoderaron de todas las personas. Emoción en los rostros. El resuello suspendido. La respiración agitada. Reflejos por doquier de que todos anhelaban un cambio al estado de cosas que se había iniciado en los primeros meses del año 46: los soldados con el deseo inocultable de retornar a sus hogares; el pueblo capitalino, hastiado hasta el cansancio de la fiscalización de sus actos, soñaba, más que ningún otro, con que terminara aquella horrible pesadilla; el gobierno de Peña y Peña, equilibrado, patriota, responsable, trabajaba sin descanso por conseguirlo; la agonizante administración de Polk quería liquidar ya cuanto antes el asunto. Todos estaban interesados en el fin de la guerra, y mayo trajo a los sonrientes rostros de los protagonistas de aquella obra, una palabra que hacía mucho tiempo no se pronunciaba... *PAZ*.

Con todo, el yanqui no se confiaba. Algo que pinta maravillosamente su caracter es la siguiente información, también de mayo:

"Parte de la artillería y el parque ya embarcados por los americanos en Veracruz, han sido puestos en tierra nuevamente. Nuestros enemigos no se duermen ni se confían en las voces que circulan estos días sobre las probabilidades de paz, como algunos creen. Los refuerzos que diariamente llegan a dicho puerto, también se internan y se dirigen inmediatamente a esta capital" (54).

Sin embargo, salían sobrando tamañas precauciones, porque la soñada paz venía ya en camino, de Querétaro. Se esperaba correo de esta ciudad, entre el 18 y el 20, con las ansiadas noticias. Se aseguraba, en diversos corrillos —oficiales y particulares—, que la permanencia del ejército invasor en el Valle de México no se prolongaría ni siquiera un mes más. Todos tenían la esperanza de que así sucediera. Y levantaban sus caras al cielo como si aguardasen a que lloviera mana. Era la paz lo que escudriñaban en el horizonte, dirigiendo sus miradas hacia el norte... hacia Querétaro.

---

(53) La necesidad de un ferrocarril transcontinental, cuyo trazo fatalmente estaba hecho sobre nuestro territorio, originó la famosa venta "Gadsen", de diciembre de 1853, por la que México perdió la parte septentrional de los Estados de Sonora y Chihuahua.

(54) *El Monitor*, mayo 19.

III

DEPREDACIONES DEL INVASOR

Deliberadamente hemos reservado un capítulo especial para todo lo concerniente al libro rojo escrito en la Metropoli, durante la estada en ella de los invasores.

Las noticias, recogidas primero, después comentadas, que van desfilando por estas páginas, abarcan desde la pequeñez más insulsa, pero en íntima conexión con el tema, hasta el acontecimiento más notable, de los que ocurrieron entre el otoño de 1847 y la primavera de 1848.

Mucho de lo que a continuación digamos, parecerá superfluo, intrascendente, necio. No dudamos que tal opinión se lleven, quienes pretendan encontrar aquí copiosas referencias a sensacionales acontecimientos políticos, conocidos hasta el cansancio como decisivos en el desarrollo gradual de la nación mexicana. Nada de eso llamará nuestra atención ahora. Antes por el contrario, serán el robo, el asalto, el asesinato, y otras actividades delictuosas, las que consignaremos en esta parte de nuestro estudio. Los actos terroristas del ejército invasor en la ciudad de México serán vistos a través de un lente estricto y nacionalista, completando así el propósito inicial de esta crónica.

Sin embargo, poca importancia se les ha dado a esa clase de sucesos, insistiéndose en que son demasiado insignificantes para tener consecuencias tajantes y radicales en la historia política de las naciones. Ahora que están de moda las ocupaciones miltares de los países vencidos en las últimas guerras, piénsase, y se pregona a voz en cuello, que los acontecimientos sangrientos que día a día ocurren en las regiones sometidas, no son más que consecuencia natural e inevitable del contacto de dos grupos antagónicos: el vencedor y el vencido. Ciertamente, no tendrá mucho de errónea la aseveración anterior, pero, a nuestro juicio es eso, el libro rojo que a diario va bordando el ejército dominador lo que, con mayor crudeza que otras cosas, evidencia dolorosamente la tragedia de un pueblo ocupado.

Y en verdad; no son tanto las grandes batallas, ni los protocolarios tratados, ni las imponentes movilizaciones de ejércitos, lo que deja en el ánimo de los pueblos las huellas indelebles y sombrías de su derrota, como la presencia altanera e insoporable del soldado victorioso, en el suelo caído. Eso es lo duro. Esa es la prueba de fuego de todas las sociedades que aspiran a vivir siempre en libertad. Eso es lo que hace tragar a las gentes el cáliz amargo de su desgracia. Es el soportar con paciencia y a veces hasta con sonrisas y buenas maneras, al militarote impune, fusil en mano, que se

siente dueño de la ciudad, que dispara a mansalva sobre los asustados vecinos, que abre puertas a culatazos, que entra a las iglesias y saquea, que roba, estupra, viola, asesina. Es todo eso —y fijarse bien en la ausencia de tópicos políticos— lo que marca indefectiblemente el punto culminante de lo que es una dominación extranjera. Y si bien no es falso que la derrota material de un pueblo se consuma en los campos de batalla, no deja de ser cierto que la derrota moral —más peligrosa, más imborrable, más trascendente— ocurre después de la guerra fulminante, cuando el ejército triunfador ocupa una villa, se apodera de una ciudad, o planta su pendón en lo alto de las torres y edificios de una gran Metrópoli.

Después de estos obligados prolegómenos, pasaremos a consignar un cierto número de atrocidades de los invasores y las diversas reacciones de la población al respecto, durante los nueve meses de la esclavización, por los yanquis, de la ciudad de México.

En 1º de octubre (1847) exclama el Monitor:

"Un criado de esta casa (calle de San Bernardo, núm. 6), ha sido llevado a la Alameda, colgado a un árbol y en seguida fué azotado por mano de un norte-americano y conducido allí por otros muchos; los norte-americanos han cometido dos excesos: uno, el hacerse justicia por sí solos, dado por hecho que la tienen, pues el delito que se le supone no fué él quien lo cometió. Este delito fué el robo de una rueda de coche; luego apareció el verdadero delincuente, y nuestro mexicano inocente está muriendo en el lecho del dolor".

Noticias como la anterior, se repitieron sin cesar:

"A las siete y media de la noche (septiembre 30), ocurrió el guarda número 21 al cuartel de la calle de la Acequia, y pidió auxilio para que se aprehendieran a seis americanos que estaban robando la tienda que hace esquina en la Estampa de Jesús María y calle de Vanegas, y pertenece a doña Antonia N. El auxilio que se le dió a dicho guarda fué el de ocho hombres, también americanos, los que habiendo llegado a la tienda, en unión de los primeros siguieron robando y bebiendo, y se retiraron al momento de ver venir otra patrulla". (1)

Y siguen más:

"El guarda número 25 dió auxilio a un individuo a quien tres soldados de caballería norte-americana querían quitar su zarape.

"El guarda número 23 observó a las siete y media de la noche (1º de octubre), que los mismos tres soldados del ejército del Norte, le pegaban a un hombre, y que habiendo ocurrido en compañía del cabo Pomposo Avellaneda el guarda José Ma. Martínez, encontraron a los tres dichos soldados en huida, porque ya habían asesinado a José Ma. González, en la misma puerta de su casa donde se en-

(1) *El Monitor*, octubre 4.

contraba parado. Los mencionados soldados asesinos se entraron al cuartel del Arzobispado". (2)

Pequeñeces, nada más pequeñeces, como diría el padre Coloma; pero que demostraban cual era el comportamiento de los soldados que, al decir de la prensa de los Estados Unidos, "nos venían a civilizar".

Mas, de vez en cuando, las fuerzas secretas de resistencia actuaban con destreza y buenos resultados, y por las solitarias calles de la ciudad caía algún soldado enemigo, atravesado por un puñal o una bala patriota. Las autoridades de ocupación, utilizando procedimientos modernos de "Gestapo", correspondían a los atentados con odiosas represalias, dirigidas sobre todo a la población inocente:

"Antenoche fué conducido a una prisión el dueño de la velería que forma esquina con la calle de la Profesa y callejón de Santa Clara, después de haberle obligado a abrir la puerta, valiéndose de la fuerza, y esto, a consecuencia de que se halló matado a un soldado americano en dicha esquina". (3).

Llegó a preocupar tanto esta situación, consecuencia fatal de las divergencias entre conquistados y conquistadores, que un vocero enemigo manifestaba con no poca alarma:

"Algunos mal intencionados andan esparciendo las voces de que se va a tocar a deguello contra el pueblo; y ya con motivo de haberse hallado asesinado un soldado americano en la esquina del callejón de la Retama el domingo pasado se mudó violentamente una familia de dicho callejón, temerosa de que salgan ciertas esas especies, que no hacen más que causar alarma a los incautos. A propósito de este caso, desearíamos que los jefes prohibiesen expresamente a los soldados, que se alejasen del centro de la ciudad hacia los barrios, que es donde se asesina impunemente". (4)

Menos mal que algunos audaces y patriotas mexicanos, dolidos de la desgracia de nuestra causa, se esforzaban en patentizar al enemigo que no todo era colaboración y vasallaje.

Nuestros "maquis" celebraron adecuada y oportunamente las fiestas de muertos de ese año:

"La Estrella refiere que han sido asesinados tres americanos: uno el sábado en la noche junto al convento del Carmen; otro anoche viniendo de Chapultepec, y otro junto a la Garita de Belen, que se encontró muy mutilado". (5)

A la par, se hicieron tan notables las crueldades del ejército in-

---

(2) *El Monitor*, octubre 4.
(3) Ibidem, octubre 16.
(4) *Estrella Americana*, octubre 16.
(5) *El Monitor*, noviembre 3.

vasor, que no pocas veces sus actos tiránicos estuvieron a punto de provocar motines y levantamientos del indignado pueblo:

"ALARMA". — Ayer ha sido muy notada la que tuvo lugar en esta capital; y personas que nos dicen estuvieron presentes, nos han referido lo que sigue: Los norte-americanos iban a azotar, en medio de la plaza, a cinco o seis ladrones en una especie de tablado o picota puesto allí. El concurso era numeroso, y cuando uno de los azotadores comenzaba a ejecutar la pena en uno de los mexicanos, fué apedreado el primero por algunos del pueblo. Al momento, las patrullas y guardas norte-americanos se pusieron a la defensiva, y los soldados que estaban en la plaza, haciendo uso de sus armas, comenzaron a retirar a la gente, que se diseminó por diversos rumbos. Los reos y la picota fueron retirados, y la plaza quedó despejada; varios mexicanos fueron heridos, y por las calles de la ciudad se veían patrullas de infantería y caballería. En el pueblo desarmado se notaab agitación". (6)

Una noticia que causó inquietudes y temores, sobre todo entre la tropa invasora, fué la que con el título de "Una Familia Envenenada", apareció en la prensa de los últimos días de ese año de 47:

"Uno de los hechos más infames de que hemos oido, fué perpetrado en esta ciudad el lunes pasado. Un soldado, J. F. Tensel, perteneciente al 2º de dragones, y quien tiene una mujer y varios hijos en la calle de Ortega número 33, fué a un puesto en el Portal cerca de Palacio, a comprar algunos dulces para llevar a sus chiquillos. El nombre de la mujer que cuidaba el puesto, una mexicana, es Marta Hernández. Después de haber comprado algunos "medios" de jamoncillos iba a partir, cuando la antes dicha mujer le dijo que tenía un artículo mejor de la misma clase, y sacó una cantidad considerable al mismo precio, lo que llevó a su casa. Sus hijos inocentes comieron de él y uno de ellos, de cinco años de edad, murió poco después; otro menor de edad está muy malo y se cree que no vivirá.

"El jamoncillo fué llevado al doctor Lane y también a un boticario francés, que lo examinaron y descubrieron el veneno. La mujer y todos los que estaban empleados en su puesto fueron conducidos a Palacio por una patrulla de rifleros, y puestos presos. Aconsejamos a nuestros soldados que cuiden como frecuentan estos puestos, particularmente los que pertenecen a mexicanos El plan puede ser más extenso de lo que creemos, y esperamos que la policía y otros empleados por el gobeirno de la ciudad, visiten estos puestos y tengan cuidado que no se repitan estos hechos atroces". (7)

Los comentarios a que dió lugar tal cosa fueron muchos y muy

---

(6) *El Monitor*, noviembre 9.
(7) *Estrella Americana*, diciembre 29.

apasionados, pues abrigábase la sospecha de que aquello fuera el principio hostilizador contra las fuerzas de ocupación, de un vasto plan proyectado por una organización secreta mexicanista. Sin embargo no sucedió así, y al poco tiempo la confianza fué renaciendo en el ánimo de los soldados visitantes, amén de que los verdaderos culpables del susodicho envenenamiento colectivo no pudieron ser desenmascarados, a decir de los noticiosos de la época.

Vino el nuevo año, y con él continuaron en su apogeo los desenfrenos de los invasores:

"Antes de ayer, a eso de las cinco de la tarde, tres americanos entraron en la casa número tres de la tercera calle de San Francisco. Uno de ellos se lanzó sobre la esposa de don Carlos Both, mientras otro abrió el ropero y sacó las alhajas y cincuenta pesos que contenía, y el tercero quedó en la puerta como centinela. Y a no ser porque dos señoras se hallaban allí inmediatas y dieron gritos, acaso hubieran hecho cosas peores, pero no por eso dejaron las cosas robadas". (8)

En compensación, no fué regalo de Reyes despreciable la noticia servida al público capitalino el día 6 en el Monitor:

"En la plazuela de San Lázaro ha sido ahorcado ayer el soldado americano Félix Leggit, por haber matado de un tiro al mexicano José Luis Coriga, el 13 del mes próximo pasado".

La firma del tratado de paz —2 de febrero— no amortiguó en nada los rigores de la dominación militar, y la ola de crímenes de los soldados junto con las injusticias y durezas de las autoridades, siguieron saturando el sombrío ambiente del México ocupado.

El proceso, en esos días, del mexicano José de la Luz Vega, por un tribunal militar estadounidense, fué sonadísimo, y los caracteres de publicidad y notoriedad que tomó, algo verdaderamente insólito. El delito imputado al señor Vega consistió en que éste había tratado de fomentar la deserción entre los soldados enemigos; y el asunto llegó a su clímax cuando Vega fué sentenciado a la pena de muerte. Al instante se acumularon las protestas contra aquel fallo, siendo la del Monitor la más sustanciosa y de mayores resultados positivos. Párrafos sobresalientes de su famosa editorial de 2 de febrero, titulado "Luz Vega", daremos a continuación:

"El día 1º de febrero —decía— debía ser el en que este desventurado mexicano expirara en un patíbulo. Ese día ha sido el segundo de los señalados para la ejecución; pero sabemos que se ha dado orden para que ésta no se verifique antes del día 8 del propio mes.

"Tres veces por tanto, ve este infeliz su último día, y mil y mil, la muerte con todos sus horrores se presenta ante su atormentada imaginación. Así es como el infortunio reúne cuanto tiene de amar-

---

(8) *El Monitor,* enero 2 de 1848.

go y más espantoso, para oprimir con todo su peso a un infeliz que está entre el mundo y la eternidad.

"Esta penosísima situación creemos que será atendida por el general en jefe, y que no querrá que llegue al patíbulo un desgraciado a quien dos veces ha apartado de él. ¡Compasión! ¡Piedad! Esto es lo que pedimos para no decir justicia".

Ovsérvese nuevamente la posición que adoptaba nuestro Monitor, cada vez que tomaba cartas en un asunto similar. Y no podían ser más astutos sus redactores, pues por esos medios lograban dos objetivos primordiales: enternecer al público pintándole con los más negros colores la situación del prisionero mexicano, y obligar moralmente a Scott a perdonar al sentenciado. De otro lado, la actitud del periódico era lamentablemente burda, ya que por medio de la imploración, el suplicante grito piedad y las indispensables lágrimas de cocodrilo, se quería enternecer a los jefes de la ocupación para que éstos modificaran sus drásticas decisiones.

Semejantes actitudes, enmieladas en vocabulario sollozante, apenas si quedaban bien en los familiares de la persona afectada, como se verá a continuación en la siguiente "carta abierta":

"A. S. E. el general Winfield Scott, en feje del ejército de los Estados-Unidos.—Señor, una madre ruega a V. E. le conceda la vida de su hijo querido. Unos niños sin abrigo ni protección en el mundo piden a vuestra clemencia, con las lágrimas en los ojos, la vida de su padre José de la Luz Vega, que está condenado a ser fusilado. V. E. es padre, y por este sagrado nombre y por el amor que V. E. tiene a sus hijos, le rogamos tenga piedad de este infeliz. Si nuestras lágrimas conmueven el corazón de V. E. y salva la vida de nuestro padre, reciba la recompensa en los cielos de la mano de Dios. Somos con el mayor respeto atentos servidores de V. E.—La familia de Luz Vega". (9)

Pues señores, que el general Scott cedió a tanto lloriqueo, y después de haberse deleitado durante algunos días con los sufrimientos del pobre Luz Vega y de su familia, le concedió el indulto, tornándose de esta manera en el héroe número uno de México, por haber llevado a cabo tan colosal hazaña.

Muy satisfecho de su labor, decía el periódico:

"LUZ VEGA.—Tenemos la complacencia de anunciar que este mexicano está puesto en libertad, y que de uno a otro momento debe salir de la prisión en que pocos días antes creía ver la última habitación que tuviera en este mundo. Damos al general Scott y demás personas que han intervenido en la salvación de Luz Vega, las más cumplidas gracias y la más sincera enhorabuena". (10)

Aunque, siempre precavidos los yanquis, temiendo que el per-

---

(9) *El Monitor*, febrero 2.
(10) Ibidem, febrero 8.

dón concedido al tantas veces mencionado Luz Vega, incitara a otros a cometer el mismo delito por el que éste fué condenado, con la certeza de no ser luego castigados, dieron a la publicidad un oportuno oficio, que era solemne advertencia para todos aquellos que quisiesen incidir en las mismas faltas:

"Por Autoridad. Ordenes Generales, núm. 47. México 7 de febrero de 1848.—Se ha expresado duda por un miembro del consejo de guerra, acerca de la bastante evidencia que condenó al mexicano Luz Vega, acusado de que incitaba a soldados para que desertaran del estandarte americano. El referido Luz Vega está perdonado y será puesto en libertad. Que ningún mexicano se anime para repetir el crimen de que se trata por este acto de clemencia. El primer caso claro de convicción que se presente, será ciertamente castigado con la pena de muerte, conforme a las bien conocidas leyes de la guerra. Por orden del general Scott. H. L. Scott. A.A.A. G." (11)

Otra de las plagas que cayó sobre la Capital como consecuencia de la ocupación, fué la de la llamada "Contraguerrilla Poblana", cuerpo organizado por los invasores cuando éstos entraron en la Angelópolis, a base de los reos de las cárceles. Tenía por objeto atacar a las guerrillas nacionalistas, para no distraer de su mira principal —la toma de la Capital— al grueso del ejército mandado por Scott. Y bien que, ya ocupada la ciudad de las "Casas de Moctezuma", estos traidores se convirtieron en el azote más ingrato y repugnante que tuvieron que aguantar los habitantes, llegando a tenérseles más miedo que a los mismos yanquis, inclusive los odiados negros, pues siendo la mayoría de ellos presidiarios, y con el pretexto de que seguían al ejército invasor y lo ayudaban en sus funciones, cometieron atrocidades sin cuento y llenaron el ambiente de pavor, bajo la solapada protección de sus anfitriones.

Algunas de sus tropelías comenta el Monitor de 13 de febrero:

"Una partida de 30 ladrones se pasea impunemente, bien organizada, y cometiendo robos por las calles del Sapo y las inmediatas, en los bigotes del confiado municipal".

"Por el mismo rumbo, hay cuatro desalmados provistos de trajes azules como los de los americanos, y con ellos se disfrazan para salir a robar, profiriendo unas cuantas maldiciones y desverguenzas en inglés que a propósito han aprendido".

Más fechorías leemos en nuestro diario del 17:

"Ayer en la esquina de la calle de Don Juan Manuel y de los Bajos de San Agustín, han sacado la espada unos poblanos para golpear a dos hombres, y con la punta tiraron a herir a otro, y a no haber dado con el jorongo que llevaba doblado en el hombro la herida hubiera sido mortal, porque la dirigió al corazón; y como ya es tan notorio que esos hombres están insolentados con solo per-

(11) *El Monitor*, febrero 8.

tenecer al ejército americano, esperamos que no llevarán a mal los principales jefes que hagamos estas indicaciones, y en obsequio de la humanidad les rogamos que refrenen la insultante osadía de esos hombres".

Mas si eso hacían los poblanos, los invasores no se quedaban atrás:

"La partida del general Lane ha robado las haciendas y poblaciones por donde ha pasado; pero en Tualncingo es donde sus excesos han sido más inhumanos, porque sobre haber sido saqueado el pueblo, a las mujeres las han forzado sin distinción alguna, y jóvenes vírgenes de familias decentes han sido víctimas de su lubricidad. La hacienda contigua a aquella población, de la pertenencia del señor Adalid, fué igualmente robada". (12)

A lo que, con justa indignación, comentaba el mismo redactor:

"Si en la guerra recomiendan los publicistas que se haga el menor mal posible, ¿con cuánta más razón han debido los invasores ser clementes con los inermes e inofensivos moradores de esas poblaciones que ninguna resistencia han prestado, y ahora que está pendiente de la rectificación el tratado de paz? Entendemos que nuestros comisionados para el armisticio han sido informados de todas estas desgraciadísimas ocurrencias, que se han apresurado a representárselas al general Butler, y que este caballero ha ofrecido retirar esas fuerzas hostilizadoras". (13)

Eso sí, mientras en las afueras de la ciudad ocurrían tales atentados, en México los infames colaboracionistas no hallaban la manera de halagar a las autoridades invasoras (14), seguramente como premio a su benigno comportamiento.

No lograban borrar la dolorosa impresión de tanto desmán, ni siquiera noticias como la que a continuación daremos:

"James Manley, primer sargento de los rifleros de caballería, dice el Norte-Americano, que murió el lunes en la noche por los efectos del veneno; pero que no se sabe por quién fué administrado". (15)

Menos aún, cuando a diario las gentes conocían de nuevos y diversos atropellos, aunque algunos llevados a cabo en circunstancias verdaderamente ridículas y pintorescas, como los siguientes partes de policía:

"Cipriano Vargas da parte que a las 8 (3 de marzo) le dió voces un hombre, porque tres soldados americanos lo despojaron de su zarape, cuyos soldados corrieron y entraron en el cuartel situado

---

(12) *El Monitor*, marzo 1o.

(13) Ibidem.

(14) En estos días fué cuando se dió el famoso banquete del "Desierto".

(15) *El Monitor*, marzo 2.

en el convento de Santa Clara, y aunque dicho guarda pasó en persona al cuartel a reclamar el zarape, no consiguió se ló entregaran, pues sólo le contestaron que no le entendían". (16)

"Cipriano Vargas.—A éste, a las 9 (4 de marzo) le dió voces don Francisco Ortíz, de la primera calle de San Francisco, porque dos soldados americanos de los voluntarios de Tejas, acompañados de tres contraguerrilleros poblanos, le querían quitar a su esposa, infiriéndole varios golpes; y tan luego como aquellos malhechores observaron que ocurría el citado guarda y que hacía uso del pito, se fugaron a todo escape, por lo que no se logró aprehender a ninguno". (17)

Y no había día en que la prensa no anunciara un nuevo crimen:

"En la noche del 18 del presente, se presentaron en la hacienda de la Teja como unos siete ladrones americanos para robar, y después de que uno de ellos presentó al pecho de don Luis Guillard un par de pistolas, pidiéndole dinero o alhajas que tuviera; el capitán de ellos al subir al piso último de la casa, recibió en la cara una roseada de munición gruesa por un joven hermano del señor Guillard.

"Por este incidente es fácil descubrir quien era este malhechor, y con tal objeto ha dirigido el administrador de la hacienda un ocurso al gobernador civil y militar para que se procure encontrarlo: ycomo se llevaron dinero y varios objetos valiosos, y sea fácil encontrar a dicho capitán, se publica la presente noticia, a fin de que se dé aviso al señor general Smith, ante quien se ha puesto la queja". (18)

La justicia en México brillaba por su ausencia. Pero, ¿puede haber justicia en una ciudad ocupada?

"Nos hemos horrorizado ayer, al ver a José Rodríguez con la espalda gravemente herida, con numerosos azotes que le aplicaron unos americanos, después de que conforme a una declaración que expuso ante el gobernador del Distrito, se le quiso quitar anoche como a las 8 a su mujer que lo acompañaba, y después de haberlo conducido preso a Palacio, y ésto, sin que previamente hubiese sido juzgado". (19)

No dejando de auxiliarse en sus bravuconadas, tanto los soldados yanquis como los traidores poblanos, que unidos eran dinamita para la indefensa población:

"Ayer por la calle de Porta Coeli, un poblano dió muerte a un mexicano, tan niño que casi estaba en la edad de la infancia. Este hecho atroz conmovió a alugnos mexicanos que por allí estaban y

(16) Ibidem, marzo 6.
(17) Ibidem, marzo 8.
(18) *El Monitor*, marzo 22.
(19) Ibidem, marzo 23.

se fueron sobre el poblano. Cosa de veinte americanos acudieron a defenderlo, y entre ellos y los mexicanos tuvo lugar una lucha de la que resultaron varios heridos y lastimados. Esperamos que el malvado poblano sea ejemplar y justamente castigado". (20)

Otro atraco, de mayores proporciones, ocupó la atención de los diarios en los primeros días de abril. Por supuesto, los autores del mismo no podían ser otros que los soldados vistantes. Curiosa en extremo es la información que nos lega nuestro Monitor del día 6:

"Ayer hemos dicho algo acerca de los ladrones que asaltaron la casa número 5 de las calles de la Palma, de los señores Muriel Hnos. Mejor informados, diremos hoy, que fueron 12, todos americanos, con excepción de uno que se nos ha dicho es francés y parece les sirvió de guía; que vinieron de la "Sociedad de la Bella Unión" por las azoteas de las casas intermedias; que provistos de unas escalas de lazos, con las cuales atadas a un poste, se descolgaron 8 y parte de éstos descendieron al patio; en seguida se dirigieron por la escalera al entresuelo, y su primera maniobra fué forzar la puerta y dirigirse con pistola en mano a las personas que estaban acostadas, intimándoles silencio con formidables amenazas. Entre tanto, el señor Zorrilla, que como ya hemos dicho, era dependiente de la casa, al oir ruido se levantó, y con una pistola que tomó, luego que advirtió que eran ladrones los que estaban en el corredor, les dirigió un tiro, que después se supo hirió a uno que es teniente; esto llamó la atención de otros de los ladrones, quien por fuera de la ventana dirigió un tiro, con que el señor Zorrilla dió en la cabeza echándole fuera los sesos, y con lo que murió luego. A consecuencia de los tiros referidos, los malhechores que se quedaron en la azotea desaparecieron, y los que estaban dentro se dirigieron al zaguán, y temiendo que les hicieran fuego por atrás los de la casa que ya estaban en pié, cerraron la puerta de atrás, mientras que con palanca forzaban la barra gruesa que atravesaba la de la calle, así como otras cerraduras que para salirse rompieron. Uno de los ladrones, que parece se perdió dentro de la misma casa, fué asegurado, y éste es el que ha informado del modo con que asaltaron, el lugar de donde salieron —que es la Bella Unión—, y denunciando quienes son sus compañeros, siete de los cuales estaban asegurados hasta ayer como a las cuatro de la tarde; de éstos, han resultado ser cuatro oficiales, y entendemos que el señor general en jefe y demás autoridades americanas, están tan indignados, que se proponen aplicar un pronto y ejemplar castigo".

Al día siguiente, nueva información agregaba el noticioso:

"Ayer han aprehendido a otro americano implicado en el robo de la casa de los señores Muriel Hnos., y son ocho. Las autoridades americanas toman empeño en que este asunto tenga pronta conclu-

---

(20) *El Monitor*, marzo 29.

sión, y se nos ha dicho que es con el fin de ejecutar a los culpables". (21)

Esta clase de atentados, y la impunidad de que gozaban sus autores exasperaba hasta la locura a la intimidada sociedad capitalina. Todo mundo se limitaba a "pedir justicia", como si en una ocupación militar brutalizada hubiese podido tener cabida semejante concepto. A veces, claro está, sí se cumplía con la ley, pero al modo y conveniencia de las autoridades invasoras. Y en el caso de los culpables del asalto que venimos reseñando, no fueron castigados por sus jefes, como veremos líneas adelante, asestando así un nuevo bofetón a la ya mártir Ciudad de los Palacios.

Cierto que el tribunal que juzgó a los salteadores los condenó a la pena de muerte. Cierto también, que en 25 de mayo, informaba gustoso el Monitor que:

"Habiendo concluído la causa que se ha seguido a los que asaltaron la casa número cinco de las calles de la Palma, y estando en vísperas de ser ajusticiados tres oficiales del ejército americano y un conciudadano de ellos, como principales autores de ese horrible crimen, hemos determinado comenzar a publicar, desde el lunes, la causa muy minuciosa, célebre y completa que se les formó, y lo haremos en inglés y en castellano, para que este ejemplo justiciero sirva de un freno moral y contenga en la carrera de los crímenes, a la infinidad de malhechores que tienen en continuo sobresalto a esta sociedad, tan llena ya de otras calamidades".

Y más cierto aún —haciéndonos con esto agua la boca— que el 25 del mismo mes el mismo vocero decía que:

"Ayer hemos visto a la entrada de la Ciudadela, el formidable aparato en que hoy, entre ocho y once de la mañana se nos dijo iban a ser colocados los tres oficiales y ciudadano americanos, cuya causa estamos publicando".

Pero he aquí que cuando ya todos estamos ansiosos de ver confirmada la noticia del ajusticiamiento, nos quedamos chasqueados, como se quedarán todos los que tengan la paciencia de seguir estas páginas, pues al siguiente día —26 de mayo—, la prensa anunció lo que nuestro corazón no quería que anunciase:

"Ayer fué el día designado por el general en jefe para ejecutar la sentencia de la comisión especial sobre los tenientes Hare, Sutton, y Tilden, y el canadiense J. Laverty, por asesinato y robo, pero en la noche anterior el general mandó suspender o diferir la ejecución".

El yanqui no tiene un pelo de tonto, piénsase al instante; y tal parece que todavía resuenan en nuestros oídos las palabras que debió haber pronunciado con ocasión a aquel incidente: ¿Pues que creías ingenuos mexicanos, que nosotros íbamos a cometer la barricada de ejecutar a algunos de los nuestros nada más por daros gusto?

---

(21) *El Monitor*, abril 7.

Y luego, la burla más punzante aún: ¡Quedaos con vuestra ciudad, que nosotros ya nos vamos, llevándonos consigo a nuestros queridos delincuentes que tanto os amedrentaron durante los nueve meses de la ocupación!

Sin exagerar, eso ocurrió en el asunto de que venimos hablando. Primero, se suspendió la ejecución de los respulsivos salteadores, anunciada para el día 25. Después, con cualquier pretexto se fué prorrogando indefinidamente. Por último, se dijo oficialmente que los soldados salteadores serían castigados en territorio de la Unión, porque la evacuación de la ciudad se había venido encima. Y el epílogo: apenas habían pisado suelo de su patria, aquéllos recobraron su libertad, premio increíble a los desmanes que los habían hecho célebres en México.

Pero en cambio, los tribunales invasores sí aplicaron justicia, a su modo, en las personas de dos mexicanos acusados de asesinato, algunos casamientos de esta índole.
que la prensa refirió así:

"Crescencio Villarreal y Crisóstomo Mendiola, fueron aprehendidos en Tacubaya y acusados de haber dado muerte a un americano. La aprehensión se verificó en el acto en que se formaba un hoyo en la tierra, y se dijo que este hoyo se hacía por los acusados para enterrar al muerto.

"... A este infeliz (Villarreal) se le ató una cadena al pescuezo, se le colgó con esta cadena y... colgado de ella se le colgaron unos americanos para ahorcarlo si no confesaba. Esto quiere decir que a Villarreal se le dió tormento para arrancarle una confesión, y es sabido que las confesiones obtenidas de ese modo, nada valen. La inquisición se hizo tanto más detestable cuanto que atormentaba a los acusados para que confesaran, y aun los inocentes se confesaban culpables no siéndolo.

"Respecto a Mendiola... fué encerrado en un cuarto donde unos americanos cargaron sus armas, y le dijeron que lo pasarían por las armas si no confesaba. Mendiola no confesó.

"Excitamos la filantropía de cuantas personas puedan intervenir en favor de Mendiola, joven que no cuenta 17 años cumplidos, y su atormentado compañero Villarreal para que no omitan medio alguno que sea favorable a esos desgraciados. Hacemos esta excitación por medio de este periódico, porque la urgencia del caso no nos permite ver personalmente a los generosos padrinos de los mexicanos sentenciados. A todos y cada uno nos dirigimos, y especialmente a los generales Butler, Smith y Worth, jefe de Tacubaya, y cuantos más tengan que ver con este negocio, se muestren humanos y benévolos hacia los presos de Tacubaya". (22)

Si por la anterior información conocemos que los yanquis acos-

---

(22) *El Monitor*, mayo 3.

tumbran dar tormento a los prisioneros mexicanos para que confesaran tal o cual delito, podemos afirmar que no eran precisamente los soldados más civilizados los que habían irrumpido en nuestro suelo en la primavera de 1846, cuando Taylor se lanzó sobre el río Grande (23). Y que de incultura a incultura, de barbarie a barbarie, de crueldad a crueldad, ahí se daban la mano el ejército nacional y el invasor, si es que no se superaba éste último.

De otra suerte, el asunto de los presos de Tacubaya debió haber terminado como los jefes estadounidenses lo deseaban, pues nuestro Monitor no se ocupó luego de agradecerles su benevolencia (como lo había hecho en el caso Luz Vega y en otros muchos); y el silencio acusador de las noticiosas páginas sólo revela que los mencionados presos fueron castigados, de la manera más inhumana e injusta.

Sería interminable tarea la de continuar narrando sucesos de este tipo, incluídos en los nueve meses de la ocupación de México. Creemos que lo antes apuntado es bastante para que se tenga una ligera idea de lo que fué la dominación del ejército de los Estados Unidos, y de los vínculos tan singulares que se operaron entre conquistados y conquistadores, durante este holocausto de la Capital mexicana.

I V

LA MUJER MEXICANA DURANTE LA OCUPACION

Antes de dar por concluído nuestro trabajo con el capítulo referente a los últimos actos del ejército invasor en la Capital, vamos a dar un rápido vistazo al comportamiento que observó la mujer mexicana, durante el tiempo en que el lábaro de las barras y las estrellas permaneció sobre las torres de la antigua Tenochtitlán. Lo que digamos en relación con este tópico, obvio es repetirlo, estará apoyado exclusivamente en la nota periodística, que no deja de ser la más ilustrativa fuente de información, al menos para el tema en cuestión.

Es cosa sabida hasta el cansancio que la mujer, en razón de imperativas leyes biológicas, cuando su patria cae en poder de un ejército extranjero se convierte, voluntaria o involuntariamente, en uno de los más eficaces colaboradores de los invasores; y en el curso de la historia vemos tal aseveración confirmada en multitud de ocasiones. El sentimentalismo, la pobreza, el miedo, la curiosidad, el deseo por el hombre, etc., son causales que en cierta forma explican

---

(23) Los voceros de los invasores no se cansaron nunca de decir que el ejército del Norte había venido a México a educarnos.

el proceder del bello sexo durante esas singulares etapas de la vida de los pueblos.

En México, una considerable parte de la población femenina se mostró, sobre todo en los primeros meses de la ocupación, digna y grandiosa, sin doblegarse a los halagos e insinuaciones lúbricas de los soldados y oficales invasores. En ese sentido, con que delicia hemos saboreado la gacetilla que a continuación insertamos:

"Señores editores de la Estrella Americana, suplicamos a ustedes no se tomen la molestia de adularnos, pues en lugar de agradarnos, lo vemos como un insulto que nos hacen los enemigos de nuestra patria.—Varias Mexicanas". (1)

Y en formas variadas, diversos grupos de mujeres respondieron al llamado que su corazón les hacia, para ostentar menosprecio, humillar e inclusive matar, a los que alevosamente nos habían derrotado.

Sin embargo, y para desgracia nuestra, otro contingente considerable de nuestras mujeres no escapó a esa regla general de comportamiento de que hemos hablado en párrafos anteriores. Buena parte de la población femenina no fué reacia a la presencia del soldado sajón en estas tierras de Anáhuac. Aceptando como un hecho consumado la desgracia de nuestra causa, quiso sacar algo provechoso de aquel río revuelto, naciéndole así a aquella, estrechos vínculos con los invasores.

diaria unión pasajera del soldado con la frívola mujer de la calle;

Esos momentos de yoismo y escasa meditación que a veces ofuscan las mentes, les hicieron olvidar que aquellos soldados con quienes iban a intimar eran enemigos de México, y que con sus bayonetas y fusiles habían dado muerte a sus hijos, maridos, padres o hermanos. Se evaporó de sus pensamientos el trágico recuerdo de horrendas batallas en las que el suelo fué humedecido con sangre compatriota, y a pesar de todo esto, se ofrecieron y se dieron, acaso incondiconalmente, al odiado soldado extranjero.

En nuestro caso especial, hubo todavía otras circunstancias que favorecieron más aún esa relación de entendimiento y de "buena vecindad": A nadie se le ocultaba que en el ejército invasor no tenía validez la institución de las "soldaderas", aunque eso sí, traía sus arcas repletas de oro; aquí estaba muy escaso el oro, pero en cambio las mujeres abundaban. Total, en unos cuantos días la amalgamación se perfeccionó a las mil maravillas, aunque de nuestra parte rompiese el más elemental sentido de patriotismo. Además, descartando a los contingentes de negros que venían con el ejército, pronto corrió la voz entre el bello sexo capitalino de que los huéspedes recién llegados a tomar sus "vacaciones" en la ciudad, eran "güeros", altos y bien parecidos, argumentos difíciles de des-

(1) *Estrella Americana*, octubre 5 de 1847.

terrar de las mentes de las mujeres. Y eso, unido al "money" que los soldados se disponían derrochar en la urbe de las "Casas de Moctezuma", completó la obra colaboracionista de ese sector de la población metropolitana.

Sólo que en esto hubo grados perfectamente diferenciables: la diaria unión pasajera del soldado con la frívola mujer de la calle; el concubinaje, que alcanzó cifras respetables; y por último, las uniones con todas las formalidades de rigor, menos frecuentes que los anteriores.

Es natural que las mujeres públicas fueran las que más y mayores oportunidades tuvieran para entrar en relaciones con los yanquis, pues dispersándose la tropa por todos los ámbitos de la ciudad, mucho se facilitó el contacto de estas dos paralelas capas sociales, y las caricias mercenarias de aquellas vendedoras de amor recibieron, a lo que parece, una buena retribución de quienes las compraban para disfrutarlas.

Pero aun en esta rama, lógico es pensarlo, hubo escalas distinguibles a la simple vista, desde la mujerzuela de arrabal dedicada a seducir a los miltares más ínfimos (en categoría e ingresos monetarios), hasta las elegantes falenas que frecuentaban los salones de la "Gran Sociedad" y la "Bella Unión", favoritas de los principales jefes de la ocupación. Lo antes dicho se corrobora al instante en el hecho de que los gobernadores del Distrito (Quitman y Smith) favorecieran abiertamente la creación de casas de juego, salones de baile, caros y lujosos prostíbulos, y demás centros de vicio, donde dichas mujeres encontraban, bajo la protección de las autoridades enemigas, el ambiente y marco más propicios para la clase de vida que gustaban llevar.

Menos prosaico fué el soldado que, apenas familiarizado con su presencia en la ciudad ocupada, se dió a la tarea de buscar mujer para vivir con ella por todo el tiempo que durase su permanencia en estas latitudes. Es en estos tipos de gentes en los que con mayor vigor floreció el sentimiento de reciprocidad entre vencidos y vencedores, y si la ocupación militar se hubiese prolongado por más tiempo, el afianzamiento de dichas relaciones espirituales habría sido imposible de cortar, pues en el espacio de nueve meses de permanencia, se echaron hondas y firmes raíces y se crearon multitud de intereses de índole particular y familiar, según se comprobó después de la retirada del ejército del Norte.

Un último grupo es el más reducido. Abarca en su totalidad a damas de la mejor sociedad que entran en relaciones con oficiales del ejército dominador, teniendo como suspirante finalidad el matrimonio. Fueron notorios, en las comidillas popoff de esos días, algunos casamientos de esta índole.

De todo lo anterior, deducimos que la actuación de la mujer mexicana para con los invasores se desdobló en dos campos antogó-

ticos: patriotismo de unas, colaboracionismo de otras. Para las primeras, sólo elogios, admiración, respeto e inmortalidad. Para las segundas, de las que más nos hablan las fuentes, una cierta comprensión y nada más. Estas, endulzaron las horas tristes y nostálgicas del soldado sajón en Anáhuac. La "indita", como vulgarmente se dió en llamar a nuestras mujeres, ayudó al "gringo" —palabra no muy en boga por entonces— a vivir mejor en estos lugares, e inclusive cuando retornó a su patria, donde los suyos, lloró sentida y emocionada su partida, suspirando y anhelando con el corazón deshecho su próximo retorno.

Qué de cosas nos dice el periódico a este respecto. Qué maravilloso, aunque triste a la vez, resulta volver al pasado, jugar con el tiempo y hacer hablar de nuevo a los testigos presenciales de épocas idas. Cuánta emoción se aspira al mirar hacia atrás y contemplar a tan larga distancia ese mundo fenecido, retratado estupendamente en las añejas y austeras crónicas sociales, o en las tímidas gacetillas, apenas asomándose en algún rincón de amarillenta página, o en las sensacionales y cursis relaciones, con ampuloso y florido lenguaje, de tópicos diversos de la vida de antaño.

Damos a continuación algunas notas, de las muchas que recogimos, redactadas las más por columnistas irónicos y agudos que, en sutiles frases nos han dejado sabrosas reseñas de asuntos amorosos y pasionales de este tiempo; y quienes las lean se divertirán tanto como nos hemos divertido nosotros, después de hacer a un lado la fase amargar y trágica del momento vivido:

"Cierta joven de festivo genio, románticas inclinaciones, buena cantora, y que desde San Angel contrajo relaciones con un oficial del presente ejército, SE ANEXARA y pasará a dominio americano, como Tejas, pero sobre la cual ha recaído la formidable censura del bello sexo mexicano". (2)

De cómo fué variando el modo de pensar de nuestras mujeres a medida que se prolongaba la ocupación, nos da idea el siguiente comentario, aparecido en la sección de diversiones de conocido vocero:

"Cuando el ejército americano —decía— entró a México, era imposible el lograr que una señora visitase ninguna de las diversiones públicas. Se les habían contado tantos cuentos, que ellas nos creían unos salvajes. Pero ahora, así en el teatro como en el circo, en el baile o en cualquiera otra diversión, las señoras lo animan y vivifican todo con su presencia. Ninguna ciudad ocupada por nuestro ejército ofrece tanta variedad de bellezas como México, y sería sensible el que las damas se ocultasen de tantos admiradores de la belleza, como se cuentan en el ejército americano". (3)

---

(2) *El Monitor*, octubre 19.
(3) *Estrella Americana*, noviembre 9.

Y si de cosas desagradables queremos enterarnos, nada más pasemos revista a estos informes:

"En el cementerio de San Francisco se levantó antier una horca, y en ella, como a las diez de la mañana fué ahorcado un soldado americano, según se dice por asesinato perpetrado el 25 del pasado en su amasia Dolores García, que le fué infiel". (4)

"En la tarde de ayer, por el Colegio de Niñas iba una mexicana asida del brazo de un soldado americano; y esto, nos han dicho fué motivo porque varios del pueblo se lanzaron sobre ella, la hirieron y la mofaron, hasta que la salvó el que la llevaba metiéndola en San Francisco". (5)

Para crispar los nervios, nada mejor que esto:

"UNA MUJER FRITA. — El Monitor de ayer dá la noticia de que en Tacubaya una mujer mexicana fué frita por unos americanos y que se la comieron después, remitiendo la cabeza al gobernador del Distrito. Nosotros sabíamos que a nuestros muchachos les gustan mucho las señoritas mexicanas, pero nunca creímos que las TOMARAN FRITAS". (6)

Dejando lo macabro a un lado, seguimos en nuestras notas de sociedad:

"Doña Micaela Villalobos se ha casado con el capitán del ejército americano Samuel Head. El capitán del mismo ejército fué el que desempeñó la ceremonia". (7)

"MAS ANEXACION. — El domingo pasado fué casado en la Catedral el señor F. Foster, de Filadelfia, con la señorita doña Rufina González, de San Luis Potosí". (8)

Y claro, se hizo tan descarada la colaboración femenina con el invasor, que algunos indignados mexicanos, tomando muy en serio su papel de patriotas, provocaron varias manifestaciones hostiles para castigar a las que habían cometido tan "horrendo" delito. Sobre todo fué en las postrimerías de la ocupación, cuando irrumpieron con frenesí los ataques armados a aquellas desdichadas mujeres:

"En el pueblo de San Angel han sido selladas y rapadas, no sabemos por quién, varias mujeres públicas, de las que trataban con los soldados del ejército americano estacionados allí. Se dice que el general en jefe de dicho ejército, ha dirigido al señor gobernador del Distrito una comunicación en que se queja de este hecho, y que se han dictado por este señor las providencias que son de su resorte". (9)

---

(4) *El Monitor*, noviembre 22.
(5) Ibidem, febrero 17 de 1848.
(6) *Estrella Americana*, marzo 19.
(7) *El Monitor*, mayo 20.
(8) Ibidem, mayo 23.
(9) *El Siglo XIX*, junio 3.

Otra mas:

"Ayer, diversos grupos del pueblo, en diferentes parajes de la ciudad, han perseguido, golpeado e injuriado a varias mujeres, acusándolas de prostitutas y haber tenido relaciones con los americanos". (10)

La reacción contra las "Anexadas" a los invasores, por parte del populacho, llegó a adquirir proporciones tales, que los periódicos todos hubieron de salir a la defensiva de las pobres injuriadas:

"Ha llegado a nuestra noticia, que se continúan repitiendo actos de venganza popular contra las mujeres a quienes se acusa de haber tratado con los americanos. Tales hechos son indignos de una población ilustrada, son verdaderos actos de barbarie. Habría sido muy bueno que los que hoy, que con tanta inhumanidad descargan su furor sobre unos seres débiles y dignos cuando mucho, del desprecio público, hubiesen hecho de su patriotismo una muestra digna, empleando su fuerza y sus armas contra los enemigos de la patria. Oprimir a los débiles es una miserable cobardía". (11)

Escenas terribles se sucedieron en los días anteriores a la evacuación de la Capital, en las que las mujeres llevaron la peor parte, a causa de la acción que tanto se les reprochaba. El mismo día de la retirada del ejército —12 de junio— leemos en un diario que:

"Hoy, a pocos minutos de que habían salido de la plaza las tropas americanas, pasaban unos carros de mexicanos en que iban unas mujeres, tal vez esposas de carretoneros del país; y una parte del pueblo, al verlas, comenzó a silbarles y a arrojarles piedras. Semejante acción no es sólo cobarde sino criminal y digna de que se le castigue severamente". (12)

Es natural que el más merecido escarmiento recibieran aquellas mujeres "anexadas" al creer tontamente que los soldados cargarían con ellas rumbo a los Estados Unidos. Varios días después de la salida del ejército de ocupación, una gacetilla de nuestro Monitor de 17 de junio, bajo el adecuado título de "Una Buena Recompensa Merecida", y tomada del "Arco Iris", periódico veracruzano, informaba:

"Con las tropas americanas que se embarcaron antes de ayer, vinieron del interior —México, Puebla, etc.— varias mujeres en seguimiento de los soldados. Creídas estas infelices que iban a seguir su carrera militar en el Norte, acompañaron a sus "patronos" hasta el muelle, donde se disponían a embarcarse, más he aquí

---

(10) Ibidem, junio 7.
(11) *El Siglo XIX*, junio 9.
(12) *El Monitor*, junio 12.

que un despiadado sargento las detiene, y con un terrible GODAMN las declara LICENCIADAS, haciendo marchar sin ellas la embarcación que se llevaba a los soldados, en medio de la risa y algazara a que provocaban los gestos de las divorciadas de un modo tan extraño. No serán éstas, por cierto, las últimas que se llevarán el mismo chasco".

No es de extrañar que tal fuera el desenlace de esa tragicomedia donde hubo de todo, menos sublimidad, grandeza o altruísmo.

V

LA EVACUACION

Llegamos a la parte final del drama: la desocupación de México por el ejército vencedor, acto que como todos los de su naturaleza, está impregnado de tanto o más dolor y pesadumbre que la ocupación misma.

Interesante espectáculo el que brinda la inminente retirada de un ejército dominador. La población, antes en cautiverio, se moviliza toda. Intima apresuradamente con los soldados invasores, porque el tiempo se acorta y cada hora perdida es desperdicio de muchas ganancias vitales. Militares opresores y vecinos de la ciudad ocupada, que ya empezaba a familiarizarse, sienten extrañeza ante esa situación, que así, de repente, va a concluir. Es entonces cuando se nota que la intimidad de unos y otros principiaba a echar hondas raíces. Es el colaboracionismo intenso el que campea en los ánimos de todos. Es la melancolía la que invade los corazones sentimentales de ambas facciones, ante la perspectiva de abandonar un sitio, donde se habían acostumbrado a convivir, a sufrir, a reir. Es en fin, la evacuación que se presiente, la que provoca toda esa algarabía, agitando a la ciudad por sus cuatro costados sin dejarle un momento de reposo.

Es natural que nuestra Metrópoli se viera envuelta en semejante atmósfera, cuando se anunció la retirada del ejército "americano". Y aunque ciertamente no eran escasos los espíritus de sincero patriotismo que veían en ello la terminación de una odiosa tiranía, fué la novedad del cambio de vida lo que con más fuerza influyó para revolucionar el ambiente, en la primavera de aquel 48. Mucha tranquilidad se respiró con tan florida perspectiva. Después de todo —decíase la gente—, con derrota y todo, México vuelve a ser México, y esto es más que suficiente para escandalizar, para correr por las calles y gritar, para emborracharse o llorar, según el estado de ánimo y los recuerdos que la terminada guerra traigan a las mentes de los individuos.

Sin embago, lo malo, lo corrompido, lo indigno, alternan despreocupadamente con lo bueno, lo inmaculado y lo sublime, en estos

días de futura e inminente redención nacional. Ante el espejismo de la pronta marcha del ejército, los más voraces procuran saquear la ciudad y llevarse a su país un rico botín. Otros cometen asesinatos y fechorías incalificables, a sabiendas de que por la premura de tiempo no podrán ser enjuiciados por sus delitos. Los altos militares también se preocupan en hacer su equipaje a base de joyas, curiosidades, papeles, etc., del país invadido, y en especial de su Capital, para ir a engrosar sus colecciones particulares y tener así apreciados recuerdos que mostrar en su ancianitud a nietos y bisnietos, de la "gloriosa campaña", en la que ellos descollaron de tan especial manera. Las autoridades oficiales pizcan lo que pueden, procurando que sea lo mejor y más significativo, sobre todo en objetos relacionados con la guerra, para ir a abrillantar más aún sus museos, bibliotecas, etc. Así, banderas, cañones y demás armas, obras de arte, archivos, etc., son empacados prontamente para ir en los convoyes de vanguardia rumbo a Veracruz y luego a la Unión. Sólo fáltábales, para culminar su obra de saqueo, desempotrar la Catedral, el Caballito o la Piedra de los Sacrificios, y llevárselos; pero en la imposibilidad de trasladar a su terruño tales cosas, se contentaron con saborearlas, y fué de esa manera que se salvaron éstas y otras valiosas joyas de la arquitectura y escultura indo-españolas aquí producidas.

Por su parte, los mexicanos colaboracionistas se afanaban también en preparar detallados informes, explicando en ellos su proceder durante el tiempo de la subyugación extranjera. Otros tenían listo en el gañote un receptáculo de ¡Mueran los Yanquis! ¡Viva la liberación! ¡Viva el gobierno Nacional!, listo a salir de sus gargantas, pletóricas de miedo y cobardía, al momento en que el último soldado sajón hubiese salido de los ámbitos de la ciudad. Antes no se habían atrevido a hacerlo, pero después lo repetirían una y mil veces.

La evacuación de nuestro territorio —en especial de la ciudad de México—, implicando lógicamente el punto final de la guerra que se había iniciado en abril de 1846, dependía de que el gobierno de Querétaro ratificara el tratado de paz de Guadalupe Hidalgo, ya enmendado y aceptado en Washington por la administración Polk. Ahora bien, aunque el presidente Peña y Peña y su gabinete estaban de acuerdo en terminar a la mayor brevedad posible con aquel peligroso asunto, el problema de la ratificación encontraba su mayor obstáculo en la Cámara de Diputados, donde las opiniones se habían dividido abismalmente. Y por lo mismo, se consideraba que salvado este escollo, la ratificación susodicha y los canjes del documento de 2 de febrero, se consumarían en un corto número de días.

Las enojosas y antagónicas discusiones de los representantes del

pueblo, que fatalmente retrasaban la llegada de la paz, habían creado, a mediados del mes de mayo, una ola de profundo desencanto y nerviosidad en los ánimos de los capitalinos, anhelosos ya de sosiego, de comodidad y de liberación. Sin embargo, renació la confianza en los espíritus escépticos, cuando el periódico dió la tan ansiada información:

"¡¡¡ATENCION!!! NOTICIA MUY PLAUSIBLE E IMPORTANTISIMA. — Nuestro extraordinario llegó anoche de Querétaro como a las doce y nos ha traído las siguientes cartas, anunciando la aprobación del tratado en la Cámara de Diputados:

"Querétaro, mayo 19 de 1848. — Por fin esta población ha salido de la mortal ansiedad en que la tenía sumida la discusión más grave de cuantas ha habido entre nosotros, de la Independencia acá. A las seis y cuarto se ha votado en la Cámara de Diputados la ratificación de los tratados, por cincuenta y un votos contra treinta y cinco, que fueron por la guerra. Los señores Lacunza y Rosa han sido los últimos oradores; ambos han hecho esfuerzos prodigiosos y manifestándose buenos hombres de Estado.

"El peligro ha pasado: la Cámara de Senadores va desde luego a ocuparse del negocio, y menos numerosa, menos turbulenta, y sin contar en su seno con hombres que alguna vez hayan tomado el partido de mutilar la representación nacional no concurriendo a las sesiones, es imposible que deje indeciso el asunto o que no lo decida oportunamente. No por esto hago ningunos reproches a la Cámara de Diputados; se ha conducido con dignidad y nobleza. Siempre le hará honor lo reñido y empeñado de la discusión, y con rarísimas excepciones, la buena fé ha campeado en uno y otro bando, en el de la paz y en el de la guerra; en uno y otro hay hombres ilustres, y todos han defendido sus opiniones con decoro y decencia.

"Amigo, todo se ha terminado felizmente..."(1)

Casi instantáneamente, se iniciaron los preparativos de la retirada en la Capital de la República:

"El general Smith sale para Veracruz el miércoles o jueves de esta semana, con objeto de disponer lo conveniente para el embarque de las tropas, en caso de que la paz se haga. El coronel Kearney está para llegar a esta ciudad, y en lugar del general Smith será gobernador civil y militar". (2)

Para ultimar los detalles de la ratificación y del canje de los tratados, se anunció el viaje a Querétaro de los señores Clifford y Sevier:

"Los señores ministro, comisionado y secretario de los Estados Unidos, han salido como a las ocho de esta mañana en un carruaje

---

(1) *El Monitor*, mayo 21.
(2) Ibidem, mayo 22.

particular para Querétaro. Van escoltados por 60 dragones, y tres carros conducen los equipajes". (3)

Y la mudanza, entre tanto, principió:

"Se ha dado orden por el general Butler para que todos los oficiales que tengan en su poder objetos o muebles pertenecientes al Palacio Nacional, se entreguen inmediatamente al capitán Naylor, que es el gobernador del mismo Palacio". (4)

La paz, la que nos llenó de lágrimas y congoja, la que nos mutiló ferozmente, pero de cualquier manera la que hizo el milagro de conservarnos la tierra que aún poseemos, fué celebrada con gran regocijo por el pueblo y los soldados, apenas se supo que estaba hecha:

"Anoche, siete minutos antes de las ocho, varios cohetes de luces y truenos de bombas, anunciaron la paz. La Plaza de Armas estaba llena de oficiales y soldados americanos que manifestaban regocijo y entusiasmo por los tratados. En uno de los balcones de Palacio, apareció iluminado un cuadro en que se leía: PEACE-PAZ. En ese momento se aumentaron las voces, que multiplicaban el entusiasmo y la alegría". (5)

El día 29, nuestro diario comentaba con simpatía el anuncio que se había hecho respecto a la venta de artículos de deshecho del ejército enemigo:

"Hemos visto fijados en las esquinas, carteles que anuncian la venta de varios útiles pertenecientes al ejército americano, con el objeto principal, según se advierte en dichos anuncios, de que se provean a poca costa los ciudadanos que deben formar la Guardia Nacional. Celebramos que todos los ciudadanos honrados aprovechen esta coyuntura, tanto por la utilidad que resulta al país de que estén bien armados los que se interesen en su orden y prosperidad, como por los gravísimos daños que se originarían, de que dichas armas cayesen en manos de los perturbadores de la tranquilidad pública, y de los que sólo medran en el torbellino de las revoluciones".

El 30 de mayo se promulgó en Querétaro el decreto que confirmaba el tratado de paz. Ese día la guerra había terminado. Prueba inequívica de ello fué el fallecimiento de la Estrella Americana, cuyo último número destilaba a raudales lágrimas de despedida:

"Según lo sanciona la costumbre, y de hecho se hace casi necesario, decir unas cuantas palabras de despedida al público, al salir el último número del periódico.

"Han transcurrido más de ocho meses desde que emitimos nuestro primer ejemplar en las famosas "Casas de Moctezuma", y duran-

---

(3) Ibidem.
(4) Ibidem, mayo 28.
(5) *El Monitor*, mayo 28.

te ese tiempo más de 200 números (6) han circulado en la ciudad y los campamentos vecinos, y esperamos que nuestros esfuerzos aquí, igual que en otros lugares, hayan sido de beneficio para todos los que nos han favorecido. Nuestro periódico ha sido libre e independiente. Nuestro curso ha sido delineado por el ejército en general. Vivió su triunfo sobre sus enemigos para ver llegar la paz que ellos abogaron, y ahora muere feliz, prolongando su agonía únicamente para decir ADIEU".

Todavía más significativas, fueron las postreras palabras de los editores del diario que fenecía:

"ADIOS.—Con este número termina "The American Star". La paz se ha firmado y ratificado, y con su llegada termina nuestra misión aquí. La tarea ha concluído. La Estrella, que se ha levantado en cada una de las ciudades ocupadas por nuestros ejércitos en esta línea, se ha puesto por última vez en la capital de aquellos, quienes apenas hace unos días estaban en la lista de nuestros enemigos. ¡Que no haya otra causa para una nueva ruptura entre nosotros! The Star ha abogado por una paz honrosa —y así ha acontecido. Nosotros estamos satisfechos. Nuestro país está satisfecho. México está satisfecho. Que la paz esté siempre con nosotros.

"No queda más que decirles adiós a los soldados galantes con quienes durante tanto tiempo hemos convivido, y a quienes hemos visto levantar en alto la bandera de su patria en tantas victoriosas batallas. Son pocas palabras, pero en la presente ocasión se hace difícil redactarlas. Si cuando vosotros volvais a vuestros hogares, y estéis recibiendo de amigos y paisanos los honores que mereceis, recordais con un pensamiento a quienes os siguieron de batalla en batalla, y a los que levantaron La Estrella para reseñar vuestras campañas de gloria, todo ello será un gran consuelo para nosotros. ADIOS. JNO. H. PEOPLES". (7)

Hipócrita libelo, enemigo de México tanto como Scott o Trist,

---

(6) Con fecha 10 de octubre de 1847, la Estrella informó a sus lectores de lo siguiente: "La protección tan liberal que hemos recibido, tanto del ejército americano como de los ciudadanos mexicanos, nos hace aventurar a publicar este papel diariamente (menos los lunes) desde el martes 12 del corriente. También nos anima a seguir este plan los innumerables documentos de interés público que tenemos acumulados, los cuales perderían mucho del interés que tienen si solamente se publican tres veces a la semana. Ningún esfuerzo se omitirá para que la Estrella sea digna del patrocinio liberal que hasta ahora se le ha dispensado. Tendremos personas que nos informen de cuanto ocurra de interés en la ciudad; hemos hecho arreglo para conseguir todas las noticias importantes de los Estados-Unidos que lleguen a Veracruz, y en fin, no omitiremos nada que conduzca a proporcionarle al público un pliego digno del patrocinio que nos ha dispensado".

(7) La traducción es del autor.

que durante su vida en nuestro suelo, sólo males infinitos e irreparables nos causó, en sus páginas inmundas y ponzoñozas.

Todavía en su último número —30 de mayo—, la Estrella dió una desconsoladora noticia sobre la suerte de los prisioneros de San Patricio:

"Ahora que se ha ratificado la paz —exponía— los prisioneros de San Patricio serán llevados a Nueva Orleans dentro de pocos días, y allí serán dados de baja deshonrosamente. Riley (su jefe) está a la cabeza de ellos, y en caso de que regresaran a México, esperamos que él mostrará haber aprendido una ventajosa lección. Ningún americano puede jamás tenerle confianza, y dudamos que no haya persona que se considere deshonrada si se le encuentra en su compañía. Se le ha castigado, pero no suficientemente por el crimen que cometió". (8)

A lo cual respondió nuestro vocero con estas palabras:

"Nosotros los del Monitor, esperamos que los de nuestro gobierno hagan cuanto puedan para que a estos desgraciados, que han padecido por defender a México, se les evite la pena que se anuncia". (9)

Para no dejar una serie de malos recuerdos, Butler accedió a las incesantes súplicas de la prensa nacional, concediendo la libertad a los famosos prisioneros, honra de México:

"Al mismo tiempo que El Siglo XIX imploraba el perdón para los prisioneros de San Patricio, estos beneméritos militares lo obtenían del general Butler y recobraban su libertad. Damos las gracias a este jefe y nos congratulamos de que haya solemnizado la celebración de la paz con un rasgo de clemencia que merecerá siempre los más sinceros encomios de todos los mexicanos". (10)

Algunas calamidades, consecuencias de la desocupación, se presentaron de inmediato:

'En esta mañana, después que desocuparon la casa número 11 de la primera calle de la Merced los americanos, quisieron destruír las puertas y ventanas, y robar, como lo hicieron en el mesón de los Migueles que ocupaban los poblanos; pero la policía americana auxilió a tiempo y dispersó a la multitud de léperos que eran los de tan infame proyecto". (11)

"En la madrugada de ayer, los americanos que estaban en el convento de la Merced y salieron para Veracruz, fracturaron antes la puerta del Sagrario y se robaron el Sol de la Custodia con todo y la forma sagrada". (12)

---

(8) Idem.
(9) *El Monitor*, mayo 30.
(10) Ibidem, junio 2.
(11) Ibidem, junio 1o.
(12) Ibidem, junio 2.

Y aguijoneado por un sincero sentimiento patrio, pregunta el Monitor de 3 de junio:

"¿Canjeados como están los tratados, y comunicado oficialmente este suceso al general Butler desde el jueves cerca de las 12, debe continuar enarbolado en el Palacio Nacional el pabellón americano"? (13)

Se percibe a las claras que el estandarte extranjero, ondulante y dominador sobre el cielo de México, era la funesta sombra que inquietaba a todas las conciencias nacionalistas.

A su vez, los febriles prepartivos de la evacuación continuaban:

"Hoy desde las nueve de la mañana, se han comenzado a vender en la Aduana, y al mejor postor, varias mulas, caballos, guarniciones, almastrótes y otros varios artículos petrenecientes al ejército americano. También el grande acopio de semillas y otras numerosas clases de víveres se pondrán en venta, después de haber surtido a la tropa de todo lo necesario para que se trasladen a Veracruz". (14)

"Los señores Sevier y Clifford, comisionados para el canje del tratado, han de arreglar con el general en jefe del ejército americano la evacuación de la capital por las tropas de los Estados-Unidos, dictando oportunas disposiciones a fin de que la población nada sufra por esto, y evitar todo motivo de desorden". (15)

"Ayer como a las diez y media de la mañana llegaron a esta ciudad, de regreso de Querétaro, los señores Sevier y Clifford; el primero sale para Veracruz con el señor general Butler el miércoles de la semana entrante, y el segundo permanecerá aquí como ministro de los Estados Unidos". (16)

En un oficio, con fecha 29 de mayo y publicado en el Monitor el 7 de junio, la secretaria de la jefatura del ejército invasor daba a conocer las bases sobre las que se efectuaría la evacuación de la Capital, fijada en definitiva para el día 12. Por su valiosísima importancia lo damos íntegro a continuación:

"Cuartel General del Ejército de México. Ordenes número 112.

"1.—Con un profundo sentimiento de gratitud hacia el Todopoderoso, el mayor general Butler anuncia al ejército de su mando, que ha concluído la guerra mexicana. Se ha obtenido el gran objeto de la campaña. Se ha ratificado debidamente un tratado de paz JUSTO Y HONROSO (17) para ambas naciones. Ahora llega a ser un deber agradable del Conmandante General, restituir a un país agradecido el valiente ejército que ha defendido tan noblemente sus

---

(13) *El Monitor*, junio 3.
(14) Ibidem.
(15) *El Siglo XIX*, junio 3.
(16) *El Monitor*, junio 4.
(17) Las letras mayúsculas son del autor.

derechos y aumentado su fama. La marcha a la patria comenzará al punto, y se espera que se observará el orden y la disciplina más perfectos. Se suministrarán en puertos convenientes abundantes provisiones de toda especie y no se tolerará la menor depredación, pues sería enteramente contraria a las relaciones actuales entre ambos países.

"2.—En conformidad, las tropas que se hallan en el Valle de México y en los puntos circunvecinos, se dirigirán hacia la retaguardia para Jalapa, y mientras pueden prepararse transportes convenientes para conducirlos a los Estados-Unidos: 1o. El tren de sitio al mando del teniente Hagner, del ramo de artillería, y la batería de grueso calibre del capitán Roland con una compañía del 5o. de artillería como escolta adicional. 2o. Primera división de voluntarios mandada por el mayor general Patterson. 3o. Segunda división de voluntarios mandada por el brigadier general Marshall. 4o. Tercera división de tropas de línea mandada por el general Trousalde, el coronel más antiguo que sirve en ella, exceptuándose el 9o. de infantería que está en Pachuca, que con los destacamentos de esta plaza, marchará por el camino de Apan y Perote. 6o. Primera división de tropas de línea mandada por el mayor general graduado Worth. Se asignará a cada división por lo menos una compañía de caballería; los dragones que no sean asignados a las divisiones recibirán órdenes especiales para su marcha; los jefes de diversos ramos que no reciban instrucciones especiales acompañarán al cuartel general.

"3.—Se reunirán a las divisiones de voluntarios en marcha las tropas que le pertenezcan y que se hallen en los puestos intermedios entre la ciudad de México y Jalapa; si hubiere guarniciones suficientes de tropas de línea en Río Frío, Puebla y Perote para proteger las provisiones hasta que llegue la división de retaguardia, pues entonces esas pequeñas guarniciones marcharán con dicha división.

"4.—Abundantes provisiones para caballos y de boca, se han almacenado en Puebla, Perote y Jalapa, y para caballos en Río Frío. Se espera que habrá en Puebla tiendas de zapatos, de cuyos artículos podrán abastecerse las tropas que lo necesiten.

"—5.—Toda la artillería, sus pertrechos y demás propiedades públicas de la ciudad de México que estén en Chapultepec, Perote, Veracruz y otras partes, las cuales se devuelvan al gobierno mexicano según el artículo 4o. del tratado de paz, se entregarán a los agentes de dicho gobierno que estén debidamente autorizados para recibirlos.

"6.—La artillería y sus pertrechos, así como las provisiones del cuartel maestre y de boca que las tropas no necesiten, que no puedan transportarse o que sea conveniente por otras causas deshacerse

de ellas, se venderán por orden del principal cuartel maestre, de los jefes de artillería y de los departamentos de provisiones, respectivamente.

"7.—Si fuese necesario transportar algunas municiones sobrantes o dinero, los carros con tal objeto se dirigirán a Jalapa con la división de tropas de línea.

"8.—Los presos sentenciados a muerte o a ser degradados ignominiosamente, acompañarán a sus respectivos regimientos al concluír la guerra.

"9.—Todos los voluntarios serán transportados a Nueva Orleans para que se les pase revista y se les pague, por los oficiales asignados especialmente a este servicio, exceptuando las tropas de Georgia y de la Carolina del Sur, que se enviarán a Mobile con el mismo objeto. Se adelantará la división del mayor general Patterson. Si no se reciben otras instrucciones del Ministerio de la Guerra, todas las tropas de línea, según el orden establecido para su marcha en el párrafo 2o., serán transportadas a Nueva Orleans, y ahí recibirán nuevas órdenes de Washington. No saldrán ningunas tropas del campo inmediato a Jalapa hasta que el brigadier general graduado Smith, comandante de Veracruz, les dé aviso de estar preparados los buques.

"10.—A causa de lo avanzado de la estación y de la dificultad de procurarse prontamente transportes para un ejército numeroso, puede que sea imposible transportar caballos; en consecuencia, se embarcarán primero las tropas. Los oficiales que tienen derecho a forrajes, excepto los generales que sólo tengan dos caballos, pueden llevar uno cada uno, si puede hacerse esto sin incomodar a la tropa. En seguida se transportarán los caballos de las baterías, después los de los dragones y por último los caballos de los voluntarios, si lo permitiere el número de los buques.

"11.—El comandante general de Tampico mandará evacuar esa plaza, según los principios establecidos en esta orden.

"Por orden del mayor general Butler. L. Thomas. A. G."

Pasando a otra cosa, diremos que se preveían tanto los desordenes en la ciudad, luego que fuese evacuada, que un periódico reflexionaba con atroz pesimismo sobre una curiosa nota de su sección roja:

"Ayer como a las 12 del día, un ladrón se escapaba por la Plaza de Armas perseguido por un americano; el ladrón se volvió en medio de su carrera y disparó una pistola sobre el que lo perseguía; pero no habiéndole acertado, fué a herir la bala a un infeliz muchacho que expiró a los pocos momentos. ¿Qué va a ser de los desgraciados habitantes de la capital, si al desocuparla el ejército americano no hay una fuerza respetable que vele sobre la seguridad

individual, atacada a todas horas por una nube de malhechores?" (18).

E íntimamente ligada a aquel problema, la situación de los "serenos", humildes guardianes de la tranquilidad pública, fué puesta de manifiesto en esos días por uno de nuestros noticiosos. La exposición susodicha nos parece interesante y la damos a continuación:

"No podemos menos de consagrar unas líneas, al cuerpo de serenos de esta ciudad, porque a esa clase que tan oscura se ha considerado siempre en la sociedad, le merece esta población grandes sacrificios, y en consecuencia, es justo tributarles un recuerdo de gratitud a los hombres que en la época presente han sabido sacrificarse para formar una salvaguardia que disminuyese en lo posible los males que sufrían estos desgraciados habitantes.

"No olvidaremos que desde el 14 de septiembre próximo pasado, día en que comenzó la época de terror para esta capital, y en el que parecían abandonados a su triste suerte sus habitantes, se advirtió luego que en medio del desorden consiguiente de aquellos días, los guarda faroles se encontraban desempeñando sus destinos, y que no perdonaban medio alguno para favorecer a los afligidos mexicanos; desde entonces hasta ahora, se les ha visto constantes y firmes, cumpliendo con sus deberes, manejándose con una actividad y honradez, dignas por todos títulos de aprecio, y sin poder esperar más recompensa que la muerte (19), entonces; pero ahora, el gobierno y los particulares deben dar un testimonio de gratitud, dedicando algo a las familias de los que murieron en defensa de las propiedades.

"Tenemos a la vista todos los partes diarios en que constan los servicios de estos buenos mexicanos, y por ellos encontramos, que por solo los serenos, han sido salvadas varias familias de graves atentados, y que para ello han tenido que luchar decididamente, ya unas veces con soldados del ejército americano, ya otra con desenfrenados malhechores del país, y perpetuamente con la infame horda de contraguerrilleros poblanos, de funesto recuerdo para la ciudad de México; y encontramos por resultado de las fatigas de los guarda faroles en todo el período de la ocupación militar, que han sido muertos once de ellos, TODOS POR EL ARMA DEL SOLDADO INVASOR (20), y con el puñal del malvado, así como también treinta y tres de ellos heridos, que los más se encuentran en sus destinos con las heridas cicatrizadas, y ni aun se puede decir que esto haya sido, movidos del interés, pues también nos consta el extremo de miseria a que se hallan reducidos por la absoluta falta

---

(18) *El Siglo XIX*, junio 6.

(19) Fueron los serenos los únicos que protegieron a la sociedad, contra las depredaciones del invasor.

(20) Las letras mayúsculas son del autor.

de recursos de la municipalidad (21), a quien pertenece el ramo de alumbrado y sus guardas.

"Como todo lo que en este relato se dice es público y notorio, y lo han visto todos los que han habitado en México en la borrascosa época a que se refiere, no tenemos embarazo en decir en esta vez, que los serenos o guarda faroles merecen bien de la ciudad, y que en todas las escenas que han pasado de los sucesos de la invasión americana, ninguna corporación de la República ha sabido distinguirse tan dignamente como los serenos de México, por lo que es sin duda muy justo que nosotros, como sus compatriotas, los distingamos con el aprecio que se saben granjear todos los hombres que demuestran virtudes, de cualquier esfera que ellas sean. México, junio 7 de 1848". (22)

Cuadro más glorioso y sublime, no podía ser tan verídico y perfecto.

A muchos soldados invasores les sentó tan maravillosamente el clima del Valle de México, que decidieron quedarse en nuestro país:

"Mas de 300 soldados han quedádose en esta capital, resueltos a no marchar a su país; asegúrase que varios oficiales y alguna tropa de la que mandaban, han resuelto igualmente seguir en México si se les ocupa, a cuyo efecto parece que se han presentado al señor gobernador del Distrito". (23)

Eso era el clímax del cinismo, pensamos nosotros.

Una estampa del México en vísperas de su liberación, no puede ser más expresiva. Todo era un infierno de acción. Interminables convoyes abandonaban la ciudad por la indispensable puerta de San Lázaro. Carros cargados hasta los topes de comestibles, forrajes, armas, etc., aguardaban en la Garita la hora de salida. 25 piezas de artillería mexicana, destinadas a los museos yanquis como trofeos de guerra, también esperaban su turno de embarque. En la plaza de Mixcalco, impacientes se asoleaban las odiosas legiones poblanas, listas a expatriarse con sus protectores. Batallones de infantería, de caballería, grupos aislados de soldados, jefes, oficiales, etc., atravesaban las calles y plazas, emocionados y activos, en dirección a los puntos de partida. Todo ello formando un maremagnun, un compacto universo listo a movilizarse el día y hora prefijados por la jefatura del ejército. Aguardábase nerviosamente la llegada del día 12; la población civil también quedó a la espectativa.

Y... vino el momento solemne. El anhelado despertar después de la pesadilla de nueve sombríos meses. Nació el día 12 y con él el

(21) Esa municipalidad que no tenía fondos, fué la que le ofreció el onerosísimo banquete del Desierto al general Scott.

(22) *El Monitor*, junio 8.

(23) *El Siglo XIX*, junio 8.

acto que nos devolvía la soberanía, a cambio de una lección difícil de olvidar. Mas, a pesar de la gran satisfacción que a los corazones mexicanos llevaba la entrega de la ciudad. La desocupación de la misma fué el último trago de hiel que el invasor nos hizo ingerir. Duro en extremo debía ser aquel suceso; por la postrera ostentación del poderío de los vencedores; por las cabezas bajas y humilladas de nuestro pueblo, que en silencio lo observaría; por las lágrimas que se vertirían cuando nuestra enseña volviera a ocupar el lugar que le correspondía; en fin, por tantos y variados detalles, pequeños en apariencia, pero fuertemente entrelazados con la colosal página de historia que se escribía.

Nuevamente, ya para terminar, dejaremos el uso de la palabra a la prensa citadina contemporánea:

"Anoche, por disposición del señor gobernador del Distrito, los batallones de guardia nacional ocuparon los edificios de mayor altura que hay en la ciudad". (24)

"El señor gobernador del Distrito y los empleados en la secretaría del gobierno, pernoctaron en la oficina, a fin de dictar y cuidar el más exacto cumplimiento de las disposiciones relativas a la total evacuación de la ciudad por las tropas americanas". (25)

Aunque las fuerzas invasoras principiaron a salir desde los primeros días de junio, el contingente más grueso, fuerte de unos 5 a 6000 soldados, salió el mismo día de la entrega oficial de la Metrópoli, que reseñaba El Siglo XIX en estos términos:

"A eso de las seis de la mañana de hoy, las salvas de artillería anunciaron la completa evacuación de la capital por las tropas americanas; el Palacio del Gobierno ha sido ocupado por la guardia nacional; se enarboló el pabellón mexicano en este edificio, la Catedral y la Diputación. Hasta la hora en que esto escribimos se conservan el orden y la tranquilidad; numerosas patrullas dadas por los cuerpos de guardia nacional, recorren la ciudad en todos sentidos; varios piquetes ocupan algunas alturas y en todo se advierte el mejor orden".

Casi con idénticas palabras se refería el Monitor:

"A las cinco de la mañana de hoy, empezó a prepararse por parte de nuestras fuerzas, la solemnidad con que debía enarbolarse el pabellón nacional. Formaron en batallas las tropas de los Estados-Unidos, y a las seis en punto saludó su batería al pabellón americano con treinta tiros. Nuestra batería contestó el saludo con los veintiuno de ordenanza. Inmediatamente fué arriado el pabellón americano y enarbolado el mexicano, después de lo cual emprendieron su marcha las tropas americanas, aunque no todas, pues parte

---

(24) *El Siglo XIX*, junio 12.
(25) Ibidem.

de ellas permanecerán en la ciudad algunas horas, por súplica del general Worth".

Señores, la dominación yanqui había terminado. Su comienzo, 14 de septiembre de 1847; su fin, 12 de junio de 1848. Nueve meses menos dos días durante los cuales México dejó de ser México para convertirse en una oscura ciudad conquistada. Cuán pesó entonces la suerte de la Capital sobre la suerte del país entero. Qué triste misión les confiere el destino a algunos lugares —en este caso la ciudad de México—, cuando ellos son la meta final y el último remache del incesante martilleo de las hordas invasoras.

Por lo demás, graves problemas que tenían su raíz en la ocupación fenecida, siguieron perdurando mucho tiempo después de la retirada del ejército. La saturación en los mercados de moneda yanqui, provocó sendos dolores de cabeza a las autoridades nacionales, pues a más de causar perjuicios a nuestras divisas, la gente, acostumbrada por espacio de nueve meses a traficar con aquella, le siguió dando preferencia aun sobre la nuestra. Multitud de edificios, públicos y privados, religosos y oficiales, habían sido dañados y saqueados por sus ocupantes de la manera más escandalosa. El mismo gobierno hubo de lamentar en tan desventurada ocasión la irreparable pérdida de valiosos tesoros, históricos y artísticos, que fueron a engrosar las ya exageradas riquezas de esta índole de la Unión. (26)

Pero sobre todos los inmensos males que nos dejó la guerra; por encima de lo que se perdió; muy a pesar de cuanto se lamentó; el sangriento holocausto de aquella jornada trajo a la conciencia del pueblo mexicano una enseñanza, onerosamente pagada, pero fructífera en grado sumo para la posteridad: la iniciación del concepto de nacionalidad, eso que no entendimos ni comprendimos en el 1821. Y es que los golpes de la vida hacen despertar de su letargo a los hombres como a los pueblos. Claro está que faltaría mucho tiempo para que México fortaleciera en definitiva sus instituciones de gobierno, mas el sentido de la responsabilidad, del civismo, de la mexicanidad, tanto en gobernantes como en gobernados, tuvo un punto de partida indiscutible, y éste se concibió después del tétrico año de 1848.

Y mientras la gente, agolpada en la Plaza de Armas, veía ondear de nuevo nuestra bandera, sobre las Casas de Moctezuma, bajo el tranquilo y azul cielo del mes de junio, prometiéndose defenderla mejor en el futuro, el ejército invasor se alejaba rumbo a Veracruz, en tránsito para la Unión, con sus convoyes hinchados de objetos, repletos de botín, cual bereberes que atraviesan el desierto después de haber asaltado una pacífica e inofensiva aldehuela.

---

(26) Los diarios mexicanos de la época insisten mucho en los latrocinios de los invasores, pero no especifican la cuantía de ellos.

BIBLIOGRAFIA FUNDAMENTAL:

PERIODICOS:

1.—"EL MONITOR REPUBLICANO", México, septiembre de 1847 a junio de 1848.
2.—"EL SIGLO XIX", México, junio de 1848.
3.—"THE AMERICAN STAR" (Estrella Americana), México, septiembre de 1847 a mayo de 1848.
4.—"THE NORTH-AMERICAN" (Norte-Americano). México. octubre de 1847 a marzo de 1848.

OTRAS OBRAS CONSULTADAS:

5.—Abraham López, "CALENDARIO DE... PARA EL AÑO BISIESTO DE 1848", México, 1848.
6.—Riva Palacio Vicente y otros "MEXICO A TRAVES DE LOS SIGLOS", t. IV, vol. II. Ed. Gustavo S. López, México, D. F.
7.—Dublán y Lozano, "LEGISLACION MEXICANA", t. V, México, 1894.
8.—Roa Bárcena José Ma. "RECUERDOS DE LA INVASION NORTEAMERICANA", México, 1883.
9.—Bancroft H. Hubert, "HISTORY OF MEXICO", vol. V, San Francisco, 1885.
10.—Morton Callahan James, "AMERICAN FOREIGN POLICY IN MEXICAN RELATIONS", New York, 1932.
11.—ARCHIVO HISTORICO DIPLOMATICO MEXICANO "ALGUNOS DOCUMENTOS SOBRE EL TRATADO DE GUADALUPE Y LA SITUACION DE MEXICO DURANTE LA INVASION AMERICANA", Núm. 31, México 1930.
12.—Carreño Alberto María, "JEFES DEL EJERCITO MEXICANO EN 1847", México, 1914.
13.—Carreño Alberto María, "MEXICO Y LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA", México, 1922.

INDICE: